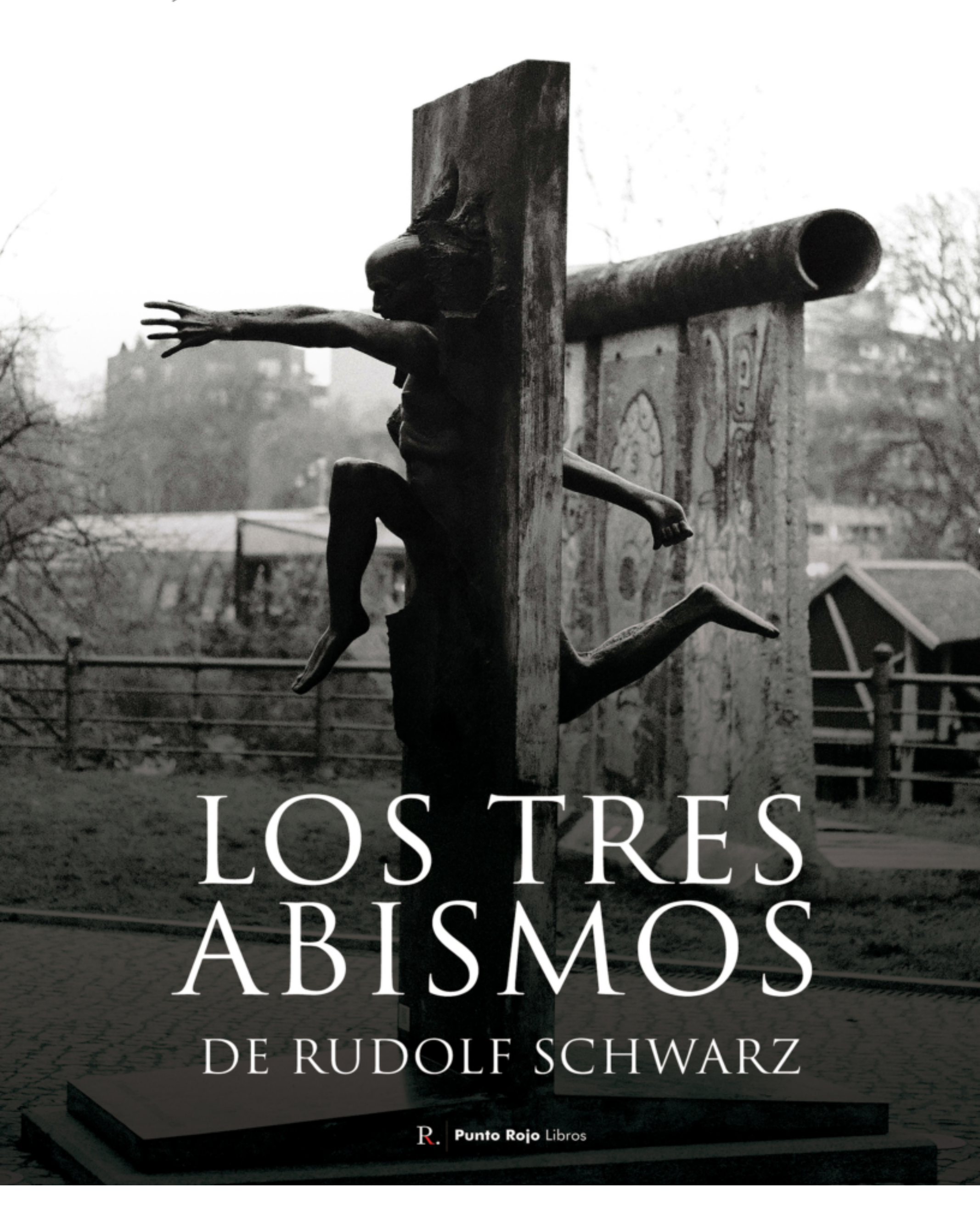
JAVIER CHACÓN SANCHIS



LOS TRES ABISMOS
DE RUDOLF SCHWARZ

R. Punto Rojo Libros

Los Tres Abismos de Rudolf Schwarz

Los Tres Abismos de Rudolf Schwarz
Francisco Javier Chacón Sanchis

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cabeza del Rey Don Pedro, 9
Sevilla 41004
España
911.413.306
info@puntorojolibros.com

Impreso en España

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

A mi familia,

cada uno de ellos me dan la fuerza para seguir adelante.

"Hace falta una vida para aprender a vivir"

SÉNECA.

"La libertad está en ser dueños de la vida propia"

PLATÓN.

"Se puede hacer mucho con el odio, pero aún más con el amor"

WILLIAM SHAKESPEARE.

Índice

Abisno económico

… Y El Amor

Francisco Javier Chacón Sanchis

Los Tres Abismos de Rudolf Schwarz

Abismo moral

1

Tenía el cuerpo sudado y pegajoso, aunque esa noche de finales de julio de 1989 era tórrida, no era el calor la causa de su estado. Estaba muy alterado por la sucesión de pensamientos sobre *su* plan. Salió de la taberna en la que había estado toda la tarde bebiendo cerveza con los asiduos del lugar. Sin darse cuenta se le había hecho de noche. Vivía en la cuarta planta de una finca de pisos en la calle Eisenbahn, en las afueras de Leipzig. En un edificio antiguo con la fachada ennegrecida por el paso de los años y la contaminación de los coches. Subió a su apartamento sumido en sus pensamientos. Estaba bastante borracho, algo que se estaba haciendo habitual en las últimas semanas. «¿Por qué tengo dudas? ¿Acaso no se lo merecen? Han destruido mi vida y tendrán su merecido», se repetía una y otra vez para afianzar sus motivos. Aunque lo había planeado bastante bien, tenía una lucha interior sobre si llevarlo a cabo o no. Esa noche, al llegar a la habitación se tumbó en la cama y una idea le sobresaltó. Se sintió como una rata que al comer el cebo, se envenena poco a poco y al sentirse mal se esconde en su nido a esperar la muerte. Todas esas sensaciones eran debidas a sus cada vez más frecuentes borracheras, que le estaban destrozando por dentro tanto física como mentalmente. En ese preciso momento se levantó de la cama de un salto. Llevaba demasiado tiempo retrasando *su* plan. Esa taberna y el alcohol le habían estado distrayendo de *su* objetivo. «Ya es hora de ponerse en marcha», se dijo. Se sentó en una pequeña mesita que tenía en la habitación y se dispuso a escribir detalladamente los pasos a seguir. Lo había planeado todo en su mente, y ahora que había llegado el momento preciso, lo plasmó en el papel para no saltarse ningún paso.

Al día siguiente empezó a ejecutar el plan. Serían tres largos meses de duro trabajo según sus cálculos para conseguir el objetivo. Se acercó al centro logístico desde donde se expedían las exportaciones de materias primas a los países aliados. Rudolf había trabajado allí más de treinta años y conocía perfectamente cada rincón. Le sudaban las manos y el corazón le latía con fuerza. Estaba nervioso, todavía no había pensado fríamente las consecuencias que tendría la ejecución de su plan. El complejo constaba de un gran almacén con una zona de carga y descarga. A su lado había un amplio parking al aire libre para los camiones. Las instalaciones estaban vigiladas día y noche, lo cual dificultaba la entrada. Rudolf lo tenía todo pensado. Sabía los horarios de los camioneros, por sus largos años de transportista trabajando para el estado, por lo tanto,

aprovecharía el momento cuando el último transporte de mercancías regresara a altas horas de la noche. Recordaba perfectamente que los vigilantes cambiaban de turno a las once de la noche, pero siempre dejaban unos minutos la garita desierta y justo a esas horas llegaban los últimos camiones. El chófer tendría que bajar del camión y abrir la puerta corredera mientras no había nadie en el punto de vigilancia. Eso era lo habitual y a menos que lo hubieran subsanado, sería el punto débil y por el que Rudolf entraría. Así pues, esperó pacientemente a que apareciera el último camión y cuando el chofer bajó para abrir la puerta se escondió en los bajos del camión al lado del depósito de combustible. El camión arrancó y le llevó hasta el interior del almacén. El chofer aparcó, cerró el camión y salió del complejo sin percatarse de la presencia de Rudolf. Tan solo habría vigilancia en la puerta de entrada cuando terminase su cometido, pero eso sería un problema a solucionar más tarde. Salió de su escondite y corrió entre los camiones a la parte posterior del complejo. Estaba tembloroso, se agachó unos segundos para llenar sus pulmones y recobrar el aliento. En la parte de atrás del almacén había un corredor vacío de apenas un metro de anchura y un muro, que separaba el almacén de una antigua fábrica de armas, donde se fabricaban los fusiles semiautomáticos *Gewehr 41*. La fábrica estaba abandonada desde que acabó la Segunda Guerra Mundial. El almacén tenía muchas ventanas en la parte posterior, las más bajas estaban a un metro y medio del suelo. Rudolf, sabía que cada pocos minutos, el motor de los generadores que alimentaba a los grandes frigoríficos que mantenían los productos frescos, se activaban. Emitían un ruido ensordecedor que duraba apenas unos segundos. Esperó a que se accionasen y en ese instante cogió una piedra y rompió el cristal de una de las ventanas. Se aupó a la repisa y con cuidado de no cortarse con los cristales que aún no se habían desprendido entró en el almacén. Una vez dentro se tranquilizó un poco. Ya no había peligro de ser visto. Había conseguido dar el primer paso, pero su objetivo era entrar en la antigua fábrica de armas. Según lo que recordaba, había un paso subterráneo secreto justo detrás de los grandes generadores que durante la Segunda Guerra Mundial unía los dos edificios. El pasadizo servía de escapatoria en caso de asedio. Llegó hasta el punto donde recordaba que se hallaba el pasadizo. Trataba de encontrar un falso suelo de madera que se levantaba accediendo así a unas escaleras. Estuvo varios minutos mirando, pero no encontraba nada sospechoso. Por unos momentos pensó en la posibilidad de que hubiera habido reformas en esa sala y se hubiera suprimido la entrada. Llevaba muchos años sin entrar en ese edificio. Desesperado, se sentó en el suelo intentando recordar el sitio exacto. No le venía a la mente el lugar, entonces se tumbó para palpar cada azulejo con las

manos, apoyó la cabeza en el suelo y miró al frente. De pronto divisó una zona irregular debajo de un gran armario donde se guardaban herramientas y útiles. Se incorporó rápidamente e intento mover el armario. Era muy pesado. Entonces se dispuso a vaciar el armario de las pesadas herramientas. Una vez vacío, pudo moverlo. «¡Aquí está el pasadizo secreto!», se dijo entusiasmado. Levantó la madera y bajó las escaleras que efectivamente conectaban con la antigua fábrica de armas por otra puerta similar a esa. Una vez llegó al otro lado, empujó la puerta horizontal hacia arriba para abrirla, pero no pudo, estaba encajada. Volvió sobre sus pasos a por un pico que había visto en el armario de herramientas. Tras dar varios golpes a la cerradura logró romperla y pudo acceder a la fábrica. Una vez dentro se enfrentaba a lo más difícil. Tenía que encontrar la llave que abría la puerta principal. Esta daba acceso desde una avenida muy concurrida. En sus planes este punto estaba en el aire, ya que no podía asegurar que hubiera una llave en el interior. Si no fuera así, debería buscar una alternativa. Pero por suerte, vio cerca de la puerta de entrada una mesa llena de polvo y muchos cachivaches. La mesa, estaba prácticamente desecha por la carcoma. Tras remover las cosas que había y quitar el polvo con la mano, vio una caja de madera en la que se encontraba un manojo de llaves, quizá unas treinta. Probó con casi todas antes de dar con la buena. Sintió alivio. Respiró profundamente, se guardó la llave en el bolsillo derecho del pantalón y volvió por donde había venido. Volvió al almacén para dejar todo tal como estaba. Nadie tenía que sospechar que el armario había sido movido y sobre todo que los trabajadores notaran que ahí había una puerta secreta. Movió el armario encima de la entrada y puso todas las herramientas en su sitio. Antes de salir removió utensilios, mesas de trabajo y tumbó varios muebles en el suelo. Quería justificar la ventana rota. Al día siguiente, cuando entraran los trabajadores, pensarían en un robo. Salió por la ventana y se ocultó tras varios camiones aparcados. El nuevo vigilante ya estaba en la garita. Rudolf contaba con ello. Fue hasta la parte más alejada del parking, desde donde apenas podía verle el vigilante y se subió a la cabina del camión más cercano al muro exterior. Se quedó unos segundos acostado para no ser visto, sopesando la distancia que habría hasta el muro. Tan solo había un par de metros de separación entre el muro y la cabina del camión. Rudolf era ágil y atlético, se sentía seguro de conseguirlo… Esperó a que el vigilante saliera de la garita y entonces se levantó, dio un gran salto y se quedó agarrado del muro con las piernas colgando. Rápidamente, se impulsó y logró pasar al otro lado del muro. No había ninguna persona paseando, era lo esperado a esas horas.

La primera parte del plan había salido a la perfección. Se fue a su

apartamento y una vez allí se pudo relajar. Los pensamientos se sucedían a gran velocidad y Rudolf no podía gestionarlos. Se sentía desbordado. «Lo he llevado a cabo, aún no me lo puedo creer. Bueno, realmente todavía no he hecho nada inmoral ni ilegal, estoy a tiempo de echarme atrás. Quién me lo iba a decir a mí. Yo, que siempre he sido tan leal y ahora…», se decía. Esa noche apenas durmió. Sentía una gran excitación por haber conseguido la llave de la puerta principal de la antigua fábrica de fusiles. Lo había planeado durante meses y ahora en la práctica su plan había salido exitoso.

Se levantó al día siguiente con un aspecto que denotaba una mezcla de alegría y preocupación. Por un lado, estaba orgulloso del hito logrado la noche anterior y, por otro lado, su mundo se derrumbaba. Un hombre con elevados valores morales como él, ahora se adentraba en tierras movedizas que hacían tambalear los pilares tan asentados de sus principios. Traicionar al partido y al país para una persona tan comprometida como él con la causa comunista era como traicionarse a sí mismo. Era un suicidio moral. Pero la rabia y el odio que sentía hacia los dirigentes del partido estaban ganando la batalla en su cabeza que se partía en dos, entre lo bueno y lo malo. Lo que debía hacer como buen ciudadano, por una parte, y vengar su humillación, por otro lado. «¿Acaso la venganza es mala cuando restaura la dignidad que me ha sido arrebatada? Ellos deciden quién es merecedor de pertenecer al partido. ¿No puedo juzgar yo entonces sobre lo que está bien y lo que está mal?», se repetía Rudolf, sumido en pensamientos erráticos fruto de la cólera hacia ellos.

De cualquier modo, ya había empezado a ejecutar su plan y ya no iba a abortarlo. Desayunó un café con unas tostadas y se vistió con la ropa del día anterior. Miró en el pantalón de su bolsillo derecho, allí seguía la llave. La observó durante unos segundos y la volvió a introducir en el mismo lugar. Tenía la mirada perdida, se quedó observando por la ventana de su habitación a los pájaros que salían volando desde los cables eléctricos justo cuando pasaba el tranvía por el centro de la calle Eisenbahn. El día estaba nublado y amenazaba tormenta. Pensó que sería un buen día para empezar su cometido.

Tras pasar el día un poco nervioso, se calmó y se disiparon todas sus dudas. Estaba absolutamente convencido de lo que iba a hacer. Al llegar la noche salió de su apartamento y se dirigió hacia la fábrica. Llevaba una pequeña mochila con unas herramientas. Se veían relámpagos en el cielo, la tormenta que estuvo todo el día amenazando, por fin se disponía a descargar esa noche sobre Leipzig. «El aguacero que va a caer será un gran aliado esta noche, estoy de suerte», pensó Rudolf.

Eran las doce de la noche, llegó a la fábrica, miró a ambos lados

de la calle para cerciorarse de que no había nadie que le pudiera observar. Introdujo la llave, la giró dos veces a la derecha y la puerta se abrió. Una vez dentro sacó de la mochila, una piqueta de hierro y unos guantes. En ese momento tenía que buscar el lugar idóneo para empezar a picar la pared. Según sus cálculos tenía que contar siete pasos desde la puerta de entrada en la pared de la izquierda, según entraba en la fábrica. Cuando planeó el robo hacía ya seis meses, acudía al *Staatsbank der DDR*[1] una vez por semana para poder medir *groso modo* la distancia desde la calle hasta la habitación donde suponía que se encontraba la caja fuerte. El banco de la república estaba pegado a esa antigua fábrica. Se acercaba a la ventanilla y pedía un reintegro en efectivo de doscientos *Ostmarks*[2] y durante ese tiempo observaba muy atentamente todos los detalles que se sucedían en el banco. Las conversaciones entre los trabajadores y la disposición de todas las estancias. Conocía a todos los empleados, incluido al director. Se había hecho un plano bastante ajustado de la realidad, al menos eso él creía. A no ser que hubiera habido alguna modificación en el último mes, lo tenía todo bien controlado.

Se dispuso a perforar en el lugar que había marcado. La tormenta empezó a descargar con fuerza y se oían truenos, eso favoreció que esa noche picara la pared con mucha intensidad, sin miedo de ser oído por algún viandante que, aunque por la hora que era, sería muy improbable. Debía ser muy precavido. Se había marcado unos objetivos diarios de unos diez centímetros de profundidad al menos. La abertura debía ser bastante ancha para poder pasar sin problemas, teniendo en cuenta que Rudolf era muy corpulento. Con esos cálculos en unos tres meses debería llegar a la habitación donde estaba la caja fuerte. Quería hacerlo poco a poco para no despertar sospechas. Trabajaría en el túnel de lunes a viernes desde las doce de la noche hasta las tres de la madrugada. Los fines de semana, descansaría, ya que había más movimiento de personas por la noche en la avenida y sería muy arriesgado. Tenía que ser metódico si quería tener éxito.

2

Rudolf, acababa de cumplir cincuenta años, medía 1,90 metros de altura y era muy corpulento. Había practicado boxeo en su juventud y todavía mantenía un cuerpo fuerte y atlético. Los brazos tatuados y la cabeza rapada le daban un aire militar, aunque carecía por completo de interés con todo lo relacionado con lo bélico. Rudolf era un apasionado de la cultura. Sobre todo le gustaba acudir al teatro y al cine. Leía bastante durante la noche, ya que llevaba varios años en los que le costaba conciliar el sueño y la lectura le ayudaba a dormir. Era un hombre de principios e ideales. Comunista como su padre, vivió con apenas diez años la fundación de la República Democrática Alemana (RDA). Nació en 1939, solo unos meses antes de que se declarara la Segunda Guerra Mundial, pero aun siendo muy pequeño guardaba terribles recuerdos en su memoria. Cuando era adolescente fue miembro de la Juventud libre Alemana (FDJ), una organización juvenil comunista. Al cumplir los veinte años ingresó en el Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA). Su vida la había sacrificado por defender sus convicciones políticas. Era un hombre íntegro al servicio del partido. Tenía un gran sentido de la justicia y de la moral, nunca traicionaba sus ideales. Por su vida pasaron varias mujeres, pero tan solo Helga, una bella muchacha que conoció en un acto del partido, le marcó. Era 1961 y Rudolf acababa de cumplir veintidós años. Rudolf y Helga, se enamoraron a primera vista. Se habían prometido en matrimonio y tan solo faltaba el visto bueno de los padres de Helga. Cada lunes, tras el acto semanal del partido, aprovechaban para ir al cine y pasar un rato juntos a solas. En una de esas noches de pasión, Helga quedó embarazada. Fue un descuido, pero Helga estaba muy emocionada con la idea de tener un hijo con Rudolf. Tenía miedo de la reacción que tuviera él, y le ocultó la noticia hasta que encontrara el momento idóneo para decírselo. La vida les sonreía a los dos muchachos, pero de repente Helga desapareció. Ese domingo de otoño, en casa de sus padres, fue la última vez que la vio y no supo más de ella ni de su embarazo. El lunes posterior a la pedida de mano, no apareció al acto rutinario del partido, ni las siguientes semanas. Era como si se le hubiera tragado la tierra. Rudolf se quedó destrozado, aunque hacía de eso ya muchísimo tiempo. No se había casado ni tenía hijos. Tras ese gran amor de juventud, nunca volvió a enamorarse. Dedicó su vida al servicio del estado. En esos años convulsos en Europa que le tocó vivir, ya no tenía ningún interés en formar una familia.

Rudolf, llevaba alrededor de dos años sin empleo y estaba siendo vigilado por la *Stasi*[3]. Había trabajado de camionero encargado de transportar productos de la RDA a otros países de régimen comunista cercanos, normalmente a Polonia y Checoslovaquia. Su vida había sido cómoda, llegó a ganar dos mil *Ostmarks* al mes, lo que era el doble del salario medio. Participaba en numerosos actos del partido y era muy bien visto por sus compañeros. Pero su situación económica en esos momentos había dado un giro de 180 grados y era precaria. Apenas tenía dinero para pasar unos meses.

Todo cambió un par de años atrás, en marzo de 1987. Rudolf tenía programado un trasporte de productos químicos a Poznan. El trayecto lo había hecho varias veces y lo conocía perfectamente. Sabía que no debía detenerse hasta llegar al destino, especialmente cerca de la frontera con Polonia. Muchas personas deseaban salir del país. El estado con el objetivo de preservar el régimen comunista sacrificaba la vida de sus compatriotas. La *Stasi* con casi cien mil agentes y más de ciento cincuenta mil espías que reclutaban entre la población, tenía como objetivo controlar a todos sus ciudadanos mediante la represión, intimidación y el terror. La ruta pasaba cerca de Berlín y se dirigía hacia la frontera con Polonia. Cuando pasó por Fürstenwalde, un pequeño pueblo cercano a la frontera, le reventó una rueda del camión. «Qué mala suerte», pensó, pero el acto fue premeditado. Le habían tendido una trampa. Un grupo de cinco personas tenían un contacto dentro de la empresa de exportaciones en Leipzig y sabían cuando salían los transportes de mercancía en dirección a Poznan. Así pues, idearon un plan para detener el camión. Pusieron varios abrojos[4] en una curva de la carretera en una zona boscosa en las afueras de Fürstenwalde. Durante el tiempo que estuvo Rudolf cambiando la rueda, los cinco se las ingeniaron para introducirse en la parte trasera del camión entre la mercancía. Una vez Rudolf llegó a Poznan, al abrir la puerta del remolque, le asaltaron a golpes y salieron corriendo. Rudolf apenas puedo ver sus caras, le brotaba la sangre de la cabeza y le llegaba a los ojos nublándole la vista. Fue todo muy rápido. Al regresar a Leipzig le destituyeron de su puesto de trabajo, le apartaron del partido y le pusieron vigilancia constante dirigida por la *Stasi*. Las autoridades Polacas habían informado del incidente. Aunque Rudolf intentó explicar el suceso y que todo se trataba de una trampa, nadie le creyó y pensaron que se dedicaba como tantos otros a llevar a compatriotas a Polonia a cambio de dinero. En los últimos tiempos, había demasiados intentos de fuga en toda la RDA. El Partido Socialista Unificado de Alemania era implacable en lo que se refería a esos asuntos.

El servicio de inteligencia, La Stasi, decidió poner bajo vigilancia a Rudolf para conseguir pruebas del transporte de personas fuera de la

RDA. Encargó ese cometido a Karl, un agente secreto. Desde que sucedió el incidente de Poznan, el partido desconfiaba de él y por eso mandaron a uno de sus mejores agentes. Sabían de la debilidad de Rudolf por la bebida y que frecuentaba a diario la taberna *Abgrund,* un verdadero antro, que estaba situado en la *Kreuzstrasse,* a un par de manzanas de su apartamento. Así pues, Karl tenía las órdenes de hacerse pasar por un abogado que de forma regular iba a esa taberna después del trabajo e intentaba ganarse la confianza de Rudolf. Karl era un señor de mediana edad que aparecía sobre las cuatro y media de la tarde y siempre pedía *Apfelwein*[5]. Se quedaba en la barra hasta las cinco y media, una hora exactamente. Era un hombre metódico. Karl era diferente a todos los demás de aquel lugar. Era corpulento y muy alto. Con el pelo y la barba rubios y perfectamente recortados. Llevaba unas gafas redondeadas que le daban un aire intelectual. Vestía elegantemente, parecía un funcionario del estado. Rudolf y Karl congeniaron enseguida. Mantenían largas conversaciones sobre variados temas sociales y políticos. Rudolf estaba encantado de hablar con Karl. Cuando este se marchaba, la charla con los demás clientes decaía. Apenas hablaban del tiempo o de lo mal que la vida les había tratado. Las conversaciones eran muy poco interesantes, ya que los temas carecían de atractivo para él. Este hecho lo aprovechaba Rudolf Schwarz para incrementar su ingesta de alcohol.

Rudolf todo ese tiempo sospechaba de Karl por su forma de vestir y de hablar, pero sobre todo por lo extraño que era, que una persona como él, estuviera a diario en un antro como ese. Presentía que le estaba espiando. Karl, por su parte, intuía que le respetaban por saber quién era y cuál era su propósito. Aun así, ninguno de los dos ponía las cartas sobre la mesa y seguían en la farsa constante. Lo divertido para Karl era discernir la gran cantidad de mentiras de las pocas verdades que decía Rudolf, eso le mantenía entretenido. En cualquier caso, Rudolf ya no tenía nada que perder, sin trabajo y sumido en la bebida, lo que Karl pudiera contar sobre él al partido, carecía de importancia, además disfrutaba de las interesantes charlas. Para Karl, Rudolf era un borracho depresivo, eso sí, inteligente y gran conversador. A Rudolf, por otro lado, tener al enemigo cerca le daba cierta seguridad, ya que para perpetrar su plan no había nada mejor que La *Stasi* creyera que estaba acabado y era tan solo un alcohólico. Karl le había hecho creer que trabajaba de abogado para el estado. Lo que no sabía Rudolf, era que Karl, además de ser agente del servicio secreto de la *Stasi*, era el director de la sucursal del *Staatsbank* en Leipzig desde hacía unas semanas, cuando el partido le ascendió en sus competencias. El banco cerraba a las cuatro y por eso siempre estaba en la taberna de cuatro y media a cinco y media.

Tras empezar a perpetrar su plan, Rudolf había cambiado de

estado de ánimo. Estaba alegre, debido al proyecto que se le abría en el horizonte. Tenía un proyecto ilusionante por delante. Una de esas tardes, un poco más tarde de lo normal, salió hacia la taberna pensando en todos los pasos que le quedaban por dar hasta llegar a completar su objetivo, estaba ensimismado y sonriente. Al entrar al local, se encontró con Karl, que llevaba unos minutos allí, como era costumbre en la barra del bar. A Karl le extrañó no verle al entrar, ya que Rudolf, acostumbraba a estar bebiendo mucho antes de que él llegara. Se preguntaba, qué había sucedido en la vida de Rudolf, que explicara ese cambio de rutina, pero sobre todo de ánimo, ya que siempre tenía un aspecto depresivo.

—¡Karl!, amigo mío, ¿qué tal se encuentra?, por la cara que tiene, no ha tenido un buen…—dijo Rudolf.

—Dime Rudolf, te veo diferente, más contento y con mejor aspecto. ¿A qué se debe? —dijo Karl con un tono serio e interrumpiendo lo que estaba diciendo en ese momento Rudolf.

—Bueno, Karl, como usted sabe, estoy sin trabajo y defenestrado por el partido, ¿cree que tengo algo que celebrar? —respondió con un tono serio.

—No hace falta que te pongas de mal humor, era tan solo una pregunta. Ya veo que prefieres hundirte en tu miseria, que compartir las pequeñas alegrías. A mí no me engañas, a ti te pasa algo y por el semblante de tu cara al verte esta tarde sospecho que es bueno. Por lo que me alegro, amigo mío, sea lo que sea. Llevamos dos años más o menos hablando de muchos temas y muy interesantes. Reconozco que me he acostumbrado a tu compañía —dijo sincerándose.

—Lo siento Karl, no era mi intención parecer grosero. Lo cierto es que he recibido buenas noticias de mi hermano pequeño Jürgen, el que vive en Berlín. ¿Se acuerda usted? ¡Va a ser padre! —dijo mintiendo por enésima vez a Karl. Rudolf, intuía desde el principio las intenciones oscuras de su compañero de charla y siempre le mintió en todo lo relacionado con su vida personal. Rudolf era hijo único. Sus padres habían muerto en la Segunda Guerra Mundial cuando apenas tenía seis años. Entonces a Rudolf lo enviaron a un orfanato. Allí aprendió a sobrevivir. En aquella época de tanto espionaje, la mentira era la moneda de cambio.

—¡Ah sí!, Jürgen. Tenía una librería en Berlín, me dijiste, ¿no es así?, ¿cómo se llamaba? —preguntó con un tono de voz que no le gustó a Rudolf. El olfato de espía de Karl no le solía fallar y ahí veía gato encerrado.

—Sí, bueno, la tuvo que cerrar. Las continuas censuras de libros le

hacían inviable mantenerla abierta —contestó Rudolf, alargando la mentira y esquivando tener que inventar el nombre de una librería que fácilmente podría Karl comprobar que no existía.

—¿Estás en contra de las censuras?, Rudolf —preguntó elevando el tono de la conversación.

—En absoluto, Karl, de hecho estoy de acuerdo, me parece una herramienta indispensable para mantener a la sociedad a salvo de la manipulación del enemigo que por medio de los libros intenta llegar a nuestros compatriotas. Entra en sus mentes y pretende volverlos contra su propio estado —respondió con total credibilidad. Era un genio del engaño. A veces llegaba a despistar a un agente tan experimentado como Karl. Obviamente, a un lector empedernido y amante de la cultura como era Rudolf, la censura le parecía una abominación. Le gustaba leer sobre pensamientos y reflexiones lo más alejadas posibles a sus convicciones e ideales. Consideraba interesante ver hasta qué punto podía divergir de esos postulados que estaban en las antípodas de como él veía las cosas. La censura significaba quitarle atractivo a las lecturas. Sin un "enemigo" intelectualmente hablando se aburría y perdía el interés. Con Karl no discutía, ya que mantenía la disciplina del partido y nunca se salía de los postulados. Comunista convencido, a veces difería en algunos detalles, pero se lo guardaba para sí mismo.

—Entonces habrás oído hablar de un libro titulado *1984*, de George Orwell, ¿no es así? Imagino que tu hermano te habrá hablado de él, ya que es uno de los libros censurados —insistió el agente de la Stasi.

—La verdad es que no, Karl. Hablo muy de vez en cuando con Jürgen y solemos charlar de otras cosas más importantes —dijo Rudolf, que tuvo que disimular su sorpresa al escuchar ese libro. No solo lo había leído, sino que, era uno de sus libros favoritos. Le hubiera gustado poder debatir con alguien sobre aquel libro, incluso con Karl si fueran otras las circunstancias. Rudolf tenía muchos contactos en el mercado negro donde lo consiguió. Haber sido huérfano le dio muchas tablas en la vida desde muy pequeño.

—Bien, Bien, Rudolf, me tengo que marchar. Sabes, ya que eres un amante de la lectura, mañana te voy a traer el libro de Orwell. Tengo contactos que me lo pueden conseguir sin problemas. ¿Te gustaría leerlo? —dijo mirándole fijamente.

—No sé, debe ser un libro aburrido y lleno de conspiraciones contra nuestra patria, vamos supongo, si no, no lo habrían censurado.

—Venga un hombre como tú, leído y culto, no se va a escandalizar por leer ideas absurdas. Además, ¿no es mejor tener al

enemigo cerca? Mejor saber de qué pie cojea, ¿no crees? ¿Sabes de lo que hablo verdad Rudolf? —preguntó, cada vez insinuando más que la verdadera razón sobre la presencia de él allí era sabida por ambos. Quería acorralarle, decirle quién mandaba, pero sin nombrarlo. Ejercía un control psicológico sobre él.

—Está bien, tráelo y lo leeré —dijo Rudolf, que ya estaba cansado de la conversación y empezaba a peguntarse si alguien le habría visto entrar en la vieja fábrica. «A qué se debe tanta preguntita, hacía tiempo que no era tan insistente. ¿Sabrá algo de mis planes? ¿Habrán entrado en mi apartamento? Dejé escrito mis planes en la mesita, pero no creo que haya entrado alguien del partido. Hubiera visto forzada la puerta. Tengo que destruir esos papeles. Voy a relajarme que empiezo a estar un poco paranoico. Por otro lado, es curioso que censuren ese libro y a la vez los actos del partido y de la Stasi en particular parezcan sacados de él. ¿Por qué querrá que lo lea? Para saber mi opinión, seguramente. Pero si opino que el control sobre el pueblo y la vigilancia exhaustiva por parte del partido son prácticas que van contra el propio pueblo, que esa manera de actuar retorcida y privativa de la libertad personal son una atrocidad, es posible que se ofenda al verse reflejado. Si por el contrario, opino que me parece bien todo lo que en el libro se dice, me tachará de fascista y antipatriota. Es una trampa que me está poniendo. Quiere desgastarme para sacarme la verdad sobre mi cambio de estado de ánimo. Eso es. No voy a ceder. La partida de ajedrez ha comenzado. Ya veremos quién gana», se decía Rudolf.

—Hasta mañana, Rudolf —se despidió, con una media sonrisa que Rudolf interpretó como un aviso de lo que iba a pasar.

—Nos vemos Karl —dijo escuetamente Rudolf y agachando la cabeza se quedó mirando su cerveza fijamente. Estaba harto de todo. De ese país comunista al que había amado. Había sido leal y por contraprestación, no solo le habían arruinado la vida, sino que, no contento con eso, le seguían haciendo la existencia insoportable. Empezaba a ver grietas en sus convicciones. Sus ideales se tambaleaban. Parecía como si un terremoto estuviera sacudiendo los pilares más fundamentales de su ideario.

Rudolf salió de la taberna *Abgrund*, que en el idioma alemán significa abismo. Muy apropiado para lo que se cocía en aquel lugar. Estaba muy pensativo, pero enseguida, se quitó de la mente la conversación con Karl. Tenía un objetivo que conseguir. Ya no bebía tanto alcohol para mantenerse despierto y lúcido. Subió a casa para cenar y prepararse para "ir al trabajo". Después de varios días picando la pared había adquirido cierta pericia. Probaba con diferentes herramientas para ser más eficiente. Esa noche, el trabajo físico de

perforar la pared, que era bastante duro, le ayudó a olvidar la conversación que había mantenido con Karl. Aun así, por momentos se le pasaba por la cabeza lo que le había dicho acerca del libro de George Orwell, *1984*. «Maldito sádico. ¿No tiene bastante con su propia existencia? Tiene que fastidiar a los demás. Disfruta haciéndome daño. Le vendría muy bien leer *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm para que se vea reflejado. Aunque supongo que ya lo habrá hecho. Lo han censurado también. ¡Estúpidos mandatarios!, ¡tienen menos cerebro que una cucaracha!», pensaba Rudolf mientras se secaba con la manga de la camisa las gotas de sudor que le caían por la frente. El trabajo era duro. Era principios de agosto y las condiciones en el interior de la fábrica, totalmente cerrada y sin ventilación complicaban la excavación. El calor, la humedad y el polvo dificultaban la respiración. Se había puesto un trapo que la tapaba la nariz y la boca para protegerse del polvo. Todo le molestaba aquella noche, no estaba a gusto ni tranquilo. Quería terminar e irse a casa, pero no antes de las tres de la madrugada. Podía haberlo dejado, pero Rudolf era muy disciplinado. Cuando se proponía un plan lo llevaba hasta el final. Precisamente esa conducta férrea, sin contradicciones ni autosabotajes iba a ser quebrantada. En el fondo de su ser, en lo más profundo de sus convicciones, robar no era admisible. La rabia que sentía contra sus hostigadores estaba nublando el pensamiento racional de Rudolf. Tan solo había aparcado sus dudas acerca de lo que estaba haciendo. Esas cuestiones, se le volverán a presentar hinchadas como un globo de feria a punto de explotar.

3

Habían pasado dos semanas desde que Karl le entregó el libro censurado de George Orwell, *1984*. Este le había indicado que en unos quince días hablarían sobre él. Debatirían sobre los temas fundamentales de la obra literaria. Karl era un hombre culto y sabía apartar sus inclinaciones políticas a la hora de valorar una obra maestra. Había dos cosas que le molestaban de ese libro. Precisamente el hecho de que fuera una obra de altura le encolerizaba. Hubiera preferido que fuera un libro mediocre para poder lanzar todas sus críticas sin reservas hacia él. Por otro lado, veía claramente como su partido y la *Stasi*, actuaban de manera similar a lo que en ese libro se explicaba, de una manera hiperbólica. Sentía amor y odio al mismo tiempo por George Orwell, no solo por aquel libro, sino porque le hubiera gustado que una mente tan lúcida fuera de su mismo bando. Le parecía un visionario, un libro que se publicó en 1949 y cuarenta años después lo había clavado, eso sí, con mucha imaginación y exageración, ya que se trataba de un libro de ciencia ficción. Pero en lo esencial había dado en la diana.

Se encontraron como era habitual en la taberna. Rudolf llevaba más de una hora allí cuando apareció Karl a las cuatro y media en punto, era puntual como un reloj suizo. La partida de ajedrez la había empezado dos semanas antes cuando Karl le entregó el libro, ahora le tocaba mover a Rudolf.

—Buenas tardes, Karl, me he dado el permiso de pedirle su *Apfelwein* como todos los días, justo a las cuatro y media. Es usted muy previsible. ¿No cree que esa circunstancia no favorece a una persona como usted? —dijo Rudolf, haciendo del ataque su mejor defensa. Sabía que le iba a preguntar sobre el libro y quería dilatar lo máximo posible ese momento. Aunque se había metido en un jardín del que le iba a costar salir.

—Buenas tardes, gracias Rudolf. Un detalle por tu parte. Hoy nos sentaremos en una mesa. La ocasión lo merece. ¿Qué quieres decir con “una persona como usted”? —replicó Karl sentándose en la silla y dejando su sombrero Borsalino en la percha que estaba al lado de la mesa.

Rudolf se daba cuenta de que al igual que el león acorrala a sus presas, Karl estaba preparando el terreno para ganar la partida. Detalles que denotaban quién ponía las reglas en ese juego. Para Karl todo aquello era un divertimento. Tenía la sospecha de que Rudolf

escondía algo que podía interesar a la *Stasi*. Además, ver en sus ojos el miedo y la incertidumbre le hacía disfrutar como un gato que juega con el ratón sabedor de que cuando se lo proponga le dará muerte.

—Bueno, un hombre con su elegancia… Ese traje y ese sombrero servirían para alimentar varios días la familia de algunos de estos maleantes que se encuentran aquí, en este antro a diario —respondió neutralizando el contraataque de Karl.

—¿Cuántos años llevo viniendo aquí?, Rudolf. Más de dos si no me equivoco. ¿Crees que si alguno de esos indeseables hubiera querido robarme no lo habría hecho ya? Has sido hábil en la respuesta, pero tú no te referías a eso, ¿verdad? —dijo mientras se encendía un cigarrillo marca Juwel. El partido le regalaba diez cajetillas por semana de ese tabaco producido en Dresde. Se le hizo un nudo en la garganta a Rudolf, que no se esperaba esa respuesta. Intentó que no se le notara sin éxito. Se adivinaba el placer en los ojos de Karl. Estaba disfrutando de la partida. Le había hecho el primer jaque.

—Es usted muy desconfiado, quizá sea por deformación profesional. ¿Cuándo se enfrenta a sus oponentes en los juicios siempre piensa que le mienten? ¿Es en ese trabajo cuando usted es receloso?, ¿O acaso sospecha en todas sus actividades diarias? —dijo Rudolf, que en vez matizar su afirmación anterior, cogió el camino más difícil y siguió atacando. Karl en esos dos años le había contado una versión de su vida falsa, y creía que había quedado bastante clara. Trabajaba de abogado desde las ocho de la mañana hasta las cuatro. Después visitaba ese antro hasta las cinco y media. Regresaba a casa con su mujer e hijos y ya no salía más de casa. Por supuesto Rudolf nunca le creyó, en el orfanato había aprendido a desconfiar de las personas. En esta ocasión su olfato no le estaba fallando.

—¿Qué estás insinuando?, Rudolf. Yo me dedico a la abogacía como bien sabes. Aparte de eso me entretengo hablando aquí cada tarde contigo y con mi familia al llegar a casa.

—No insinúo nada, imaginaba que un hombre con su posición en la sociedad dedicaría tiempo a otras actividades. Usted no parece ser de esas personas que miran a otro lado cuando se le necesita. Además, me ha mostrado en varias ocasiones sus inquietudes políticas. No le veo solamente como un padre de familia que va del trabajo a casa.

Con cada turno de palabra, las mentiras se iban sucediendo, como la cresta de la ola que se va elevando al llegar a la playa para terminar rompiéndose. La cuestión era en qué turno de palabra las cartas iban a ser puestas sobre la mesa. Era un juego psicológico para ver quién cedía y desvelaba lo que ambos ya sabían. Para Rudolf, el hecho de

que se desvelase que Karl era un agente secreto de la *Stasi*, suponía que a partir de ese momento se acabarían las sutilezas. El depredador, al darse cuenta de que la presa le ha descubierto, usaría todas las armas a su alcance para derribarlo. Rudolf sabía muy bien cómo se las gastaba el servicio de inteligencia en los interrogatorios que practicaban en la sede central en Lichtenberg, al este de Berlín. Por otro lado, Karl echaría de menos ese juego dialéctico que tanto le gustaba, amén de las interesantes conversaciones que mantenían juntos. Rudolf es el que tenía más que perder en esa contienda, aun así, seguía estirando la goma hasta que se rompiera. Estaba cansado de todo ese jueguecito que se traía entre manos Karl.

—¿Acaso no me crees cuando te hablo?, ¿pones en tela de juicio todo lo que te he contado sobre mi vida? Mi vida es más sencilla de lo que imaginas. Pero vamos a dejar ese asunto de una vez. Hoy he venido aquí por algo que me interesa más. ¿Qué opinión tienes del libro que te regalé? —dijo Karl, sorprendiendo a Rudolf que no se lo esperaba en ese momento. Había fantaseado con la idea de que se le hubiera olvidado.

—La verdad es que me ha gustado mucho. Es una obra maestra. Me lo leí en apenas cuatro días —dijo Rudolf, sin entrar a valorar el contenido de la trama.

—Estamos de acuerdo en eso, amigo. Pero, a mí lo que me interesa es saber qué opinión tienes de la idea principal sobre la que transcurre la novela —insistió Karl.

—Me parece que la crítica a los totalitarismos y a la opresión que ejerce el gobierno sobre la población es muy acertada. Es una novela que bien podría haber sido escrita en los tiempos que vivimos —respondió, cansado de jugar al gato y al ratón.

—Valoro tu sinceridad, Rudolf. En los tiempos que corren, hablar abiertamente como tú lo has hecho no es recomendable. El estado ha recibido muchas críticas desde los países enemigos de la patria, precisamente por ese motivo. La falta de libertad de la población. ¿Te sientes libre?, Rudolf.

—Por supuesto que me siento libre. Soy el dueño de mi destino y todo lo que me proponga hacer lo llevaré a cabo. Haré lo que haga falta para que así sea —respondió enérgicamente. Karl se quedó impresionado de la vehemencia con la que le contestó.

—Vaya Rudolf, eres un hombre decidido y de acción. ¿Cuánto ganaste por llevar a aquellos cinco hombres a Poznan hace dos años? ¿Lo organizaste tú solo o hay alguien más detrás? —dijo Karl, que había perdido los nervios al ver la soberbia con la que hablaba Rudolf. Se había descubierto. Por fin la ola había roto en la costa. Las cartas

estaban sobre la mesa y Rudolf había ganado la batalla psicológica. ¡Jaque mate!

—¿Quién eres Karl? Si es que ese es tu nombre —preguntó fingiendo no saber nada.

—Soy yo quien hace las preguntas aquí. ¡Responde! —insistió Karl, que estaba fuera de sí. Dos años en aquel antro sin obtener ninguna respuesta. Sus superiores le pedían resultados. La fuga de ciudadanos de la RDA hacia los países fronterizos era constante y empezaban a impacientarse. La situación política y económica era muy grave en el país. La RDA intentaba saldar sus deudas y hasta había pedido un préstamo a Alemania Occidental. El león sacaba sus garras y colmillos.

—Yo no tuve nada que ver con aquel suceso. Fui una víctima. Me tendieron una trampa a la salida de Fürstenwalde. Reventaron una rueda del camión para poder colarse entre la mercancía. Al llegar a Poznan, me molieron a golpes y se fugaron. Eso es todo. Es la verdad. Me costó mi empleo y mi reputación. Además, fui repudiado por el partido. Lo he perdido todo, yo era un hombre leal al PSUA y así me lo han agradecido… —dijo cabizbajo, sabedor de que la partida había acabado y que su futuro estaba en las manos de aquel hombre que ya no estaba claro que se llamase Karl.

—Está bien. Pero eso que me has contado ya lo había oído. No es nada nuevo. La Stasi tiene dudas sobre ti. Cree que tras la aparente vida de borracho que llevas escondes tu verdadera motivación: ayudar a escapar a compatriotas por dinero. Te he estado observando todo este tiempo y no he encontrado ningún indicio de ello. Quizá seas muy inteligente o yo no sepa descifrar tus pensamientos. Estoy cansado Rudolf, mañana mandaré un informe al Ministerio para la Seguridad del Estado indicando que Rudolf Schwarz no tiene ningún negocio oscuro para que archiven tu expediente. Aunque eso ya no dependerá de mí. Ha sido un verdadero placer debatir contigo de tan interesantes temas. Lo echaré de menos. Ten cuidado Rudolf, yo me aparto, pero en cada esquina de cada calle hay uno como yo. Es posible que no archiven tu caso y te seguirán espiando. Hay colegas que no son tan comprensivos ni tan instruidos como yo —dijo Karl con voz melancólica. Había sido una distracción todo ese tiempo intentando desenmascarar a Rudolf. En el pasado tuvo que hacer interrogatorios con prácticas agresivas en la sede central y en la cárcel, lo que a un hombre como él, con un alto grado de sensibilidad, le era insoportable. El tiempo con Rudolf fue como unas vacaciones que acababan. Ahora que él se había descubierto ya no tenía sentido seguir con esa representación.

—Gracias Karl, ¿Te llamas Karl, no? Agradezco tu gesto —dijo,

asombrado por cómo se había resuelto aquel encuentro.

—No me llamo Karl, ni soy abogado. Eso no te lo puedo desvelar. Quizá nos veamos en el futuro. Suerte, amigo —dijo poniéndose su sombrero Borsalino y salió de ese antro para no volver.

4

Tras esa intensa conversación con Karl, Rudolf no pudo seguir en aquella taberna. Estaba en un estado de excitación que le hubiera gustado calmar yendo a seguir con la excavación del túnel. Pero debía ser disciplinado, además a esas horas de la tarde sería altamente probable que algún viandante le observara entrar en la vieja fábrica. Salió sumido en sus pensamientos, paseaba con la mirada pérdida. «Qué extraño es todo. Te acostumbras a una persona, a sus conversaciones, a sus manías y de repente desaparece de tu vida como si nada. Pobre Karl, en el fondo es un romántico. Esa labor que hace en la *Stasi* no es para gente como él. Son tiempos difíciles para ver las cosas con claridad y poder elegir el mejor camino. Yo ya he tomado el mío. Ellos me seguirán espiando, ¿y si ahora me persiguen fuera de la taberna? A Karl le tenía cerca y podía ver sus movimientos, pero ahora, no sé quién puede estar observándome ni cuándo. Debo ir con más cuidado. Ya me lo advirtió él», se decía. De pronto oyó un fuerte pitido. Rudolf, absorto en sus pensamientos, andaba por el centro de la calle por donde circulaba el tranvía. Dio un salto a un lado de la calle y se quedó tumbado en el suelo. «Por poco, uf…», pensó Rudolf. Se levantó y subió a su apartamento. Se tumbó en la cama y se quedó dormido. Todavía quedaban varias horas hasta las doce de la noche, cuando seguiría perforando la pared.

Estuvo durmiendo hasta la hora de la cena. Se levantó hambriento. Cenó copiosamente y se dispuso a ir hacia la fábrica. Esa noche y las siguientes semanas estuvo muy estresado, cuando andaba por las calles, miraba a todas partes. Cualquier cara que le mirase le parecía sospechosa. Vivía en un estado de nervios máximo. Había avanzado mucho en el túnel. Era principios de octubre, y ya estaba según sus cálculos debajo de la habitación donde se encontraba la caja fuerte. La avenida donde se situaban esos dos edificios tenía una gran pendiente, de manera que la fábrica tenía una cota inferior a la del banco, suficiente para hacer un túnel subterráneo.

La situación en las calles en ese mes de octubre de 1989 se estaba volviendo insostenible. Desde principios de septiembre había manifestaciones por todo el país en contra del gobierno de la RDA. La más multitudinaria ocurría en Leipzig. En la plaza Karl Marx, cercana al *Staatsbank*. Era la denominada Manifestación de los lunes de

Leipzig. Aunque la policía del partido arrestaba a numerosos manifestantes, el pueblo no cesaba en sus protestas. Rudolf, ajeno a todos esos acontecimientos, aprovechaba los lunes para trabajar más horas, ya que el bullicio que se generaba en el exterior ocultaba el ruido que él hacía con su martillo y piqueta.

Era el penúltimo día del mes de octubre, el objetivo estaba muy cerca. Rudolf, como todas las noches desde hacía ya tres meses, se dirigió hacia su cometido. Era lunes, esa noche había manifestaciones en la Plaza Karl Marx. El bullicio, como otras veces, ayudaría a camuflar el ruido y a avanzar bastante con el túnel. Algo presentía esa noche despejada, en la que se veían muchas estrellas en el cielo y la luna llena iluminaba las calles de Leipzig. Estaba inquieto, pero no tenía ningún motivo para ello. Quizá saber que estaba muy cerca de conseguirlo le ponía nervioso. Pero no podía ser eso, ya que pensaba que le quedaban dos o quizá tres noches más para culminar el túnel.

Entró en la fábrica y se adentró en el túnel hasta el punto en el que se había quedado la noche anterior. Cuando se dispuso a picar la pared, oyó varios pasos encima de su cabeza. «¡No puede ser! Hay personas en el banco. Qué mala suerte, ahora que estoy tan cerca y…», se decía Rudolf. Parecía como si los pasos se iban acercando y alejando. «Debo estar muy cerca, los oigo demasiado bien», pensó Rudolf. Después de unos segundos cesaron los pasos. Hubo un silencio sepulcral y de pronto se oyó un ruido seco como si un objeto pesado se hubiera caído al suelo. Rudolf se asustó, se le aceleró el corazón, sudaba por todos los poros de su cuerpo. El túnel era estrecho y había poco aire, lo cual acentuaba su estado de ansiedad. «Debería marcharme de aquí. Seguramente vengan más personas.», pensaba, pero apenas podía razonar. Decidió salir del túnel y regresar a casa, pero al abrir la puerta lo justo para poder ver si había alguien pudo apreciar la inmensa cantidad de gente que circulaba por la avenida. Cerró la puerta y se quedó allí esperando a que la gente regresara a sus casas. No cesaba de pensar en el ruido. «Qué raro, a estas horas de la noche, con el banco cerrado. Es muy extraño. Se oyen pasos, un ruido fuerte y nada más. ¿Qué puede ser? ¿Y si alguien se me hubiera adelantado a robar el banco?», se decía Rudolf, que estaba hecho un manojo de nervios. No podía salir de la fábrica sin ser visto, no solo por gente corriente como él, sino, y lo que era peor, por agentes secretos del partido que estaban camuflados entre los manifestantes. Eso sería definitivo para fracasar, no podía arriesgar tanto. Por otro lado, estaba angustiado con ese sonido extraño y lo que eso pudiera significar. Se sentía como un conejo encerrado en su madriguera con el zorro esperándole en la superficie. Pensó en salir por el túnel

secreto, pero en seguida recordó que estaba el pesado armario encima del falso suelo. Solo tenía dos posibilidades: esperar allí sin saber hasta cuándo, ya que las manifestaciones de los lunes cada vez eran más multitudinarias y se alargaban hasta el amanecer, con lo que ya no podría salir hasta la noche del día siguiente o seguir hacia adelante sin pensar en lo que le podría deparar en el interior del banco. «Lo que está claro es que escuché pasos que se alejaban del banco hacia la calle. Después silencio y un ruido. Quizá la persona, antes de salir, dejó algún objeto en una mala posición y a los pocos segundos de marchar ese objeto cayó al suelo», pensaba Rudolf. Se dirigió de nuevo al túnel para cerciorarse de que no se escuchaban más pasos o ruidos de algún tipo. Había pasado más de media hora desde que escuchó el fuerte golpe en el suelo de la habitación donde se suponía que estaba la caja fuerte. En ese momento le vinieron a la mente todas las cosas que le había pasado en los últimos dos años. Lo desesperado que estaba, sin dinero y sin futuro. La idea de robar ese banco y salir del país para ser rico y libre le había mantenido vivo los últimos tres meses. Alejado de la bebida y con un sentido por el que vivir. De pronto pensó «¿qué haría un conejo atrapado en su propia madriguera acechado por los depredadores? ¡Eso es!, haría otro túnel para despistarlos. No voy a desfallecer ahora que estoy tan cerca». Se puso a picar la pared de nuevo, estaba muy cerca. La manifestación no iba a parar hasta el amanecer y no había escuchado ningún ruido más. Se convenció de que un objeto pesado cayó porque lo dejaron mal colocado.

Excavaba lo más rápido que podía. Le caían chorretones de sudor que empapaban toda su camiseta. Parecía poseído, picaba como un martillo mecánico. Tras unos diez minutos rompió la última capa de cemento y llegó al suelo de la habitación. El final era lo más duro, pero con las ganas que tenía de llegar lo consiguió. Ensanchó el agujero para poder acceder. Asomó la cabeza y lo que vio le dejó petrificado. Karl estaba allí, colgado de una soga. Se había ahorcado con la ayuda de una silla. Por eso escuchó pasos, un silencio y por último el ruido era el de la silla que, al patearla Karl, había caído contra el suelo. Subió todo su cuerpo hasta la habitación, puso en pie la silla y se sentó. Estaba en shock. Era lo último que se podía imaginar. «¿Por qué se habrá suicidado? Justo cuando renuncia a seguir vigilándome. ¿Qué hace aquí en el banco?», se decía en voz alta. Demasiadas preguntas sin respuesta. De pronto, se incorporó y miró a su alrededor. Con la imagen de Karl colgado no se había dado cuenta de que efectivamente estaba en la habitación donde se encontraba la caja fuerte. Se acercó a Karl, le miró fijamente durante unos segundos a la cara. No podía creer que una persona tan vital como él hubiera decidido acabar con su vida. Se fijó que sobresalía un

papel del bolsillo izquierdo de su pantalón, metió la mano en el bolsillo y encontró una carta. Antes de ponerse a leerla se cercioró de que la puerta de entrada del banco estaba cerrada. No entendía como había podido entrar Karl con el banco cerrado. Una vez comprobó que estaba solo y las puertas de entrada cerradas, se sentó y empezó a leer esa carta.

30 de octubre de 1989

Klaus, La crisis económica en la que se encuentra nuestra patria, nos lleva a tomar decisiones drásticas. En la reunión celebrada esta mañana con el objetivo de analizar la situación económica de la República Democrática Alemana, Gerhard Schürer, jefe de la Comisión de Planificación Central en la RDA, ha sacado a la luz que la deuda exterior de nuestro estado asciende a 49.000 millones de Marcos. Esto es inasumible y supone la banca rota. Schürer nos está dando de nuevo un toque de atención para dar un cambio de rumbo en las políticas económicas. Algunos compatriotas como Günter Mittag, Secretario del Comité Económico, o Erich Honecker, Secretario General del Comité Central del PSUA no están de acuerdo con él y desestiman su análisis, le tachan de saboteador y antipatriota. Pero muchos otros sí le respaldan. Schürer, ya nos dio un toque de atención el 26 de abril del año pasado. ¿Te acuerdas, Klaus? Explica Schürer que para detener la deuda requeriría una reducción del 30% en el nivel de vida de la gente, lo cual haría ingobernable nuestro país. Además de eso, propone una reducción drástica del personal administrativo y de oficina, así como de los empleados a tiempo completo en organizaciones e instituciones sociales, e incluso con estas reformas para asegurar la solvencia, nuestra RDA debería negociar con la República Federal de Alemania (RFA) préstamos altísimos con lo que eso supondría para nuestra forma de ver la vida. Depender del capitalismo Klaus, entiendes lo que eso significa, ¿no? Si Schürer tiene razón, posiblemente nos despidan de nuestros puestos de trabajo, sería la ruina total y si, por otro lado, le detienen por antipatriota, es posible que el partido nos relacione con él. Saldrán a la luz muchas de las reuniones que tuvimos con él. El país se va a la deriva. Te nombraron director del banco justo cuando todo se derrumba. Es un puesto envenenado. ¡Ten cuidado Klaus! Cuando todo esto salte por los aires irán a por ti también. Te aviso para que tomes las decisiones personales que creas conveniente. Yo no tengo familia y voy a intentar escapar

a Polonia, allí tengo unos contactos que me pueden acoger. ¡Mucha suerte Klaus!, quizá no nos volvamos a ver. Ha sido un verdadero placer compartir todos estos años contigo en el partido.

Zelig Bauer

«¡Director del banco!, vaya sorpresa, esto sí que no lo veía venir. Vaya con Klaus…, pobre hombre», pensaba Rudolf. Esa carta respondió a todas sus preguntas. Se inquietó con lo que acababa de leer. Eso también le afectaba a él y a todos los ciudadanos de la RDA. Su plan de robar el banco y escapar del país estaba en riesgo. «Con la crispación social en las calles y la crisis económica, la policía del estado y la Stasi estarán revolucionadas como si se hubiera agitado un gran avispero. Pero esto quizá sea bueno y en medio el caos sea más fácil escabullirse», reflexionaba.

Rudolf se centró y prosiguió con su plan. Ahora que sabía que su antiguo compañero de batallas había sido el director hasta hace unos minutos, buscó en su ropa algo que le ayudara en su cometido. Miró en todos los bolsillos, pero no encontró nada. Se dispuso a palpar su cuerpo todavía caliente y notó algo duro, como un colgante. Desabrochó los botones de la camisa para ver lo que era y vio que tenía una cadena de oro con una llave colgada del cuello y se la arrancó. «¿Qué abrirá esta llave?», pensó. Miró a su alrededor, pero no veía ningún cajón que se abriera con llave. La caja fuerte se abría con una combinación de movimientos de la rueda a derecha e izquierda muy precisos. Salió de aquella habitación y a mano izquierda encontró el despacho del director. Había un escritorio en el fondo de la habitación que tenía tres cajones en un lateral. El primero de ellos se abría con llave. Probó, pero no tuvo suerte. Entonces sacó los otros dos que había debajo. Por el hueco que quedó metió la mano por detrás del primer cajón y lo consiguió arrancar. Lo destrozó, pero solo había papeles del banco que no entendía. Se enfureció al no encontrar nada de ayuda. Se quedó sentado con la cabeza mirando el suelo, enfrente del escritorio frustrado y cansado. Tras unos segundos, levantó la vista y vio algo que le llamó la atención. En el fondo del escritorio, en el hueco que se había creado al quitar los cajones, había un pequeño cajón secreto. Tenía una cerradura. Metió la cabeza por esa oquedad, estiró el brazo y probó con la llave. ¡Se abrió! De la emoción que tuvo, se alzó y se golpeó la cabeza con el escritorio. Se repuso enseguida, sacó el cajón y se dispuso a examinarlo. En su interior solo había un pequeño papel con unas indicaciones. «¡Debe ser la combinación para abrir la caja fuerte!», pensó. Estaba de suerte. Se le aceleró el corazón de la emoción. Volvió a la habitación donde

estaba la caja fuerte, No era la cámara acorazada del banco, pero en esa caja debía haber bastante dinero. Tenía unas dimensiones de dos metros de ancho por dos metros de alto y con una profundidad de un metro aproximadamente.

Sin perder tiempo giró la rueda según las indicaciones del papel y ¡eureka!, la caja se abrió. Estaba llena de billetes de quinientos Marcos de la RDA. Agrupados en paquetes que tenían cada uno cien billetes.

—Karl, lo hubiera compartido contigo, eras un buen tipo, pero elegiste el camino más complicado —comentó Rudolf al cuerpo ya sin vida. La emoción al ver lo que había dentro le había dejado obnubilado. Sabía que se llamaba Klaus y que no le iba a poder contestar, pero en ese momento su mente se retrajo a las conversaciones que mantuvieron durante más de dos años.

—Karl, gracias por instigarme durante tanto tiempo, si no hubiera sido por ti, quizá no habría diseñado este plan —seguía hablando solo y reía a carcajadas. Estaba desatado. De pronto un pensamiento racional le vino a la mente y se apresuró a coger todo el dinero e intentar volver por el túnel.

—Adiós amigo Karl —le dijo al cadáver, para Rudolf ese hombre siempre sería Karl. Vació por completo la caja fuerte. Llenó dos sacos con el dinero. Aproximadamente treinta paquetes en cada uno, lo cual suponía que llevaba unos tres millones de *Ostmarks*. Era mucho peso para llevarlo a sus espaldas hasta su apartamento, pero la avaricia venció, era más fuerte que el sentido común. Además, una vez allí, era un desperdicio dejar un solo paquete. Uno solo de ellos superaba con creces lo que había ganado en todo un año cuando estuvo trabajando de chofer de camiones. Tenía los ojos encendidos, estaba empapado en sudor y el corazón le latía con fuerza. No podría sacar los dos sacos a la vez, apenas podía pasar él por el túnel. «Andaré arrastrando un saco cada vez», se decía. Así pues, llevó un saco hasta la vieja fábrica y volvió a por el otro. Cuando entró de nuevo en la habitación donde seguía Klaus, oyó como alguien abría la puerta del banco. Se apresuró a coger el segundo saco y volvió lo más rápido que pudo por el túnel. Una vez en la vieja fábrica de armas, dudó unos segundos si salir por la puerta como cada noche o esconderse en el pasadizo que daba al almacén. No sabía si en la calle habría más gente vigilando el banco o si los manifestantes seguirían por la avenida. Estaba muy nervioso y tenía que decidir algo pronto porque los que estaban entrando al banco iban a descubrir a Karl y el túnel en unos segundos. Los sacos pesaban bastante y aunque Rudolf era un hombre fuerte, llevar casi treinta kilos durante varios kilómetros hasta su casa sin ser visto era una empresa bastante difícil. Sin tiempo para pensar, decidió esconder los sacos en el falso suelo, en las escaleras que daban acceso al

pasadizo entre la vieja fábrica y el almacén del complejo de exportaciones a los países aliados. Los metió allí y puso encima de la puerta unas mesas viejas y otros trastos que había por el medio para disimular el pasadizo. Después abrió levemente la puerta para observar si había alguien por la avenida. No había nadie custodiando el banco y tan solo divisó varias personas a lo lejos, entonces se armó de valor y salió. Tampoco le quedaba otra opción. Se puso a andar a paso ligero, sin mirar hacia atrás y sin correr demasiado. El corazón le iba a explotar. Tenía la respiración acelerada y los pensamientos confusos. «¿Encontrarán el dinero? Justo cuando ya me marchaba han aparecido, ¡qué mala suerte!», pensaba Rudolf, mientras aceleraba el paso, tenía que pasar una manzana para girar en la primera esquina a la izquierda y salir del campo de visión. La manifestación había acabado y no había ni un alma por aquella avenida. Si alguna persona le hubiera visto sería un testigo de su presencia esa noche allí y eso le implicaría en el robo del banco. Por suerte nadie le vio y siguió andando a paso cada vez más rápido sin llegar a correr para no levantar sospechas. En diez minutos llegó a su apartamento exhausto por el estado nervioso más que por el ejercicio físico. Se sentó en una silla e intentó relajarse. Su cabeza daba vueltas, los pensamientos iban más rápidos de lo que él podía gestionar. Su mayor preocupación era que aquellos hombres no encontraran el dinero. Volvería a por los sacos al día siguiente si las circunstancias fueran favorables.

5

La noche había sido muy larga. Rudolf apenas pudo dormir pensando en que hubieran descubierto el pasadizo secreto y el dinero. Se levantó con la luz del sol, cansado y ojeroso. Se sentó en el borde de la cama, se pasó las manos por la cara para intentar despejarse y se incorporó. Sabía que no podía ir a la vieja fábrica hasta que cayera la noche, lo cual le generaba mucha ansiedad. La espera sería muy larga. Tomó un café mientras miraba todos los canales de televisión para ver si había alguna noticia sobre el suicidio del director del banco y el robo de la caja fuerte, pero no hallaba ninguna noticia, le pareció raro. Bajó a la calle para comprar el periódico y comprobar si en ese medio de información había alguna noticia de última hora sobre el *Staatsbank*.

—Buenos días, Ludwig, ¿me das el *Bild Zeitung* por favor?

—Aquí tiene su periódico señor, son *sechzig pfennige* —espetó el quiosquero.

—Gracias —dijo, alargando la mano y entregándole los sesenta céntimos de *Ostmark*.

En la portada no aparecía nada acerca del robo en el banco, lo cual era normal, ya que los sucesos se produjeron cuando ya se había cerrado la editorial, pero Rudolf buscaba una última hora por algún sitio en el periódico. Escudriñó el diario de arriba abajo varias veces, pero no encontró nada acerca de los sucesos en el banco. Entonces pensó en dar un paseo disimuladamente por delante de la sucursal del *Staatsbank* y de la vieja fábrica de armas para ver si había algún movimiento. Se apresuró en llegar al banco, estaba ansioso. Cuando giró la esquina de la calle *Teubnerstrasse* llegó a la avenida donde estaba el banco y aminoró el paso para no llamar la atención. Una vez llegó a la altura de la vieja fábrica de armas, abrió el periódico para parecer que lo estaba leyendo. Apartó ligeramente el periódico a un lado y pudo ver tres personas vestidas de paisano y dos policías enfrente del banco. La puerta de la antigua fábrica estaba abierta, lo que alarmó a Rudolf. Le dio un vuelco el corazón. «Lo han encontrado», pensó. En ese momento llegaron varios coches de policía. Rudolf siguió andando y dobló la siguiente esquina para salir de allí. Tras la primera reacción que le dejó muy alterado, al salir del lugar de los hechos, se vino abajo. Estaba frustrado. «Tanto tiempo dedicado a este plan para nada», se decía. Tiró el periódico en una papelera y regresó alicaído hacia su apartamento. Vagaba por las calles como alma en pena, pero al llegar a su barrio observó que había un gran

revuelo alrededor del quiosco de Ludwig. Se apresuró en llegar para ver qué pasaba. Cuando estaba a escasos metros podía escuchar: ¡extra, extra, asesinato y robo en el *Staatsbank*! El *Bild Zeitung* había hecho una edición especial tras los acontecimientos en el banco. Numerosas personas se agolpaban para conseguir un ejemplar. Rudolf pasó del decaimiento a la histeria. Corrió hasta el quiosco, compró un periódico y se alejó unos metros de ese bullicio para poder leer sin que nadie le molestara. En la portada se podía leer: robo y asesinato en el *Staatsbank*. «¡Asesinato!», se dijo alterado. La versión oficial del gobierno había querido ocultar el suicidio de Klaus Schmidt, director del banco, y culpar al ladrón de su muerte. Abrió el periódico y en las siguientes páginas se explicaba el suceso ampliamente. Se repetían las palabras asesinato y robo, pero no alcanzaba a ver si se hablaba del dinero. Si había sido encontrado o no. Le sudaban las manos, estaba tembloroso y le costaba respirar. Entonces buscó un banco para sentarse. Se sentó y respiró profundamente. Tras unos segundos volvió a releer el diario. Por fin encontró algo referente al dinero. «El ladrón robó tres millones de *Ostmarks* tras asesinar al director del banco. El dinero no ha sido encontrado y la policía sigue…», leía Rudolf cuando dejó el periódico sobre el banco. Respiró aliviado. Pero a los pocos segundos cayó en la cuenta de que si le descubrían le culparían también de la muerte del director. «No voy a poder acercarme por la fábrica en unos días, hay demasiado revuelo y estarán vigilantes, esperaré a que todo se calme un poco», se decía Rudolf.

Los siguientes días siguió con su rutina, no debía llamar la atención. Sabía que era muy probable que estuviera siendo vigilado por la Stasi, después de la renuncia de Karl. Se pasaba la mayor parte de la tarde en la taberna, aunque no bebía apenas alcohol. Se acostaba bastante tarde, le costaba cambiar la rutina que había adquirido de acostarse sobre las tres y media después de estar excavando el túnel cada noche durante los últimos tres meses. Dormía hasta la una del mediodía, tomaba un café, comía algo y a la taberna de nuevo. Tras una semana empezó a pensar que las cosas se habían calmado. Ya no salían noticias relacionadas con el banco ni en la televisión ni en los periódicos. Se marcó el día 8 de noviembre para volver a la fábrica y recoger los sacos si es que estaban todavía allí. Rudolf era muy organizado y le gustaba planear las cosas con antelación.

La crisis en el gobierno de la RDA llegó hasta el punto de que un día antes del día que se había propuesto Rudolf proseguir con su plan, el gobierno al completo dimitió. El país estaba sumido en un caos, además las protestas de los lunes cada vez eran más numerosas. La revolución era imparable. Rudolf, ajeno a la situación político-social del país, seguía concentrado en su plan.

Amaneció el día D. Rudolf estaba inquieto, había podido controlar sus nervios hasta ese día, pero una vez veía cerca el momento de volver a la fábrica se empezó a poner muy nervioso. Esa tarde en la taberna bebió más de lo normal para calmar sus nervios. Lo tenía todo pensado. Sobre las nueve de la noche, aparcó su viejo coche *Trabant 601* en la calle perpendicular más cercana a la gran avenida. Tan solo tendría que cargar con los sacos hasta girar la esquina. Volvió a su apartamento para cenar y descansar hasta que llegara el momento.

Salió sobre las once y media hacia la fábrica. Las calles estaban vacías. Era miércoles y aparte de las manifestaciones de los lunes, las demás noches de la semana las calles estaban desiertas. Llegó a la fábrica y se encontró un contratiempo, la policía había forzado la puerta y ahora había una cadena con un candado. Recordó que en el maletero del coche tenía una cizalla antigua que usaba en su época de camionero como arma para defenderse de los posibles asaltos al cruzar la frontera. La había conservado como un recuerdo de todos esos años y ahora le venía de perillas. Fue al coche que estaba a escasos cien metros, la cogió y volvió a la puerta de la antigua fábrica. Con mucho esfuerzo pudo cortar la cadena, entró y cerró la puerta. Tiró la cizalla al suelo y vio que la mesa seguía encima del pasadizo, eso era una muy buena noticia. La movió a un lado y levantó la puerta del pasadizo. «¡Aquí siguen, Genial!», dijo aliviado Rudolf. Asió los dos sacos, se los echó a la espalda, asomó la cabeza por la puerta y tras comprobar que no había nadie, salió rápidamente de allí. Andaba con paso alegre pero sin llegar a correr. El coche estaba muy cerca, giró la esquina para adentrarse en la calle donde estaba el coche y vio que a lo lejos había un hombre borracho que andaba de lado a lado de la acera, además cantaba una canción a pleno pulmón que estaba despertando a los vecinos. Rudolf se apresuró en llegar al coche antes de que alguien se asomara al balcón a recriminar a esa persona ebria y le pudiera descubrir. Abrió el maletero, metió los dos sacos, arrancó y se fue de allí a gran velocidad hacia su apartamento. Tras aparcar enfrente del edificio. Comprobó que no había nadie por la calle y que tampoco pasaba el tranvía en ese momento. Bajó del coche, abrió el maletero, cogió los sacos y subió hasta su apartamento. Respiró aliviado. «Ya está. Por fin tengo mi dinero. ¡Soy rico!», se decía eufórico mientras vaciaba los fardos de billetes sobre la cama.

Rudolf lo había conseguido. El plan que diseñó con todo detalle hacía más de tres meses, dio su fruto. Había completado su venganza contra todos aquellos que arruinaron su vida. El odio fue el motor que le había movido a hacer ese acto ilegal, inmoral y desleal. Había traicionado al partido, a su propio país, pero sobre todo se había traicionado a sí mismo. En la cama, rodeado de todo ese dinero, tuvo un momento de arrepentimiento. Era rico, pero la manera en que lo

había conseguido no le terminaba de convencer. Rudolf había elegido una vida entregada a sus ideales políticos, había desechado la idea de formar una familia, después de que Helga le rompiera el corazón y estaba prácticamente sin amistades, ya que solo se había relacionado con gente del partido. Se dio cuenta en ese momento, de que ese acto motivado por el odio tan solo le había otorgado riqueza. Se sentía muy solo, no solamente por la ausencia de personas, de amistades, sino que su vida estaba vacía. No tenía familia, ni patria a la que adorar, ni integridad moral. Aunque seguía manteniendo sus ideales comunistas, la traición a la patria, que estaba sumida en una gran crisis económica, le creó una contradicción insoportable. Había completado su suicidio moral.

Aun así a Rudolf el arrepentimiento le duró menos que un caramelo en la puerta del colegio. Se refugió en el odio de nuevo para ratificar sus actos y acallar su conciencia. Se pasó casi toda la noche sin dormir por la excitación de tener en su cama más de tres millones de *Ostmarks*. Cuando por fin consiguió dormir un poco, la luz del sol de aquel 9 de noviembre de 1989, entraba por la ventana. Se quedó tumbado hasta mediodía allí, junto a su “única compañía”.

Tras levantarse recogió el dinero y lo guardó en los sacos. Una vez asimilado que era rico, debía seguir con su plan. Cruzaría a la República Federal Alemana, intentaría cambiar el dinero robado a Deutsche Mark[6] en el mercado negro y una parte por los medios oficiales en el *Bundesbank*[7]. Quería tener bastante dinero en su cuenta corriente del banco para parecer respetable a la hora de montar su negocio, pero era consciente de que no podía cambiar todo el dinero, ya que no podía justificar de donde lo había sacado. En el mercado negro no tendría tantas dificultades. Una vez solucionado ese problema, invertiría una gran parte del dinero en crear una empresa de transporte internacional de camiones en Múnich. Ese mundo lo conocía muy bien Rudolf, gracias a sus treinta años trabajando de camionero para el gobierno de la RDA.

Tenía planeado llegar a Checoslovaquia que era el único país al que les era permitido viajar a los ciudadanos de la República Democrática Alemana, después, cruzaría la frontera con Alemania Occidental.

Tras comer algo, salió del piso con los dos paquetes para no volver más. El piso que había alquilado durante los últimos diez años lo dejaba tal cual estaba con todas sus cosas. La cama sin hacer y con la pila llena de platos sucios. Solo tuvo la precaución de llevarse los papeles donde había escrito detalladamente su plan. Se sentía poderoso con esa enorme cantidad de dinero. Bajó del apartamento, metió los sacos en el maletero del coche y se dirigió en dirección

Dresde para alcanzar la frontera con Checoslovaquia. Al llegar a la ciudad, paró en una gasolinera a repostar. Rudolf era un hombre solitario y apenas hablaba con las personas, pero ese día estaba tan de buen humor que mantuvo una pequeña conversación con el dueño de la gasolinera.

—Buenas tardes, me llena el depósito, por favor.

—Por supuesto, usted es afortunado, poca gente suele llenar el depósito en estos tiempos de crisis económica. ¿A dónde se dirige, señor?

—Voy de viaje a Praga a visitar a unos amigos —respondió Rudolf escuetamente.

—¿A Praga?, le será difícil llegar a no ser que tenga un visado —espetó, metiéndose en temas que no eran de su incumbencia, pero que a Rudolf le abrieron los ojos.

—¿Visado?, ¿de qué estás hablando?, ¿estás de broma? —dijo exaltado.

—¿En qué mundo vive señor? El gobierno de la República cerró la frontera hace más de un mes por la gran cantidad de fugados de la RDA a otros países vía Checoslovaquia —respondió asombrado el responsable de la gasolinera, de que Rudolf no estuviera al tanto de algo tan importante para la vida de todos los ciudadanos del país. Rudolf se quedó callado, se le hizo un nudo en la garganta. Le pagó por la gasolina a aquel hombre y se metió en el coche. Estuvo varios minutos sentado en el coche sin arrancar con la mirada perdida.

—Señor, ¿está usted bien? —preguntó preocupado mientras atendía a otro cliente, pero Rudolf no contestó y entonces arrancó el coche y a escasos doscientos metros se detuvo en una amplia zona entre árboles. Con el ajetreo de los últimos meses excavando el túnel, Rudolf había estado ajeno a las noticias que se sucedían en el país. Ahora sus planes se habían ido al traste, debía encontrar un plan alternativo. «¿Qué voy a hacer ahora?, era mi mejor opción para llegar a Múnich», pensaba Rudolf. Se había hecho tarde y estaba anocheciendo. No podía quedarse allí parado, ya que podía parecer sospechoso a ojos de la policía. Sin pensar mucho sobre ello, dio media vuelta y volvió hacia Leipzig. En el viaje que duraba unas dos horas tendría tiempo de pensar en algo. Entonces, para amenizar el viaje de vuelta, encendió la radio del coche.

«Las manifestaciones en las calles son cada vez más numerosas, sobre todo en la plaza *Alexanderplatz* de Berlín este. En estos momentos damos paso a nuestro compañero que está a pie de calle…. Pero tendrá que esperar esa conexión porque señores oyentes hay una última hora. Günter Schabowski, miembro de la oficina política del

comité central del partido comunista de la República Democrática de Alemania, acaba de anunciar en una rueda de prensa hace unos minutos la expedición de visados para los que quieran salir de la RDA. Esto significa la apertura del Muro de Berlín y la frontera interalemana. Según palabras del mismo Schabowski esto entra en vigor de manera inmediata», escuchaba Rudolf, que se quedó estupefacto. Apagó la radio, se hizo a un lado de la carretera y paró el coche. «Esto lo cambia todo», pensó Rudolf. En efecto, ahora podía ir directamente a Múnich sin tener que pasar por Checoslovaquia. «Estoy de suerte», pensó sin caer en la cuenta de las consecuencias que iban a llegar con esa noticia. Se dirigió hacia el sur en dirección Núremberg, llegó al paso fronterizo de Rudolphstein al norte de Baviera. Al llegar a la frontera, como era costumbre, le hicieron parar. La noticia era demasiado reciente. No le dejaban pasar. Los policías fronterizos, habían escuchado la noticia al igual que Rudolf, pero no habían recibido ninguna orden de sus superiores que contradijera la norma establecida hasta el momento. Había mucha confusión. Se acercaron muchos más vehículos detrás de Rudolf y se creó una cola considerable. Cada vez más personas se agolpaban en la garita de la frontera queriendo saber si podían pasar. Tantos años sin poder cruzar, y en ese momento muchas personas querían pasar, aunque solo fuera por el mero hecho de curiosear al otro lado. Rudolf se apartó de la carretera, no quería ser el primero en la cola enfrente de la frontera. Lo que llevaba en el maletero le invitaba a alejarse del bullicio. Se retiró al final de la cola. Pasó varias horas allí esperando una resolución. De todas maneras no iba a volver a Leipzig, estaba cansado de tanto conducir y se estaba haciendo muy tarde. Encendió la radio de nuevo y escuchó como el locutor narraba como miles de personas estaban tumbando el Muro de Berlín con las herramientas de que disponían. «Esto ya es imparable», pensó. Apagó la radio y escuchó gritos de júbilo entre las personas que estaban como él esperando que se abriera la frontera, las noticias desde Berlín Oriental corrían como la pólvora. Sobre las once y media de la noche, todas las personas que se habían agolpado se contagiaron de los actos en la capital de la RDA. Se dirigieron hacia el puesto de vigilancia y empezaron a protestar airadamente. Los policías fronterizos no sabían cómo actuar ante las decenas de personas que allí se encontraban. Tras una hora de protestas llegaron varios coches de la policía de la RFA. Todo el mundo se calló, hubo un momento de silencio sepulcral y tras veinte minutos levantaron la prohibición de pasar. Se escuchaban gritos de alegría y sonidos de claxon. «Por fin», pensó Rudolf que estaba más preocupado de lo que transportaba en su maletero que de los cambios que estaba sufriendo su país. Se subió al vehículo y prosiguió el viaje. Al atravesar el paso fronterizo tuvo una sensación extraña. Sintió

como algo se rompía para siempre. Al igual que se había desengañado del partido comunista y había empezado a dudar sobre sus ideales, en ese momento dejaba atrás su patria, aquella que había amado y a la que había estado a su servicio en cuerpo y alma. Ahora la abandonaba sin mirar hacia atrás. Se adentraba en la República Federal de Alemania, tantos años odiándola y, en cambio, en ese momento no sentía nada, a excepción de alivio. Se le abría una nueva vida en ese país capitalista.

6

Los acontecimientos totalmente inesperados habían precipitado la entrada de Rudolf en Alemania Occidental. Había planificado cambiar una buena parte del dinero en marcos de la RFA, en Dohna, cerca de la frontera con Checoslovaquia, allí tenía un contacto en el mercado negro. Ese plan se había desbaratado y ahora debía pensar rápido qué hacer. Se encontraba camino de Núremberg donde pretendía pasar la noche, pero con un gran contratiempo, estaba sin dinero. Por suerte había llenado de gasolina el depósito del coche en Dresde y no tendría problemas en los casi ciento cincuenta kilómetros que le restaban por llegar hasta la segunda gran ciudad de Baviera. Conducía preocupado por cómo iba a poder cambiar el dinero. Se le ocurrió llamar a su contacto de la frontera con Checoslovaquia. Paró en la población de Münchberg que estaba a escasos treinta kilómetros de la frontera. Era muy tarde y casi todos los bares estaban cerrados, pero por suerte encontró un bar de copas que seguía abierto. Entró y preguntó al dueño del bar si le podía dejar hacer una llamada. El propietario le miró con desconfianza pero al verle desesperado le hizo el favor. Rudolf muy agradecido cogió el teléfono y se dispuso a marcar los números. Tras esperar unos segundos, al otro lado descolgaron el teléfono pero estaban en silencio.

—Otto, ¿eres tú? Soy Rudolf Schwarz. Necesito que me ayudes.

—Ah…Rudolf, te esperaba esta tarde en Dohna, donde habíamos acordado.

—Sí, pero ya sabes lo que ha sucedido esta noche, al creer que abrirían las fronteras decidí ir a Múnich directamente. El problema es que ahora no sé dónde puedo cambiar los *Ostmarks* —dijo angustiado.

—Tengo un contacto en Núremberg al que podrías acudir. Pero ten en cuenta que ahora que la RDA ha entrado en una espiral de crisis política, es probable que te ponga problemas a la hora de aceptar el dinero de la Alemania del Este. Le conozco bien y cualquier cambio político o social lo utiliza a su favor. Pregunta por Sigmund en el número 42 de la calle *Mommsenstrasse*. Le voy a avisar de que le vas para allá. ¡Suerte Rudolf!

—¡Muchas gracias, Otto! Te debo una. Tengo que colgar amigo —dijo Rudolf, que se veía apremiado por las miradas de hastío que le lanzaba el dueño del bar. Colgó el teléfono y salió del bar con prisa. Era muy tarde y todavía le quedaba más de una hora hasta llegar a Núremberg. Condujo a gran velocidad y llegó antes de lo previsto.

Encontró la dirección de Sigmund. Rudolf bajó del coche con tan solo dos fardos de billetes solamente, si conseguía cambiar esos cien mil marcos sería suficiente. Llamó al timbre y Sigmund bajo a abrirle la puerta de entrada al edificio. El edificio tenía un aspecto deplorable, no había ascensor y la escalera estaba completamente a oscuras debido a que todas las luces estaban fundidas o sin bombillas. Sigmund medía apenas 1,60m, moreno de piel y con un pelo negro azabache que en la oscuridad que había en esa escalera podría pasar desapercibido. Al entrar en el apartamento pudo ver que Sigmund tenía una cicatriz que le iba desde la comisura de los labios hasta la oreja izquierda. El apartamento realmente era un piso franco donde había todo tipo de cosas de contrabando.

—Hola Sigmund, me ha dado tu contacto Otto Müller, necesito cambiar marcos de la RDA por marcos de la RFA. ¿Qué cantidad me puedes cambiar?

—Has tenido suerte Rudolf, justo salía de casa cuando me llamó Otto. ¿Cuánto tienes?

—Cien mil marcos —dijo, escondiendo la realidad de lo que había en el coche. No se fiaba mucho de ese hombre.

—Solo te puedo cambiar cincuenta mil marcos, además cinco a uno. Ahora que la RDA ha abierto las fronteras no sabemos cómo va a afectar eso a la moneda del este. Es un riesgo que voy a tomar. Es lo que te puedo ofrecer, lo coges o lo dejas —dijo, con una cara muy seria.

—Está bien —dijo Rudolf, que realmente estaba muy inquieto en aquel apartamento y especialmente por la presencia de Sigmund. El cambio era muy desfavorable para él pero no tenía más opciones que aceptar. Rudolf tenía urgencia de dinero en efectivo y quería salir de allí cuanto antes.

Entregó los cincuenta mil *Ostmarks* y Sigmund le dio diez mil marcos de la RFA sin decir nada, solamente le dirigió una mirada invitándole a salir de allí. Rudolf bajó las escaleras deprisa y con cuidado de no tropezar. «Tengo bastante dinero para un tiempo. El resto de dinero lo cambiaré en pequeñas cantidades en el mercado negro», se decía Rudolf. Se montó en el coche y marchó en dirección a la capital de Baviera. Llegó a Múnich a altas horas de la madrugada. Esa noche durmió dentro del coche en las afueras de la gran ciudad.

Una gran tormenta le despertó poco antes del amanecer, arrancó el coche y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Le vino bien mover el coche de aquel lugar. La noche anterior debido al cansancio no se dio cuenta de que había aparcado enfrente de una comisaría de policía. Al divisar un bar paró el coche y se acercó para tomar un café

y despejarse. El día anterior había sido muy intenso y se le podían apreciar ojeras y cansancio en la cara. El bar estaba lleno de operarios de una fábrica cercana. Había bastante movimiento de personas en ese momento. Entraban y salían trabajadores sin parar, los camareros no daban abasto. Logró acercarse a la barra y pedir un café. Al lado tenía un señor de mediana edad, quizá un poco más joven que él.

—Buenos días, vaya jaleo se forma aquí tan pronto —le dijo Rudolf a aquel desconocido.

—Sí, lo cierto es que cada día es lo mismo. Entramos a la fábrica a las siete en punto y nos gusta espabilarnos con un café antes de entrar. ¿Eres de fuera verdad? Por cierto, me llamo Andreas.

—Encantado, soy Rudolf. Vengo de Leipzig, ayer cuando abrieron las fronteras vine sin pensarlo. Acabe aquí por casualidad. Estaba harto de ese gobierno opresor —dijo, escondiendo su verdadera motivación pero sin llegar a mentir a Andreas. Esa afirmación acerca de la RDA, la sentía realmente.

—Lo debéis haber pasado mal. Las noticias desde la otra parte eran terribles con los numerosos asesinatos al intentar cruzar el muro. Bueno pero ya estás aquí Rudolf. ¿Qué vas a hacer aquí? Si quieres puedo hablar con mi encargado, ayer escuché que estaban buscando trabajadores. ¿Te gustaría trabajar en la fábrica? Se gana un buen sueldo y el trabajo es llevadero.

—No, gracias. Tengo algún dinero ahorrado y tan solo necesito ver cómo puedo conseguir cambiarlo a la moneda de la RFA.

—Difícil, tengo entendido. Tendrás que recurrir al mercado negro. Tengo un conocido que te puede ayudar. ¿Quieres su dirección?

—Muchas gracias, si por supuesto.

—Acércate al bar que hay en la esquina entre a la calle *Nordendstrasse* y la calle *Adalbertstrasse.* Está a tres manzanas de aquí. Pregunta por Emre, es de origen turco. Suele estar de siete a ocho de la mañana allí —dijo Andreas mientras pagaba su café y salía deprisa hacia la fábrica. Faltaban cinco minutos para las siete y aquel bar quedó desierto. Rudolf pagó su café y salió en dirección al bar que le había indicado Andreas. Si lograba cambiar todo el dinero podría completar su plan de montar una empresa de transportes allí en Múnich. Llegó al bar que hacía esquina entre las dos calles. El bar era estrecho y alargado, con una larga barra. Había tan solo tres personas al sentados al fondo, todos ellos parecían inmigrantes a los ojos de Rudolf. Eran morenos, de ojos oscuros, con una mirada profunda. Tenían los cabellos negros y una barba muy tupida. «Deben ser todos turcos», pensó Rudolf.

—Buenos días señores, ¿alguno de ustedes es Emre? —preguntó Rudolf, entonces los tres hombres dirigieron sus miradas hacia él.

—¿Quién lo pregunta? —dijo uno de ellos.

—Me llamo Rudolf, me han dicho que Emre podría ayudarme —dijo un poco acongojado ante las miradas que le lanzaban esos tres hombres. De pronto se levantó uno de ellos. Era muy alto, rondaría los dos metros de altura y tenía una complexión muy fuerte. Rudolf se quedó impresionado cuando se le acercó a escaso medio metro de él.

—¿Qué necesitas? —dijo en un tono serio Emre.

—Necesito cambiar *Ostmarks* por marcos de la RFA —dijo Rudolf con un tono de voz que delataba nerviosismo. Había entrado allí y ahora no podía retroceder. Estaba asustado, la mirada de esos hombres le creaba mucha inquietud y empezaban a sudarle las manos.

—¿Cuánto dinero tienes para cambiar? —preguntó Emre. Entonces a Rudolf, se le hizo un nudo en la garganta. Le había mentido a Sigmund ante aquella misma pregunta, pero ante esos tres hombres de miradas penetrantes no pudo mentir. Era muy extraño, nunca le había pasado antes. Para él, mentir era como respirar, algo innato, pero tenía tanto miedo que si les hubiera engañado se le habría notado.

—Tengo cerca de tres millones de marcos de la RDA para cambiar —dijo, con cara de cordero degollado.

—Tráelos y te daré trescientos mil D-mark —dijo Emre sin inmutarse.

—¿Cómo, solo tres cientos mil? Uno a cinco sería más justo —dijo un poco asustado e intentando controlar sus nervios.

—¿Soy yo quién ha entrado por esa puerta o has sido tú? Por tu cara veo que estas desesperado y asustado. Uno a diez es el cambio. Si no lo quieres sal de aquí —dijo Emre manteniendo la mirada fijamente en Rudolf sin pestañear.

—Está bien —dijo Rudolf, que estaba despavorido. Había desvelado su secreto y ahora estaba a merced de esas tres personas. «Estoy vendido, si no acepto quizá me sigan para robarme el dinero, será mejor seguir adelante y sobre todo mantener la calma. No puedo mostrarme tan débil ante ellos», se decía Rudolf.

Salió hacia el coche para coger los dos sacos con el dinero. Uno de los hombres le siguió hasta el coche que estaba apenas a cien metros del bar. Entró de nuevo con su acompañante tras él, el otro hombre que acompañaba a Emre agarró los sacos y con un leve tirón se los quitó a Rudolf que les miró con cara de desconfianza.

—No te preocupes, solo quiero comprobar que no son falsos y contarlos —dijo Emre con una sonrisa que ponía todavía más nervioso a Rudolf. No todos los días se le abría una oportunidad así a Emre. Aunque no lo aparentaba estaba en un estado de excitación ante tal cantidad de dinero.

—Está bien, cuéntalo.

—Tres millones cien mil marcos —dijo uno de los hombres que acompañaba a Emre.

—Te voy a dar trescientos mil marcos Rudolf. *¡Ahmed, parayI getir!* —dijo Emre gritando a uno de los hombres para que trajera el dinero. Había un ambiente tenso en el bar. El tercer hombre había cerrado la puerta del bar y estaba apoyado en ella. Rudolf estaba en la boca del lobo, Andreas le había llevado hasta allí. Aquel trabajador de la fábrica le había parecido un buen hombre y no solía fallar en sus predicciones, pero tenía dudas de lo que iba a pasar en ese antro. Esas últimas palabras en turco que no entendía, le habían inquietado todavía más. Tras unos eternos cinco minutos apareció Ahmed con un una bolsa llena de dinero.

—Aquí tienes Rudolf, tu dinero. Orhan, ábrele la puerta que el señor ya se marcha —dijo Emre, que seguía sin inmutarse. Rudolf sintió alivio y salió sin decir nada. Se sentía robado pero pensó que aun podía haber sido peor, así que se apresuró a marchar de allí. Andaba nervioso hacia el coche y no paraba de mirar hacia atrás. No las tenía todas consigo de que no le siguieran para robarle ese saco también. Se subió al coche, arrancó y salió de allí a gran velocidad. El corazón le latía fuertemente, sus rudas manos empapaban de sudor el volante del coche. Le costaba respirar por el intenso estrés a que estaba sometido, entonces bajó las ventanillas ante el agobio que sentía dentro del coche. La brisa del aire en la cara le ayudó a relajarse. En pocos minutos estaba en la otra parte de la ciudad y cuando se sintió más tranquilo detuvo el coche y respiró profundamente. Las ideas se sucedían a gran velocidad en su cabeza, no podía gestionarlas, eran demasiadas. Volvió a respirar hondo e intentó calmarse. Tras unos minutos estaba mucho más relajado y empezó a asimilar lo que había sucedido. Había conseguido la mitad de lo que había planeado, pero por otro lado estaba a salvo y conservaba una considerable cantidad de dinero. No podría crear su empresa de transportes como él lo había pensado, pero con más de trescientos mil marcos, sí que le alcanzaría para montar una empresa más modesta.

Una vez se recuperó, se dirigió hacia el primer banco que encontró. Entró en el Deutsche Bank, abrió una cuenta e ingresó la mayor parte del dinero desde la cual poder empezar un negocio. Por

fin estaba todo solucionado, ya no tendría que preocuparse por la policía, ni tener que estar en tratos con el mercado negro. A Rudolf, se le abría un nuevo horizonte. Era un ciudadano más en la capital de Baviera, desde donde empezar una nueva vida.

Abismo ideológico

7

Una sensación de melancolía invadía a Rudolf. Tras completar su plan, se sentía libre, podía hacer lo que quisiera y viajar a cualquier parte del mundo. En cambio sentía un vacío interior enorme. En apenas unos días había pasado de vivir en la pobreza, bajo la vigilancia y la opresión, a poder moverse libremente y con independencia financiera. Todos esos cambios, Rudolf no los había podido asimilar. A diferencia de sus compatriotas, salió de la RDA con unas motivaciones muy diferentes y que le apremiaban. El odio hacia la RDA, había desaparecido y precisamente la ausencia de ese odio hacia ese estado represor que había sido el motor de todas sus acciones en los últimos tiempos, le provocaba ese sentimiento de estar perdido y sin rumbo. Lo había planificado todo meticulosamente pero ahora que estaba en disposición de ejecutar el último paso, el de crear su propia empresa, se sentía desorientado. Ese sentimiento de añoranza hacia lo conocido no se lo esperaba. ¿Padecería Rudolf Síndrome de Estocolmo?, o quizá simplemente era incapaz de abrazar esa libertad que se le presentaba debido a los largos años acostumbrado a luchar contra un estado autoritario. Estaba en un país extranjero, donde el estilo de vida era completamente diferente a lo que había conocido toda su vida. Había un ritmo frenético en la ciudad al que no estaba acostumbrado. Las personas con las que se cruzaba parecían estar al doble de revoluciones que él. Echaba de menos el trato personal, más humano en el que los vecinos se ayudaban unos a otros y se preocupaban por los demás. En su barrio de Leipzig, había sentido como las personas que lo habitaban le habían dotado de un halo de humanidad. En cambio en Múnich solo percibía prisas. Los saludos cotidianos entre los ciudadanos le parecía que estaban motivados más por lo socialmente establecido como normal, que por el verdadero deseo de preguntar por el estado del otro. Al principio había pensado que sería porque obviamente era nuevo en la ciudad, pero observaba como entre los demás habitantes se repetía el mismo patrón, sobre todo en los barrios céntricos.

Había pasado casi un mes desde que se había instalado en un piso en el centro histórico. Se había enamorado de esa parte de la ciudad, de sus edificios y monumentos. En cambio todavía no entendía la forma de vivir de las personas. Muchas veces se quedaba varios minutos mirando fijamente desde la ventana de su habitación, las palomas que sobrevolaban la *Frauenkirche,* la Catedral de Múnich. Era privilegiado de poder disfrutar de esa maravillosa vista desde su piso.

El entorno en el que vivía le parecía inmejorable, pero su estado de ánimo estaba bastante bajo. La idea de formar su propia empresa estaba aparcada de momento, primero debía encontrarse a gusto, acostumbrarse a esa nueva sociedad y a sus normas. Aunque había sido un lobo solitario en Leipzig, había hecho amistades en los lugares que frecuentaba. Eso lo echaba de menos. El hecho de compartir un enemigo común: el estado, había creado un fuerte vínculo entre sus vecinos, pero sobre todo entre sus compañeros de tardes perdidas en la barra de la taberna *Abgrund*. Estuvo al servicio del partido durante muchísimos años y tras ser apartado de él, había concentrado todas sus acciones en vengarse robando el banco central de Leipzig. Con la atención siempre en "las cosas importantes", había obviado sus necesidades personales, sus inquietudes más íntimas y no había pensado que hacer con su existencia. La vida le había atropellado. Las circunstancias en las que le tocó vivir habían marcado el *tempus* en su día a día. Ahora se encontraba en una encrucijada. Por primera vez en su vida se abría el vasto horizonte por delante de él. Un libro con las páginas en blanco por escribir. Para Rudolf esa libertad era abrumadora. El amor y posteriormente el odio hacia la patria le habían mantenido vivo, pero los dos motores más poderosos de sus acciones habían desaparecido. En ese momento el vacío que sentía le era insoportable.

Miraba las palomas como volaban entre las dos torres de la catedral con tristeza. Como sí de un preso se tratase, Rudolf las observaba detrás de sus barrotes invisibles. Había cruzado la frontera y salido de la RDA, pero su mente seguía en Leipzig. Se resistía a aceptar el abismo al que se enfrentaba. «¿Cómo es posible, ahora que he conseguido lo que me propuse, soy libre y tengo el suficiente dinero para comenzar una nueva vida, esté añorando mi querida Leipzig? ¿Por qué no puedo disfrutar de mi libertad como esas palomas que revolotean, sin mirar atrás? Yo, que he sido un luchador toda mi vida, ahora que no tengo enemigo enfrente, ni dificultad que superar me vengo abajo», pensaba apesadumbrado Rudolf. Siguió una de las palomas con la mirada varios segundos hasta que esta se posó en uno de los farolillos que decoraban la entrada de una cafetería cercana a la catedral. Eso le despertó el deseo de tomarse un buen café que le reconfortara. Se puso la chaqueta y el sombrero y bajó a la calle. Era principios de diciembre y hacía bastante frío. Entró a la cafetería que estaba abarrotada de gente. Por unos instantes pensó en salir de allí por el agobio que sintió, pero al ver una mesita al fondo libre, decidió sentarse mientras se acercaba una joven camarera.

—Buenas tardes, señor, ¿qué desea tomar? —preguntó amablemente la muchacha.

—Desearía tomar un café *Pharisäer*[8], por favor —dijo Rudolf, que no tenía prisa y quería recrearse con ese café. Se puso a observar a los demás clientes, enseguida se dio cuenta de que en la gran mayoría eran personas de clase alta. Los hombres con trajes muy elegantes y las mujeres emperifolladas y con unos vestidos que Rudolf solo había visto en grandes ocasiones como bodas o bautizos. Rudolf desentonaba con todas aquellas personas, no solo porque su atuendo era bastante corriente sino y lo más importante porque era el único cliente que se hallaba solo y su cara denotaba la tristeza que sentía. En aquel lugar la gente se reunía para relacionarse y chismorrear. Rudolf se sentía raro en ese ambiente, ese lugar estaba en las antípodas de la taberna que había visitado a diario en Leipzig. «Debería comprarme ropa más elegante y apropiada», pensó. Al día siguiente fue a una de las mejores tiendas de ropa de la ciudad y se compró varios trajes de entre los más caros del establecimiento. Salió de la tienda vestido con uno de ellos. Se sentía poderoso, no solo era debido a su nueva vestimenta que le hacía parecer distinguido, sino que la forma en la que le había tratado el dependiente de la tienda le había hecho sentir un ser superior. Rudolf no estaba acostumbrado a comprar más allá de las necesidades básicas en Leipzig, y esa experiencia le subió la autoestima, le cambio la cara. La tristeza y melancolía que sentía desaparecieron al menos por ese día. Andaba por las calles con la cabeza bien alta, se sentía uno más de aquellas personas trajeadas y ajetreadas que transitaban por el centro de la ciudad. Esa tarde volvió a la misma cafetería que estuvo la tarde anterior. Había mucha menos gente y se sentó en una mesa cercana a la puerta de entrada. Pidió un café con leche y que le acercara el periódico la camarera. El titular del *Bild-Zeitung* era: “Egon Krenz dimite como presidente del consejo de estado”. «Ya era hora», pensó Rudolf. La descomposición del partido seguía su camino inexorablemente y Rudolf se alegraba de ello. Aunque ya no sentía odio hacia el partido, se alegraba de su desintegración. Estaba ensimismado leyendo los detalles que se explicaban en las páginas interiores del periódico cuando notó como una persona se le acercaba por detrás y le puso la mano en el hombro.

—¡Esos comunistas, a ver si se van a casa todos y nos dejan en paz!, hola soy Fritz —dijo aquel hombre.

—Disculpe… —dijo Rudolf, girándose para ver quién era ese hombre. Fritz, era de corta estatura, cabellos cortos y rubios, tenía un espeso bigote bajo una nariz chata que armonizaba con su cara redonda y su oronda barriga.

—Perdone, señor… —dijo Fritz.

—Rudolf, Rudolf Schwarz.

—Encantado Rudolf, no quería molestarle, pero la verdad es que

esos comunistas prorrusos no los soporto. No será usted simpatizante…, ahora que han abierto las fronteras… —dijo, al observar la cara seria de Rudolf.

—No, no. Hubo un tiempo en el que abrazaba esas ideas, pero ya no —dijo con una voz que denotaba nostalgia y una mezcla de tristeza y enfado. Al ver la vehemencia con la que Fritz criticaba al partido comunista de la RDA, le generó un sentimiento contradictorio. En boca de otra persona, especialmente de ideas capitalistas, le provocaba rabia. Sentía una necesidad de replicar a Fritz, de exponer todas las cosas buenas que le habían enamorado a Rudolf de la ideología comunista. En definitiva defenderlas ante aquel hombre que las estaba pisoteando. ¿Era una reacción infantil, al igual que el niño que ha desechado un juguete, al ver que es atractivo para otros niños, lo quiere recuperar?, o realmente necesitaba Rudolf, observarse en el espejo que le estaba mostrando Fritz para ver en lo que realmente creía. Una vez desaparecido el odio, tan solo le quedaba resentimiento. Su padre le había enseñado todas las cosas buenas que tenía el comunismo y su experiencia en los últimos años le había mostrado el lado oscuro. Debería descubrir por sí mismo hasta qué punto esa rabia que sentía era fruto de una reacción infantil o había algo más profundo. Todavía en el fondo de su corazón le quedaban los rescoldos de la pasión que sintió no mucho tiempo atrás hacia esa forma de ver la vida.

—Has hecho bien, Rudolf, esos Bolcheviques os tenían encerrado como a animales. ¿De dónde eres?

—¿Esa es la percepción que habéis tenido desde este lado? Las cosas son más complejas de lo que piensas, Fritz. Nací en Leipzig y he crecido y vivido allí toda mi vida.

—Supongo que tienes razón, pero en lo esencial estarás de acuerdo conmigo que ha sido un estado opresor con el pueblo. Pero dejemos de hablar de política Rudolf, ¿cuéntame a qué te dedicas?

—Sí, mejor, la verdad es que estoy cansado de la política, ahora estoy concentrado en otras cosas, de echo estoy buscando una buena inversión de negocio. Quiero montar una pequeña empresa aquí en Múnich.

—Interesante, ¿puedo sentarme con usted?

—Si, por supuesto, siéntese.

—Gracias, entonces dice que quiere invertir aquí, pues esta de suerte. Yo le puedo ayudar en ese cometido. Me dedico a la venta y alquiler de bajos comerciales. ¿Tienes pensado por qué zona de la ciudad deseas abrir tu negocio?

—Todavía no tengo claro el tipo de negocio y mucho menos la localización. Estoy en la fase inicial, en la batería de ideas. Pero gracias, Fritz, cuando tenga claro lo que quiero le consultaré.

—¡Vaya es una lástima…! —dijo Fritz, mientras se rascaba levemente el pelo y giraba la cabeza evitando mirar a Rudolf.

—¿Una lástima?, ¿a qué te refieres?

—Justamente hace unas semanas unas de las mejores librerías de la ciudad cerró sus puertas. La regentaba un matrimonio, pero al fallecer el marido, la mujer, aunque mucho más joven que él, no se encuentra con fuerzas para seguir adelante y ahora quiere vender la librería con la condición de que se mantenga el negocio. Si fuera algo que te interesara… —dijo Fritz.

—¡Una librería!, no lo había pensado, pero no me desagrada la idea. Me encanta la lectura. Lo puedo considerar. ¿Cuánto pide la viuda por la librería?

—Teniendo en cuenta como está el mercado, es un muy buen precio. Además, la librería funciona sola ya que tiene muchos clientes fijos. Ten en cuenta que la librería se fundó en 1913. Ha sobrevivido a las dos guerras mundiales, por eso la viuda no quiere que se monte un negocio diferente. Quiere que perdure, ya no solo por ella y su marido fallecido, sino por los innumerables clientes a los que se debe. Está situada en el centro de la ciudad, a pocas manzanas de aquí, en una de las calles más transitadas por los viandantes, con numerosas tiendas. Lo vende por cuatrocientos mil marcos —dijo Fritz, desplegando sus habilidades como vendedor, su comisión era lo suficientemente sustanciosa como para poner toda la carne en el asador. Fritz era un depredador, no dejaba pasar ninguna posible víctima. Siempre tenía las garras afiladas. Para él, el dinero era lo que más deseaba en el mundo.

—No parece mala idea, pero debe haber bastantes pretendientes ya dispuestos a comprarla —dijo Rudolf, que empezaba a planteárselo.

—Como te dije, tan solo hace unas semanas que el hombre falleció y la viuda hasta anteayer no anunció la venta de la librería. No hay nadie interesado todavía. Yo me encargo directamente de los negocios de la señora Zimmermman. Si te decides, te puedo hacer una venta preferente. Tan solo necesitaría una señal para reservártela.

—No sé, es mucho dinero. En cualquier caso, me gustaría visitar la librería y ver la ubicación. ¿Es posible visitarla mañana al mediodía?

—Claro, Rudolf, voy a preparar una cita con la señora Zimmermann para las doce del mediodía de mañana —dijo Fritz, al

que se le dibujaba una pequeña sonrisa en la cara. Aunque intentó disimularla, Rudolf la pudo apreciar.

—Prefecto Fritz, entonces nos veremos aquí mañana a las once y media. Tras pagar el café, salieron juntos de la cafetería y se despidieron hasta el día siguiente.

«No es el tipo de negocio que tenía en mente. Había pensado en un negocio relacionado con mi experiencia profesional, pero al desbaratarse el plan inicial en aquel bar turco, y quedarme tan solo con trescientos mil marcos, la idea de una empresa de transportes está descartada. Me gusta mucho la lectura y supongo que tampoco será tan difícil gestionar una librería. Por otro lado, el elevado coste es un hándicap, no dispongo de tanto dinero, aunque podría negociar el precio», se decía Rudolf mientras regresaba a su piso.

Al día siguiente cuando se acercó a la cafetería se encontró con Fritz, que había llegado con bastante antelación y disfrutaba de su café, leyendo el periódico.

—Buenos días, Rudolf. Siéntate, ¿Te pido un café?

—No, gracias Fritz, ya he desayunado en casa esta mañana. Preferiría marchar hacia la librería cuanto antes.

—Está bien, como quieras, ¡vamos pues! —dijo Fritz terminándose de un trago el resto de su taza de café.

—Rudolf, ¿a qué te dedicabas en Leipzig?

—Trabajé muchos años de chófer de camiones. Transporte de mercancías a países comunistas cercanos, aunque los últimos años he estado sin trabajo.

—Vaya…, es usted un hombre de acción —dijo Fritz, sorprendido por la respuesta. Se había imaginado que habría sido abogado del estado o había trabajado en algún otro puesto de relevancia y con un buen sueldo. Estaba extrañado de que un chofer de camiones pudiera vivir en el centro de Múnich y estuviera pensando en montar un negocio. En cualquier caso, Fritz tampoco le dio mucha importancia. Para él, de donde procediera el dinero le tenía sin cuidado, mientras se ganase su jugosa comisión.

Habían quedado con la señora Zimmermann en la puerta de la librería, pero aunque llegaron a la hora convenida, ella no estaba allí.

—Le esperaremos dentro Rudolf. Mientras, puedes ir viendo la librería por dentro y cuando llegue podrás hacerle las cuestiones que desees.

—Estupendo Fritz, te lo agradezco, aborrezco esperar. Me gusta la puntualidad.

—Te entiendo Rudolf, disculpa a la señora Zimmermann, entiende su situación, acaba de perder a su marido.

—Sí, por supuesto, no quería parecer desconsiderado con la pobre mujer, tan solo afirmaba que detesto los tiempos de espera innecesarios —recalcó Rudolf, mientras entraba en la vieja librería. Se quedó maravillado. Su primera impresión fue buenísima. Se enamoró a primera vista.

La librería estaba situada en el barrio bohemio de *Schwabing*, un barrio al norte del centro histórico, conocido por ser el barrio de los artistas. Pintores, escritores, músicos y demás personajes bohemios habitaban allí. Había bastante tránsito de personas por aquella zona. La situación era perfecta, pero lo mejor era su belleza. Tras pasar por una puerta en arco de madera maciza, se bajaban tres escalones para acceder a la sala principal. En lo alto de la puerta había una frase que le llamó la atención a Rudolf. Abarcaba todo el ancho del arco y decía: Aquí empieza tu viaje. Una vez bajado los peldaños se podía apreciar la amplitud del lugar. El local tenía un techo muy alto que le daba aspecto de biblioteca más que de librería. Había estanterías repletas de libros en todas las paredes. La librería se dividía en dos alturas. A la parte superior se subía por una preciosa escalera de caracol de madera, que conectaba con un pasillo que recorría todo el perímetro de la sala. Las estanterías de la parte superior estaban apoyadas en paredes que habían sido retranqueadas para dejar espacio al pasillo. De esa manera cabían mucho más libros. En la parte de abajo había varias mesas con sillas para poder sentarse a ojear los libros. Del techo colgaban varias lámparas de araña, bastante antiguas, que según indicó Fritz eran de mediados del siglo XIX y le conferían un aire bohemio que invitaba a la lectura.

—¿Qué te parece, Rudolf?

—Es fantástica, como sacada de un cuento de los Hermanos Grimm. Me encanta Fritz, pero no entiendo el precio. Me parece que pide muy poco dinero la señora Zimmermann por esta maravilla —dijo asombrado.

—Te lo dije, es una muy buena oportunidad de negocio. Ella no está interesada en el dinero. Su mayor preocupación es que la persona que lo compre, sea un amante de los libros y cuide de la librería como si fuera su propia vida. Esa es la única condición.

—Vaya, la señora Zimmermann es una romántica y muy amante de los libros. Me gusta la forma que tiene de gestionar su librería. Estoy impaciente por charlar con ella —dijo Rudolf, que se había adentrado en la librería y había podido observar toda su belleza.

—No seas impaciente Rudolf, la señora Zimmermann estará al

caer. Es una mujer de palabra, aunque los últimos días está muy afectada por la muerte de su marido y es probable que este un poco dispersa.

—No hay problema, esperaremos —dijo, mientras observaba los libros de la estantería del fondo de la planta baja. Tras unos segundos, encontró en la parte de abajo un libro que le hizo mucha ilusión. El título era: *der Zauberberg* de Thomas Mann. Era una edición especial de *La Montaña Mágica*, muy antigua y con ilustraciones. Ese libro cayó en manos de Rudolf cuando tenía apenas veinticinco años y le había marcado. Al igual que *Hans Castorp*, el protagonista de la novela que estaba en un estado de enamoramiento platónico con *Clawdia Chauchat*, Rudolf cuando leyó ese libro se sintió en cierto modo identificado. Empatizaba con ese amor novelesco. Acababa de desparecer Helga de su vida de manera sorprendente y enigmática y él seguía atrapado en un amor imposible y fantasioso con una persona que ya no estaba, pero a la que amaba con todo su corazón. Rudolf, debajo de toda esa coraza de frialdad, de lobo solitario, en el fondo era un sentimental. Se sentó en la mesa y se quedó ensimismado pasando las páginas y observando las ilustraciones del libro. La belleza de *Madame Chauchat*, que tenía un gran parecido curiosamente con el recuerdo que aún conservaba de Helga, le retrotraía a su juventud.

Tras unos minutos, escuchó como Fritz, saludaba a una mujer en el exterior de la librería. Se giró y pudo observar cómo bajaba las escaleras una mujer de mediana edad, quizá más joven que él. Iba totalmente de negro. Llevaba un vestido que le llegaba hasta los zapatos y un abrigo largo de lana. Apenas mostraba las mejillas y la boca, ya que llevaba un precioso sombrero de fieltro de lana, unas gafas de sol y un pañuelo negro en el cuello. «Debe ser la señora Zimmermann», pensó Rudolf.

—Este es el señor Rudolf, que está interesado en adquirir su librería —dijo Fritz, haciendo las presentaciones.

—Buenos días Rudolf, disculpe por mi tardanza. Como le habrá informado el señor Fritz, mi marido falleció hace unas semanas y todavía estoy muy afectada —dijo la señora Zimmermann.

—No tiene de que disculparse, me hago cargo de su situación. Usted y su marido han hecho de esta librería un lugar hermoso. Me he quedado maravillado al entrar —dijo Rudolf.

—Gracias por sus palabras, hemos dedicado toda nuestra vida a crear nuestra casa y hogar, que es como lo sentíamos. Un lugar donde los clientes venían no solo a comprar libros, sino a leer, conversar con otras personas e incluso a compartir sus lecturas. Hay una comunidad de lectores que se reunía una vez por semana y me gustaría que todo

siguiera como antes. ¿Es usted amante de los libros? —preguntó la señora Zimmermann.

—Lo único que le puedo decir, es que han sido y son mi refugio. El universo donde me he sentido vivo y he crecido. A falta de familia, cada uno de los libros que he leído me ha aportado una pizca de ilusión para seguir adelante.

—Vaya Rudolf, es usted un hombre sensible. Me gusta lo que dice. ¿Está realmente interesado en comprar mi librería?

—Tenía algunas dudas, pero al entrar en este lugar se han disipado todas…bueno menos una. ¿Es posible negociar el precio? No dispongo de tal cantidad de dinero.

—El precio es un chollo, Rudolf, Ya te dije que la señora no quiere hacer negocio, tan solo que la librería se mantenga abierta como hasta ahora —dijo Fritz, metiéndose en la conversación.

—De todas maneras, Rudolf, si estás muy interesado, puedes hacer un primer pago por la mitad del valor y la otra mitad dentro de un mes cuando ya te hayas organizado —dijo la señora Zimmermann.

—Está bien, lo pensaré y en un par de días le notificaré a Fritz mi decisión. Tengo que ver de qué manera puedo afrontar esta inversión.

—Muy bien Rudolf, ha sido un placer conocerle. Espero que nos volvamos a ver —dijo despidiéndose. Salieron de la librería y se separaron, Fritz tenía que encargarse de otros asuntos en ese mismo barrio. Rudolf, se fue hacia su apartamento. Andaba perdido en sus pensamientos. Por un lado estaba ilusionado con esa librería pero al mismo tiempo eso implicaba un esfuerzo económico muy grande.

8

Esa tarde intentó distraerse para no pensar mucho sobre la librería. Era una decisión muy importante y había decidido apartar de su mente las ideas que se le iban sucediendo hasta el día siguiente. Pensaba que dejar reposar las emociones que sentía sería positivo para tomar una buena decisión. Bajó a la cafetería, pero no tenía la calma que acostumbraba mientras leía el periódico y daba pequeños sorbos a su café, por lo que lo tomó de un trago y salió a dar un paseo por las calles para intentar relajarse. Ya había anochecido y las farolas emitían una luz tenue y difuminada provocada por la espesa niebla que caía sobre la ciudad. Su mente se mimetizaba con ese ambiente bucólico, hallaba la paz. Al igual que la luz se diluía entre la bruma, sus pensamientos se esfumaban dando paso a un vacío relajante. El silencio de la noche, unido al intenso frío acabaron por adormecer todas las emociones que había agitado su cuerpo y mente durante ese dilatado día. Tras un largo paseo, volvió a su apartamento. Aprovechó ese estado de relajación y que no tenía sueño, para leer un rato en la cama. Cuando empezó a sentir cansancio dejó el libro en la mesita de noche y cerró los ojos, pero justo en ese momento todos sus pensamientos afloraron de golpe. Al vacío existencial que le atormentaba desde hacía unos días, se sumaban las dudas sobre la librería. «Es posible que la librería sea una señal. Es un nuevo proyecto que me ayudará a llenar ese abismo en el que se halla mi alma. Pero no tengo suficiente dinero, tendré que pedir un préstamo. ¿A quién? ¿Al banco?», se decía Rudolf hasta que cayó rendido.

La mañana siguiente, se levantó animado, el sueño reparador había filtrado todas las tensiones y dudas de la noche anterior. La consulta con la almohada había sido exitosa. Se sentía con energías y dispuesto a comunicar su decisión a Fritz. Se acercó a la cafetería donde acostumbraba a tomar café y se encontró con él.

—Buenos días Fritz, ¡que aproveche! —dijo Rudolf, mientras observaba como disfrutaba de unos huevos fritos con salchichas.

—Ah, Rudolf, buenos días. Sírvete si quieres.

—No, gracias, acabo de desayunar copiosamente. He venido a decirte la conclusión a la que he llegado: quiero comprar la librería, me ha enamorado, pero necesito pedir un préstamo de doscientos mil marcos. Esta mañana iré al *Deutsche Bank* para solicitar ese dinero. Si todo sale bien, mañana podemos concretar la compra de la librería.

—¡Qué buenas noticias, Rudolf! Me alegro de que te hayas

decidido. No te arrepentirás. Tengo el resto de la mañana libre, si quieres te puedo acompañar al banco. Conozco al director y quizá pueda serte de ayuda —dijo, emocionado con la noticia.

—Está bien, Fritz, vamos pues. No lo quiero demorar. Fritz, se sentía como pez en el agua en el *Deutsche Bank*. Era su hábitat, su amor por el dinero era extensible a los bancos. En cambio, Rudolf no se movía muy cómodo en esos lugares. Fritz tomó la iniciativa en su nombre, ya que era un cliente asiduo y amigo del director. Tras explicar detalladamente el caso de Rudolf, el director del banco le ofreció que una vez pagara la mitad de la librería y la pusiera a su nombre, podría hipotecarla por hasta quinientos mil marcos. Rudolf, no necesitaba tanto dinero, pero Fritz que era un adicto al dinero, le aconsejó que hipotecara la librería por lo máximo que le ofrecía el banco. De esa manera iría más desahogado ante las eventualidades. Ahora que iba a tener un negocio propio, cuanto más capital tuviera mejor. Esa propuesta solucionaba el problema económico y podría lanzarse a comprar la librería.

Al día siguiente, Fritz se encargó de gestionarlo todo, tras ingresar Rudolf los doscientos mil marcos en la cuenta de la señora Zimmermann, organizó todos los documentos necesarios para ir a signar el cambio de titularidad en la notaría. La señora Zimmermann no se encontraba con el ánimo suficiente para ir a firmar. Sentía mucha pena por vender la librería y no quería estar presente. Confiaba plenamente en Fritz, al que le había dado poderes notariales hacía tiempo. Los trámites necesarios fueron resueltos en apenas una semana. Rudolf era el propietario de la librería más famosa de Múnich. Estaba contento y abrumado al mismo tiempo. Se había dejado llevar por Fritz, confiaba en él, al igual que la señora Zimmermann. Fritz, sabía convencer a la gente. Era un especialista en persuadir a las personas para que se decidieran por la opción que más le convenía a él. Obviamente, sabía que el préstamo hipotecario que había contraído Rudolf con el banco era muy elevado y devolver las cuotas no iba a ser tarea fácil. Eso a él le traía sin cuidado. Fritz, era un hombre de negocios, y una vez que había conseguido su comisión por la venta, las consecuencias posteriores que pudiese sufrir Rudolf, no le importaban en absoluto.

A Rudolf, la vida le había cambiado completamente. De estar sin trabajo y defenestrado en Leipzig, a poseer una librería, y no una cualquiera, sino la más bonita de la ciudad. Para ello había sacrificado primero su moralidad al robar el banco y en segundo lugar se había comprometido con una entidad financiera a devolver el enorme préstamo que le había entregado, poniendo de aval la propia librería. Sentía vértigo ante esa nueva situación en su vida. Siempre había

vivido con los recursos que le ofrecía el gobierno de la RDA, e incluso los últimos años que estuvo sin trabajo supo sobrevivir. En ese momento, por el contrario, debería tener suerte y que las ganancias en la librería fueran lo suficientemente grandes para devolver el dinero al banco y poder vivir en esa ciudad con un alto nivel de vida. Todas esas reflexiones pasaron por su mente como un rayo fugaz, y tal como aparecieron esos pensamientos, se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos. Rudolf, estaba exultante e invitó a Fritz a una cervecería para celebrarlo.

—Muchas gracias por todo tu apoyo.

—De nada Rudolf, ha sido un verdadero placer ayudarte.

Rudolf era muy inocente. No se había dado cuenta de la gran diferencia que había entre el apoyo sincero que se daban entre él y sus vecinos en su barrio de Leipzig y el ofrecimiento interesado que había recibido desde el primer momento por parte de Fritz. Seguía en su mundo comunista, con sus ideales humanistas, ajeno a la realidad que se vivía en esa otra parte de Alemania. Allí la vida iba a otro ritmo y con otros valores.

Anunció la reapertura de la librería en la puerta principal para que los clientes habituales estuvieran informados. A los pocos días, tras arreglar varios documentos necesarios en el ayuntamiento, reabrió la librería. Era algo completamente nuevo para él, pero su personalidad de buscavidas era un aliado para esa nueva etapa en su vida.

El vacío existencial que había inundado todo su ser en días anteriores había desaparecido por completo. Había empezado a rellenar las páginas en blanco de su nueva vida. Estaba muy ocupado en aprender cómo funcionaba una librería por dentro, la gestión de los proveedores, clientes y demás problemas que iban surgiendo. Estaba muy ilusionado y eso se notaba en su cara alegre y su buen humor. Aparecía por la cafetería bien pronto para tomar su café, leer el periódico y disponerse a abrir la librería. Como rezaba en el alto de la puerta de la librería, había empezado su nuevo viaje al entrar por primera vez en ella. El enamoramiento que sentía era el motor de sus actos. De nuevo el amor dirigía sus acciones. Ese amor que le empujaba a construir cosas bonitas. En Leipzig, el amor por su partido y sus ideales fue el motor durante muchísimos años de sus luchas a favor del partido, pero sobre todo a ayudar a los demás compatriotas. Para él, el comunismo había sido una forma de entender la vida que le llevaba irremediablemente a auxiliar a los demás. Recordaba la frase que le habían dicho sus padres: Nadie es menos ni más que nadie. Por ello siempre había intentado desde sus posibilidades socorrer a los más desfavorecidos. Aunque tan solo tenía seis años cuando sus padres

murieron, ese mensaje le quedó grabado a fuego en su mente.

En aquel momento el amor llenaba todos los poros de su piel. A diferencia de su vida en Leipzig, esta vez el objetivo de sus iniciativas era de carácter lucrativo. Atrás habían quedado los ideales, las grandes preguntas. Ese negocio acallaba todo ese mar de fondo del subconsciente y dejaba un horizonte despejado de dudas y preocupaciones. Por primera vez en su vida estaba construyendo algo solo para él.

Fritz, no había mentido. La librería funcionaba muy bien, iba sola. La gran cantidad de clientes emocionados con la reapertura, la abarrotaban a diario. Todo iba genial, generaba una gran cantidad de ingresos y ya estaba pensando que de seguir ese ritmo de ventas, en poco tiempo podría devolver la hipoteca. Empezaba a sentir lo que era producir dinero. Había odiado la forma de ver la vida del capitalismo, en la que las acciones diarias están dirigidas en obtener dinero y acumular bienes, pero el poderoso dinero vencía a sus ideales. Sus muchos años al otro lado de muro, le había formado una idea de la RFA un poco distorsionada de la realidad, pero en lo esencial no difería mucho. Podía sentir en primera persona la adrenalina que le producía conseguir dinero. No había imaginado que pudiera ganar tanto dinero en tan poco tiempo. Sus ideales comunistas ya maltrechos acabaron sucumbiendo. Al desengaño que sentía desde que salió de la RDA, se unió esa experiencia que estaba siendo placentera y le hacía sentir vivo y poderoso. Rudolf, había cambiado. Su percepción del mundo era diferente. Todos esos postulados comunistas asentados en su mente durante más de cuarenta años, habían caído como un castillo de naipes.

Fritz, le visitaba a menudo por la librería. Estaba al tanto de la buena marcha y de los grandes beneficios. Se alegraba por Rudolf, pero en el fondo sentía envidia. Incluso a un hombre tan experimentado como él en los negocios, le sorprendía que estuviera teniendo tantas ganancias. En una de sus visitas, le propuso que invirtiera parte de esas ganancias en otro negocio. Fritz, que era un depredador del dinero, intentaba sacar redito de cualquier situación, y esa era una de ellas. Rudolf, un hombre inocente e inexperto en los negocios sería una presa fácil.

—Buenas tardes, Rudolf. ¿Cómo va todo por aquí? —dijo Fritz.

—Fritz, justo estaba pensando en ti y en la suerte que tuve al dar contigo aquel día en la cafetería. No te lo había dicho antes, pero este es un buen momento para agradecerte todo lo que has hecho por mí. El negocio va como un tiro, se venden muchos libros todos los días. Muchas gracias, amigo.

—No hay de qué, ha sido un placer ayudarte. De hecho venía con una nueva y muy buena noticia. Cerca de aquí se ha quedado vacío un local que sería perfecto para que expandieras tu empresa. Con lo bien que funciona este negocio, no hay razón para pensar que una segunda librería no vaya a seguir sus mismos pasos.

—Vaya Fritz, gracias por la información, pero apenas he empezado el negocio y no me veo capaz de empezar otra librería de momento. ¿De dónde voy a sacar el dinero suficiente?, estoy centrado en devolver la hipoteca, y por otro lado, necesitaría un empleado de confianza que estuviera en la otra librería. No sé, Fritz, creo que es precipitado.

—Amigo Rudolf, con las ganancias que tienes aquí, puedes acometer este nuevo proyecto. En apenas un año habrás devuelto la hipoteca del banco y estarás libre de deudas. Y para entonces todo serán ganancias. Si no recuerdo mal el banco hipotecó la librería por quinientos mil marcos, de los cuales destinaste solo doscientos mil a la compra de esta librería, por lo que tienes dinero de sobra para comprar el nuevo local. Es un poco más pequeño que este y está vacío. Tiene un buen precio, tan solo doscientos mil marcos. Tienes suficiente y además con lo que te sobra puedes contratar a un empleado. Amortizarás muy pronto toda la inversión y en un año todo serán ganancias. ¡Te vas a hacer rico, Rudolf! —dijo, sacando sus armas de negociante.

—En tu boca, todo parece fácil y maravilloso Fritz, pero no sé… —dijo un poco dudoso.

—Acuérdate de lo que te dije sobre este negocio. Hasta me quedé corto en las expectativas. Yo no te engañaría ni te propondría algo que fuera una locura.

—Bueno Fritz, lo pensaré y ya te diré algo —dijo Rudolf, que estaba un poco mareado con esa idea que le había metido en la cabeza Fritz.

—Vale Rudolf, tranquilo, mañana me paso y hablamos, pero no tardes mucho en decidirte porque es un chollo y no va a tardar en venderse —dijo y se marchó.

«¡Una nueva librería!, ¿tendrá razón Fritz? Es un poco pronto para pensar en eso, aunque por otro lado casi duplicaría las ganancias. Quizá es mi momento y debería aprovechar estas oportunidades que se me están presentando», pensaba Rudolf. El germen que había sembrado Fritz, empezaba a brotar. Rudolf había empezado a saborear las mieles del éxito y el dinero empezaba a gustarle demasiado.

Cuando se presentó Fritz al día siguiente, Rudolf ya había decidido comprar el nuevo local. De hecho, estaba esperando con

impaciencia que éste llegase para que se lo reservara. Todo estaba aclarado, montaría una nueva librería. También delegó en Fritz la gestión de amueblar el nuevo local y acondicionarlo. Él no tenía tiempo para esas cosas, estaba concentrado en la librería.

9

Sin darse cuenta, Rudolf se había convertido en un empresario. Los acontecimientos que había trascurrido desde que llegó a Múnich le llevaron a ser un hombre de negocios, con la ayuda interesada de Fritz. Cada mañana se levantaba alegre y muy motivado. Ya había abierto la segunda librería y marchaba fantásticamente, se retroalimentaban la una de la otra. En las reuniones semanales, donde se hacía una lectura de un libro entre los asistentes, aparecían caras nuevas, clientes derivados desde la pequeña librería. A esta segunda le pudo poner un nombre ya que era creación suya. La llamó «el viaje continúa», haciendo referencia al nombre de la librería que la señora Zimmermann junto a su marido le pusieron muchos años atrás y que era una marca en la ciudad. De esta manera quedaba vinculada directamente de una manera sutil a «Aquí empieza tu viaje». La idea le estaba funcionando. Cuando en una librería los clientes no encontraban lo que deseaban, iban a la "hermana" y hallaban lo que estaban buscando. Rudolf, ganaba tanto dinero, que no solo podía devolver el préstamo hipotecario, sino que cada vez que visitaba el banco, el director le saludaba de manera distinguida. Sus altos ingresos le habían hecho ser un cliente preferente. A Rudolf eso le agradaba, se sentía poderoso.

Se había comprometido con la señora Zimmermann en el momento de la compra, en mantener el club de lectura. El grupo se reunía todos los martes de seis a ocho de la tarde. A las reuniones semanales del club de lectura, solían asistir entre quince y veinte personas, que eran bastante habituales. A veces fallaban unos y acudían otros, pero a todos ellos, Rudolf los conocía bien. Pero en una de esas sesiones, apareció un hombre desconocido y misterioso que lo iba a poner todo patas arriba. Fue justo cuando Rudolf cumplía un mes al mando de la librería. Abrió la puerta y bajó los tres escalones. Una vez dentro, con una voz suave y tranquila preguntó: ¿es aquí el club de lectura? Rudolf, en ese momento se disponía a empezar con una introducción del libro de ese día, pero al escuchar los pasos, se giró hacia la puerta. La imagen de esa persona le impactó. Era un hombre muy alto, con un pelo blanco que le sobresalía ampliamente de un sombrero negro estilo Federa y le alcazaba la mitad de la espalda. Tenía una nariz aguileña que no pasaba desapercibida. Iba vestido de manera muy elegante. Chaqueta y pantalón negro y unos zapatos color rojo chillón que llamaban mucho la atención.

—Buenas tardes, sí, es aquí, señor… —dijo Rudolf.

—Buenas tardes, me llamo Azarel —dijo aquel hombre, con un acento que denotaba su origen extranjero.

—Encantado, ha llegado justo a tiempo, nos disponíamos a empezar la lectura —dijo Rudolf yendo a buscar una silla para el nuevo compañero. Azarel, se sentó y permaneció callado. Declinó la posibilidad de leer una parte del capítulo que se relataba esa tarde. Prefería quedarse escuchando con atención el mensaje que se desprendía de la novela. Esa tarde, el grupo se disponía a seguir con la lectura de *Los Miserables* de Víctor Hugo. Entonces, le tocó el turno de leer unas frases a Rudolf.

«*—Monseñor —dijo el cabo— ¿es verdad entonces lo que decía este hombre? Lo encontramos como si fuera huyendo, y lo hemos detenido. Tenía esos cubiertos…*

—¿Y os a dicho —interrumpió sonriendo el obispo —que se los había dado un hombre, un sacerdote anciano en cuya casa había pasado la noche? Ya lo veo. Y lo habéis traído acá.

—Entonces —dijo el gendarme—, ¿podemos dejarlo libre?

—Sin duda —dijo el obispo.

Los gendarmes soltaron a Jean Bajean, que retrocedió.»

Tras recitar esas frases Rudolf, propuso empezar con el debate que solían hacer tras la lectura. Esa parte era la que más le gustaba a Rudolf. Contrastar ideas y pensamientos con sus compañeros le ensanchaba el espíritu. No hacía muchas semanas que Rudolf había estado con el ánimo bajo y no encontraba sentido a nada, pero sus prósperos negocios y ese club de lectura le habían devuelto la ilusión de vivir. Había encontrado personas afines a él, con sus mismas inquietudes.

El hombre misterioso, no interaccionó en todo el debate. Apenas hizo algún movimiento con la cabeza, asintiendo ciertas afirmaciones que se exponían, de las que estaba de acuerdo. Una vez terminada la reunión semanal, el grupo se despidió y fueron saliendo de la librería. Rudolf, mientras recogía las sillas y dejaba arreglada la librería, pudo darse cuenta de que Azarel se había quedado mirando una estantería junto a la puerta de salida.

—Tiene usted una hermosa librería señor —dijo Azarel.

—Gracias —dijo Rudolf, mirando fijamente a ese hombre que estaba de espaldas a él, distraído observando los libros.

—Debe haberle costado mucho tiempo y dinero llegar a conseguir esta fantástica biblioteca —comentó Azarel que seguía hablando de espaldas.

—En realidad, tan solo llevo unas semanas al mando. Los anteriores dueños fueron los artífices de esta maravilla.

—Ah, vaya es usted un privilegiado. Le habrá costado una fortuna hacerse con ella.

—Bueno, señor, ha sido un placer que participase de la lectura de hoy, pero tengo que cerrar la librería —dijo Rudolf, que empezaba a estar incómodo con la deriva que tomaba la conversación. También había algo en esa persona que le inquietaba. El acento con el que hablaba le era familiar, pero no lograba acordarse de dónde provenía.

—Está bien, sí, se ha hecho tarde, salgamos —dijo Azarel, saliendo en primer lugar y esperando fuera a que Rudolf saliera y cerrase la puerta.

—¿Quiere algo más?, Azarel —le preguntó Rudolf, inquieto ante la presencia de esa persona, que no parecía tener ganas de marcharse de allí. Azarel le miraba de manera impasible e inexpresiva, lo cual le ponía más nervioso.

—Ah, no, perdone si le incomodo, tan solo estaba esperando para ver en qué dirección se marcha usted y acompañarle si no es molestia. Me gustaría comentar con usted la parte que le ha tocado leer.

—Bueno, es muy tarde y además tuvo la oportunidad de hacer cualquier comentario antes. Lo siento, estoy muy cansado y desearía irme a casa —dijo Rudolf, bastante alterado.

—Tiene razón, no he participado antes en el debate, y debería estarme agradecido por ello… ¿Qué le parece la forma en que actúa el obispo?, no solo perdonando los actos de Jean Bajean, del robo de la cubertería, sino que además le da una segunda oportunidad negando ante los gendarmes que fuera un vulgar ladrón. ¿Rudolf, tú crees que todas las personas se merecen una segunda oportunidad?, incluso si han hecho un acto inmoral o ilegal del que no se han arrepentido. Rudolf, ¿tú te mereces esa clemencia? —dijo Azarel, rompiendo los formalismos y dejándolo enmudecido. Rudolf, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Se le puso un nudo en la garganta. Las manos le temblaban y un sudor helado le resbalaba por la frente y empapaba sus ojos. Cerró los ojos un instante, se secó el sudor con el hombro derecho y al mirar al frente Azarel se había esfumado. Miró por todos lados, pero no había rastro de aquel hombre. Parecía imposible que hubiera desaparecido, la calle era muy ancha, los comercios estaban todos cerrados a esas horas y no había ninguna bocacalle cercana. Se le aceleró el corazón y salió a paso ligero hacia su apartamento. Miraba hacia todos lados angustiado. «¿Quién es esa persona?, ¿esas preguntas a qué vienen? Ese hombre sabe algo de mí, ¿del robo del banco? ¿Será un agente secreto de la *Stasi*?», pensaba Rudolf, que

estaba en un estado de nervios que no le dejaba razonar con claridad. Aceleró el paso y llegó a su apartamento. Una vez allí, se sentó en la cama y se quedó pensativo, con la mirada perdida. Al cabo de unos minutos, se levantó y se quitó el sombrero y la chaqueta. Con los pensamientos atolondrados con los que llegó a su apartamento no se había dado cuenta de que no los había dejado colgados en la percha de la entrada como todos los días. Rudolf estaba fuera de sí. Seguía cavilando sobre Azarel. «Ese personaje extraño que apareció a última hora en la librería y no dijo ni una sola palabra en todo el tiempo mientras se leía el capítulo del día e incluso después en el debate permaneció absolutamente en silencio. En cambio, una vez que los demás asistentes se marcharon, empezó una conversación muy intensa conmigo, y luego desaparece así de repente. ¿Habrá sido un espejismo? ¿Era real?», se decía Rudolf que estaba muy confundido. Empezaba a pensar que con el ajetreo de llevar dos librerías, su mente le había jugado una mala pasada. «Pero, entonces si no es real, ¿es un síntoma de incipiente locura?», se decía en voz alta muy angustiado. Tanto si Azarel era real como si no lo era, Rudolf estaba atemorizado. Intentó dormir esa noche sin ningún éxito. A la mañana siguiente se acercó a la cafetería de abajo con la intención de tomar un café bien cargado y encontrarse con Fritz. Pensó que un hombre de negocios y tan sociable como él, probablemente conocería a Azarel. La angustia que no le dejó dormir la noche anterior, seguía metida en su cuerpo y mente. Al entrar pudo observar que Fritz no se encontraba en el local. Pidió un café y lo bebió de un trago. Levantó la mano y le hizo una señal a la camarera para que le preparara otro más. El segundo café lo tomó más pausadamente con la esperanza de que apareciera Fritz. Meneaba la pierna constantemente y hacía ademanes extraños con la cabeza. Los demás clientes le observaban extrañados. Rudolf, ajeno a las miradas continuaba con los ojos fijos en la entrada, pendiente de que apareciera Fritz. Se le echaba la mañana encima, tenía que abrir la librería en media hora y no podía demorar mucho más tiempo su estancia en la cafetería. Se incorporó y tras pagar la cuenta salió de allí. Iba por las calles de Múnich meditabundo, absorto en sus pensamientos. Abrió la puerta de la librería justo cuando sonaban a lo lejos las nueve campanadas en la torre de la Catedral de Múnich. Era puntual. Ni las preocupaciones, ni el cansancio por el insomnio de la noche anterior habían conseguido que llegara tarde. Como cada día, al empezar la jornada, organizó los libros que estaban apilados encima de la mesa central, donde los clientes los ojeaban. Los fue colocando en su sitio, en las diferentes estanterías. Cuando se dirigió a poner el último de los libros en la estantería contigua a la entrada, se acordó que la tarde anterior, Azarel se había quedado mirando precisamente un rato esa parte de la librería. Divisó el hueco donde se ubicaba el

libro y lo introdujo, pero notó que había algo en el fondo que no le dejaba introducirlo hasta el final de la estantería. Sacó el libro y lo apartó. Entonces pudo observar que había un papel en el hueco. Metió la mano y lo sacó. Tras desplegar lo que parecía una nota escrita a mano, la leyó.

> *«¿Ha valido la pena dejar de lado tus convicciones morales y dedicarte en cuerpo y alma a tramar tu venganza contra ellos?, al igual que hizo Edmund».*

Rudolf, se quedó inmóvil. Miró el libro que había dejado de lado, se trataba de *El Conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas. Rudolf, lo había leído en su juventud y entendía perfectamente lo que quería decir la nota. Recordaba que Edmund, el protagonista de la novela, encarcelado trece años inmerecidamente, al salir de la prisión, aparta sus convicciones respecto a lo que está bien o mal y busca ante todo la venganza contra aquellos que le metieron entre rejas. Enseguida se dio cuenta de que lo había puesto allí Azarel la tarde anterior al finalizar la sesión de lectura, mientras él ponía las sillas en su sitio. «¿Qué está pasando? ¿Cómo pudo saber que en este hueco iba este libro? ¿Y cómo sabe de mi venganza contra el gobierno de la RDA? ¿Será Azarel un agente de la Stasi?» se volvía a preguntar Rudolf, que estaba descompuesto. La inquietud de la noche anterior había dado lugar a un alto nivel de nerviosismo por la mañana, pero al observar esa nota se encontraba sobrepasado. No entendía nada. Innumerables preguntas sin respuesta. «Lo único que me queda claro, es que Azarel es real, ¿o no? No sé, estoy muy confundido. Estuvo ayer por la tarde anterior aquí y ¿fue él quién me dejó esta nota? ¿Pero con qué propósito? Sí sabe todo lo que he hecho, ¿por qué no me delata?», se decía en voz alta Rudolf. Se sentó en el sillón que tenía tras el mostrador y respiró profundamente. Se quedó unos minutos intentando digerir ese nuevo suceso. Ya eran muchas las preguntas sin respuesta que se le agolpaban en la mente. Quiso dejar de pensar en todo eso y relajarse, pero de pronto, entró un cliente en la librería que le sobresaltó. Era un señor mayor, asiduo de la librería que iba cada mañana, cogía un libro y se sentaba en la mesa del medio a leer un rato. Al darse cuenta de que era el señor Albert Meyer, se volvió a sentar y respiró aliviado. Su mente estaba desbocada y en alerta. Imaginaba que entraría Azarel en cualquier momento y le delataría, entonces su nueva vida en Múnich se acabaría junto a sus librerías.

—Buenos días Rudolf. Tiene mala cara, ¿está usted bien? —dijo Albert.

—Sí, señor Meyer, no se preocupe, nada que un sueño reparador no arregle —dijo Rudolf forzando parecer simpático, mientras Albert elegía el libro que iba a ojear esa mañana.

Ese y los siguientes días de la semana, Rudolf no logró reponerse de ese estado de nerviosismo constante. Siempre en alerta, andaba por las calles con paso ligero, mirando a todos lados buscando a Azarel. Temía que le estuviera siguiendo o espiando. Había sido espiado demasiado tiempo por Karl en Leipzig, eso le había dejado unas secuelas que creía olvidadas, pero que volvía a sentir de nuevo. No pudo contactar con Fritz, tras ir cada día a la cafetería con la esperanza de verlo, un conocido de éste, le informó que había salido de viaje a Suiza y que no volvería hasta la semana siguiente. A la angustia en la librería, se le sumaba la soledad. Pensó en contratar un empleado para que estuviera en su lugar en la librería, pero la idea de que una persona desconocida, sin referencias ocupase su lugar no le terminaba de convencer. Además, aunque se sentía como un ratón miedoso y acorralado en su guarida, todavía mantenía un mínimo de valentía y de dignidad para presentarse cada mañana en la librería. Le había dado mil vueltas a lo que le dijo Azarel el martes pasado y a la nota que supuestamente le dejó. No había ninguna certidumbre de quién era ese hombre, y tampoco entendía que si sabía tanto sobre él, no lo hubiera denunciado ya a las autoridades.

Había pasado casi una semana desde aquel suceso y el hecho de que no hubiera vuelto a ver a ese hombre misterioso le daba cierta tranquilidad. Incluso llegó a pensar que aquel hombre estaba de paso por la ciudad. «Sería una de esas personas que hablan de profecías, del bien y del mal y seguramente estaría un poco trastornado y tan solo fue una coincidencia todo lo que dijo sobre mí», pensaba Rudolf. Su mente intentaba buscar cualquier resquicio para olvidar lo sucedido y volver a la calma y a la rutina que tan bien le había estado sentando desde que compró la librería a la señora Zimmermann. Tenía que controlar a esa mente desbocada que solo anticipada desastres creándole mucha ansiedad, aunque no se veía capaz de hacerlo. Su imaginación le jugaba malas pasadas cuando al pasear por las calles se encontraba con hombres altos y con larga cabellera. Entonces le daba un vuelco el corazón y se le ponía un nudo en la garganta que no le dejaba respirar. Estaba en un sin vivir, atormentado por sus fantasmas, pero la mayor tortura era al irse a dormir cada noche. Tras cerrar los ojos le venía a la mente repetidas veces la frase que le dijo Azarel justo antes de desaparecer «*¿tú te mereces esa clemencia?*». Le estaba trastornando. Rudolf, no había sentido ni un ápice de arrepentimiento por robar el banco de Leipzig, al contrario, se había sentido orgulloso y en paz tras consumar su venganza contra el estado. Esa pregunta le había hecho pensar. «¿Debería mostrar remordimientos para poder redimirme y alcanzar el perdón divino? ¿Divino? Pero yo soy ateo, no creo en ningún dios. Aunque, por otro lado, puede que exista una justicia universal y mi acción de venganza tenga que ser depurada

para alcanzar la paz de mi alma. ¿Y en ese caso, ante quién debo mostrar mi arrepentimiento?, además, eso implicaría que tendría que devolver el dinero robado, dinero que ya no tengo por otro lado. Todo esto es una locura. Yo no tengo que arrepentirme de nada, me lo hicieron pasar muy mal y mi venganza fue justificada. Por cierto, ¿Quién es Azarel para insinuar lo que tengo que hacer? Que se vaya al demonio, él y sus dichosas preguntas», se decía en voz alta Rudolf intentando encontrar una salida a tanto desasosiego.

Rudolf al levantarse de la cama al día siguiente lo primero que pensó fue en que esa tarde había una nueva sesión del club de lectura. Se le erizó la piel solo con imaginar que pudiera aparecer Azarel de nuevo. No lo había visto en toda la semana y el club de lectura era la prueba definitiva para Rudolf de ahuyentar todos sus fantasmas. Si no aparecía todo habría quedado en un mal sueño. Esa era su esperanza. Su mente seguía agarrándose a cualquier detalle para hacer desaparecer esa obsesión que le acompañaba en todos sus actos diarios. Tras casi siete días, estaba exhausto. La rutina era su refugio, así que se acercó como cada día a tomar un café y leer el periódico, antes de disponerse a abrir la librería. Fritz estaba allí también tras su viaje de negocios por Suiza.

—Buenas Fritz, ¿qué tal tu viaje por Suiza?

—El viaje era de negocios, pero ha sido muy provechoso, gracias. Pero amigo, ¿estás enfermo?, tienes muy mala cara.

—No es nada, tranquilo. Es que no he dormido bien en los últimos días.

—¿Problemas en el trabajo?

—No, qué va, precisamente el negocio va muy bien, se trata de algo que me tiene preocupado…, por cierto, estaba buscándote para preguntarte por una persona, se llama Azarel, es un hombre muy alto y con el pelo canoso y muy largo. ¿Lo conoces?

—Azarel…, no me suena conocer a nadie con ese nombre. ¿Quién es?, ¿por qué lo preguntas?

—No es nada, déjalo. No tiene importancia. Es un nuevo cliente que se olvidó su sombrero y se lo quería devolver —dijo Rudolf para salir del paso.

—Bueno, Rudolf tengo prisa. Hablamos en otro momento, ¡cuídate, que vaya cara llevas! —dijo Fritz, dándole un leve y cariñoso golpe en la espalda. Para Rudolf, el hecho de que Fritz no lo conociera, no hacía más que reforzar su idea de que Azarel quizá estaba de paso por la ciudad, ya que un hombre de su aspecto no pasa desapercibido, sobre todo para Fritz, que era como una hiena que

estaba siempre a pie de calle husmeando lo que se cocía a su alrededor para aprovechar cualquier situación y llevarla a su terreno. Tras la breve charla con Fritz, Rudolf se fue caminando hacia el trabajo con un ánimo renovado y un poco más tranquilo que los días anteriores. Ese día tuvo bastante ajetreo en la librería, a las labores diarias se sumaba que tenía que preparar la lectura del club. Normalmente lo organizaba con varios días de antelación, pero en esa semana tan convulsa no había hallado la calma para hacerlo. Para esa tarde había seleccionado *Crimen y Castigo* de Fiodor Dostoievski. Cuando retomó el club tras la apertura, pensó en empezar una serie de diez semanas en las que se centrarían en libros clásicos del siglo XIX. Ese ajetreo le ayudó a tener alejado de su mente cualquier pensamiento sobre Azarel y el día se le pasó volando, pero cuando se acercaron las seis de la tarde empezó a sentir un hormigueo en el estómago creándole cierto desasosiego. Cerró la librería al público en general y empezaron a entrar los asistentes del club de lectura. Rudolf, salió a recibirlos a la calle, más por comprobar con inquietud, si ese hombre misterioso también acudía, que por un gesto de cortesía hacia todos ellos. Una vez llegaron todos y estaban en sus asientos, Rudolf, miró a ambos lados de la calle varias veces y entró. Cerró la puerta despacio sin hacer ruido y respiró aliviado. Por supuesto, Azarel podría aparecer en cualquier momento. Recordaba que la semana anterior apareció tarde, justo cuando se disponían a empezar. Ese pensamiento volvió a activar su ansiedad. Estaba muy inquieto y los compañeros de lectura lo podían notar, eso le ponía más nervioso y decidió ir un momento al servicio a tomarse unos segundos para intentar relajarse. Se mojó la cara con agua e hizo varias respiraciones profundas. Salió del baño un poco más tranquilo y al mirar hacia el frente lo vio, inmóvil de pie junto a la puerta de entrada. Parecía una estatua. «¡Azarel!, ha vuelto», pensó horrorizado. En cambio los compañeros de lectura estaban hablando entre sí de variados temas, ajenos a la presencia de ese extraño hombre, esperando que volviera Rudolf. Al verle, todos los temores que había sentido durante la semana de que volviera a delatarle se habían hecho realidad. Allí estaba aquel hombre alto mirándole fijamente a Rudolf, que estaba en un estado catatónico, le temblaban las piernas y apenas podía pronunciar palabras. Se acercó hacia él y con un gesto con la cabeza le indicó que se sentara con los demás. Azarel, cogió una silla y se acercó al grupo. Rudolf, tragó saliva y sin perder de vista a Azarel, empezó la sesión. En ese momento, Rudolf quería salir corriendo, desaparecer de allí, pero no podía. Estaba atrapado y los demás asistentes le miraban a Rudolf con cara de no entender lo que pasaba. «De todas maneras, Azarel no me ha incriminado directamente sobre el robo del banco, todo lo he deducido yo de sus palabras. Quizá no sepa nada y todo sea

fruto de mi imaginación. Tengo que mantener la calma», pensaba mientras ojeaba el libro de Dostoievski. Los asistentes, atónitos, le miraban con expectación. Su comportamiento extraño, sin decir nada y ensimismado, aumentaba la curiosidad en ellos. El silencio empezaba a ser incómodo e inexplicable. De pronto, Azarel tomó la palabra.

—Rudolf, veo que tienes dudas por dónde empezar hoy. Me he tomado la libertad de seleccionar un extracto del libro que seguro será bastante interesante para el debate.

—Ah, sí…, está bien. Puedes empezar entonces… —dijo Rudolf, que más que hablar parecía que estaba balbuceando. Estaba al borde de un ataque de nervios. Entonces Azarel, se dispuso a leer los párrafos que había elegido.

«*—¡Ah! ¡Otra vez, usted! ¿Se le ha olvidado algo…? Pero, ¿qué le ocurre?*

Raskólnikov, lívidos los ojos, inmóvil la mirada, se le acercó lentamente, llegó hasta la última mesa, apoyó las manos en ella, quiso decir algo, pero no pudo; solo se oyeron unos sonidos ininteligibles.

—Usted está enfermo. ¡Una silla! ¡Siéntese en esta silla, siéntese! ¡Agua!

Raskólnikov se dejó caer en la silla, sin apartar la vista del rostro de Iliá Petrovich, que estaba desagradablemente sorprendido. Los dos permanecieron unos momentos mirándose y esperando. Alguien acudió con un vaso de agua.

—Yo soy…—comenzó a decir Raskólnikov.

—Beba.

Raskólnikov rechazó el vaso con un gesto y, en voz baja, pausada, pero perfectamente inteligible, dijo:

—Yo soy quién mató con un hacha a la vieja viuda de un funcionario y a su hermana Lisabeta, y quien les robó. Iliá Petrovich se quedó con la boca abierta. De todas partes, acudieron precipitadamente. Raskólnikov repitió su confesión.»

—Es potente, así se hace, ¿no crees, Rudolf? —dijo Azarel, tras leer ese fragmento del libro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rudolf.

—Dejemos que los demás participen con sus lecturas, ya tendremos tiempo después de debatir —dijo Azarel, en un tono serio obviándole. Rudolf, se daba cuenta de que Azarel había vuelto con más artillería. Esta vez estaba yendo más allá. Incluso indicándole como debía proceder. Ya no cabía duda de que ese hombre lo sabía

todo sobre su pasado. Rudolf se sentía desnudo y débil ante esa persona. Aguantó como pudo la hora y media que quedaba para que terminase esa tortura. Hubiera salido corriendo de allí, pero ¿adónde? Esa era su casa. Por otro lado, no podía escapar como una rata de alcantarilla. El destino le había puesto a Azarel en su camino y en el fondo de su ser deseaba saber quién era ese hombre que le estaba atormentando.

Llegó el momento del debate, pero para entonces los nervios destrozados de Rudolf, le habían dejado en un estado flemático, sin apenas capacidad de razonar y de conversar. Sus pensamientos le martilleaban la mente y no escuchaba lo que allí se debatía. Azarel, consciente del estado de Rudolf, no le interpeló en presencia de las otras personas, pero al terminar la sesión, le esperó como la anterior semana en la entrada, una vez que todos los demás asistentes habían marchado.

—Rudolf, te veo en muy mal estado. ¿A qué se debe?, ¿te encuentras enfermo?, ¿puedo hacer algo por ti? —dijo Azarel, con voz sarcástica y tuteándole.

—Mira, estoy muy cansado de todo esto. Dime quién eres y qué has venido a hacer aquí. Déjate de misterios y pon las cartas sobre la mesa —dijo Rudolf, al límite de sus fuerzas.

—Rudolf, no es tan fácil. Te he hecho una pregunta antes. ¡Responde!.

—No tengo fuerzas para debatir contigo. Estoy exhausto.

—Vale entonces hablaré por ti, al fin y al cabo estoy acostumbrado a hacerlo, aunque nunca me escuches. Rudolf, las dos librerías son un parche que has encontrado para acallar el vacío que sientes. Has estado huyendo toda la vida de ti mismo. Cuando trabajabas de camionero en la RDA, ese servilismo fiel hacia el partido te tenía muy entretenido. Ese ente superior te marcaba todas tus acciones y ¿de qué te sirvió esa fidelidad inquebrantable? No eras nadie para ellos, te desecharon como a una colilla y ¿sabes por qué? Porque tú no te has valorado nunca, eres un superviviente que has ido superando obstáculos constantemente. Primero la muerte de tus padres, después sobreviviste en el orfanato, y cuando llegó el amor de nuevo a tu vida, fue efímero, Helga desapareció y te destrozó el corazón. Desde entonces has decidido dejar el sentido de tu vida en manos de otros. No encontrabas sentido a nada y sigues sin encontrarlo. Cada acción que haces tan solo es para acallar a tu yo interior, ese que te manda señales pero tú no escuchas… Buscaste en la venganza un motivo para seguir adelante. Pensaste que con el robo del banco conspirarías contra ellos y obtendrías venganza, y sí, lo

lograste, pero te mentiste a ti mismo, a tu forma de ver la vida y eso es mucho peor que lo que ellos te hicieron. ¿Te has preguntado si traicionar tus valores morales de esa manera te ha servido para algo? Ahora vuelves a cometer el mismo error. ¿Cuánto tardaras en volver a sentir ese vacío existencial que te atormenta? Una vez llegaste a Múnich te sentiste perdido y has vuelto a caer en tus mismos errores. Ahora te entretienes con este negocio, que en sí mismo es muy gratificante y te ofrece un presente alentador, con grandes ganancias y una vida interesante junto a los libros, tu gran pasión. Pero al abrazar el capitalismo, ese que odiabas no hace tanto tiempo, ¿no crees que estas traicionando tu forma de ver la vida?, ¿dónde están tus ideales? ¿Vas a abrir los ojos y darte cuenta de una vez? ¿Vas a tomar las riendas de tu vida, como hizo Raskólnikov? Empieza por recobrar tus valores. Él al igual que tú, no era una mala persona, tenía un buen fondo y aunque tardó en aceptarlo se dio cuenta de que traicionar su manera de ver la vida le estaba destrozando por dentro. La dignidad personal y los valores que tus padres te dieron de niño son tu mayor tesoro. La muerte de tus padres y la desaparición de Helga no tienen solución ya. No destruyas tu esencia. ¡Despierta! —dijo Azarel.

Rudolf, tras escuchar esta última palabra se desmayó. Su mente ya agotada, no pudo soportar escuchar todo esa crónica de su vida en boca de ese desconocido. Era demasiado, un torpedo dirigido directamente a su conciencia.

10

El osezno caminaba alegre por la ladera de la montaña, llena de flores, se revolcaba en ellas jugando con las mariposas. Comía la nieve que aún quedaba en las oquedades de las rocas de la cara norte de la montaña. El sol resplandecía en todo lo alto del cielo y su madre le observaba a lo lejos mientras movía la tierra con sus largas garras buscando raíces. La montaña volvía a latir con la primavera. Atrás quedaban los primeros meses de vida encerrado en la cueva con su madre. Sentía una felicidad indescriptible. Pero, de pronto su madre le hizo una señal para que se apurase y le siguiera. El pequeño osito respondió a la señal de peligro y corrió hacia ella. Un gran oso los perseguía. Él no acaba de entenderlo, uno de su propia especie estaba atacándoles. Corrieron montaña abajo huyendo hasta que se encontraron en un cortado de varias decenas de metros. No podían avanzar, estaban atrapados. Abajo había un gran lago azul. El gran oso les alcanzó. La osa le indicó al osezno que se escondiera en el hueco de un árbol. Desde allí pudo observar cómo se peleaban ferozmente su mamá y aquel enorme oso. Tras unos minutos, enzarzados en una brutal pelea, se precipitaron hacia el lago. El osezno salió corriendo hacia el precipicio, se asomó, pero no pudo ver a su mamá. Angustiado, empezó a lloriquear. Una fuerte lluvia comenzó a caer sobre el bosque y el osezno volvió al hueco del árbol a refugiarse. La lluvia no cesaba y estaba anegando el hueco del árbol. El agua le llegaba por la nariz. La gran cantidad de agua le obligó a salir de su escondite, entonces un torrente provocado por la fuerte tormenta, que bajaba de la montaña le arrastró barranco abajo y le llevó consigo hasta el lago. Se hundió en las profundidades y luchó con todas sus fuerzas para salir a la superficie. Consiguió sacar la cabeza a flote, pero la orilla estaba todavía muy lejos. No sabía nadar y su cuerpo se volvió a sumergir. En la profundidad del lago, no podía respirar y tenía la visión borrosa. Entonces sintió como alguien le sacaba de golpe del agua.

—Señor, ¿está usted bien? Le he visto desde la acera de enfrente, ¿qué hace ahí tumbado? Está lloviendo torrencialmente. Venga, le ayudo, vamos a resguardarnos debajo de ese portal —le dijo un barrendero cogiéndole del brazo. Por suerte para él andaba por esa calle haciendo sus labores.

—¿Qué?, ¿dónde estoy? —dijo desorientado Rudolf.

—Señor, debe haberse desmayado, vamos que va a coger una

pulmonía.

—Gracias, estoy bien. Vivo cerca de aquí. Me voy a casa.

—Señor, pero está diluviando…

Rudolf se fue andando lentamente ignorando la fuerte lluvia que caía sobre Múnich esa noche. Apenas percibía las miradas de los vecinos extrañados observándole desde las ventanas. Los zapatos completamente encharcados rezumaban agua en cada paso que daba. El sombrero creaba pequeñas cascadas que caían por delante de sus ojos. Nada importaba. Ese sueño volvía a repetirse. Siempre presente, podía ver con los ojos despiertos cada detalle, las mariposas, los ojos radiantes del osezno, el lago, la lluvia y sobre todo a su mamá. Era un sueño recurrente en su vida y tras lo que le había dicho Azarel en su largo discurso acerca de él, su mente había vuelto a refugiarse en sus orígenes. En sus padres. El trauma que tenía desde pequeño no lo había superado. Tan solo había huido de esa sensación de abandono. Siempre haciendo cualquier cosa para no pensar en ello. Llegó a su apartamento destrozado física y mentalmente. Se quitó la ropa y se acostó con la esperanza de que el descanso reparador consiguiera lo que él no había podido: olvidar a Azarel y todo lo que le había dicho.

Amaneció cansado, como si le hubiera pasado un tren por encima, pero todas las preocupaciones habían desaparecido al menos durante esa mañana. No quería pensar en nada de lo que había pasado el día anterior. La estrategia de la tortuga, de esconder la cabeza cuando las circunstancias se daban mal, le había funcionado en otras ocasiones y la tenía automatizada, al igual que su manual básico de rutina. No había nada como un café caliente, un periódico con noticias anestesiantes del pensamiento, especialmente de la sección de sucesos, que ponían el listón de los dramas sociales en un nivel tan alto que los suyos quedaban a la altura de un juego de niños y por último un paseo hasta la librería para tener su mundo organizado y su mente en equilibrio. Mientras la rutina no cambiara, su vida no tenía por qué hacerlo. Ese era su mantra. Incapaz de hacer una introspección en su ser, ni de hacer autocrítica, lo mejor que podía hacer era dejar que el tiempo pasara y las cosas volvieran a cómo eran antes de que apareciera Azarel. El invierno, Rudolf lo pasó como lo había deseado, tranquilo y sobre todo sin novedades.

Habían pasado dos meses desde aquella noche, y se adentraba en una primavera prometedora. Era la estación preferida de Rudolf. Solía aprovechar el buen tiempo para hacer excursiones a la montaña. Era la primera tras la caída del Muro de Berlín y había planeado hacer una escapada especial. El negocio iba muy bien y no había ningún rastro de Azarel desde aquella fatídica noche en la que cayó desmayado en medio de la calle. Estaba pensando seriamente contratar a una

persona que le ayudase en la librería, para poder liberarse un poco y dedicarse a sus aficiones. Confió en Fritz para que le sugiriera algunos candidatos para el puesto. Tras entrevistarse con varios pretendientes, se decidió por una chica joven, que recién había acabado sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Múnich. Se llamaba Olga y era una enamorada del arte y de la literatura, además era bilingüe. Era una chica alegre y de carácter risueño. Tenía los cabellos de color negro azabache, una cara ancha con la nariz chata, pero lo que más le caracterizaba era una peca oscura en la mejilla izquierda. Hija de padre inglés y madre alemana, dominaba de igual manera el inglés, como su lengua materna, el alemán. En principio era idónea para el puesto. La tuvo un mes de prueba en el que le enseñó la metodología de la librería.

Algunos días Rudolf, se recreaba pensando en Azarel. Lo veía muy lejano en el tiempo y se permitía el lujo de revivir las conversaciones que tuvo con él. No podía creer todas las cosas que ese hombre sabía sobre él. En el fondo se quedó con la duda de quién era Azarel, pero no deseaba volver a verlo para descubrirlo.

Olga, aprendía rápido. En unas semanas se hizo con la librería, dominaba los concepto básicos para poder quedarse al mando. Al ver lo despierta que era, Rudolf empezó a pensar en tomarse unos días para visitar la Selva Negra, Schwarzwald en idioma alemán, una región montañosa al suroeste de Alemania a la que había deseado ir desde que era niño. Siempre le había hecho gracia compartir su apellido con el nombre de esa zona. En cualquier caso, estaba ilusionado con la idea de viajar. Necesitaba unos días para no pensar en obligaciones ni en los sucesos de los últimos meses. Planeó su viaje de miércoles a lunes para no faltar al club de lectura. Olga, no estaba preparada todavía para dirigir las sesiones del club.

Se levantó muy pronto para aprovechar el día. Tenía por delante casi cinco horas conduciendo su viejo *Trabant* y había planeado llegar sobre medio día. Tras un buen desayuno, bajó el equipaje, mientras lo metía en el maletero se encontró con Fritz, que pasaba casualmente por allí en dirección al trabajo.

—Hola Rudolf, ¿te vas de viaje?

—Buenos días Fritz, me tomo unos días de descanso. Voy a visitar la Selva Negra, a dar largos paseos y a respirar aire puro. ¿Se apunta?

—¡No, por dios!, a mí el aire tan puro y las montañas me dan jaqueca. Yo me siento mejor en la ciudad, entre el bullicio de la gente y esta atmosfera de aire un poco contaminado, je, je… Espero que lo disfrute, por cierto cuando regrese quiero hablar con usted. Tengo un negocio que le puede interesar.

—Como quiera, pero no me hable de negocios…, ya tengo bastante con las dos librerías, me marcho. Nos vemos Fritz.

—¡Páselo bien!, y despeje su mente. Ya hablaremos a la vuelta —dijo Fritz, viendo el viejo coche alejarse. Rudolf estaba de muy buen humor. Parecía un niño con zapatos nuevos. Hacía mucho tiempo que no hacía una escapada a la montaña, ya más de tres años desde la última vez que salió de excursión. Su destino era Schluch, un pueblecito situado en la ribera de un gran lago. Desde allí salían bastantes rutas de senderismo y también podría alquilar una pequeña embarcación para navegar por el lago. Era un día soleado, perfecto para el viaje que le esperaba por delante. Sin preocupaciones, la vida le sonreía por fin. Atrás quedaban los duros años en la RDA, pero sobre todo Azarel, ese extraño personaje que le había quitado el sueño unas semanas atrás, y le había hecho pensar demasiado acerca de cuestiones que Rudolf no tenía ninguna intención de plantearse. Él había empezado una nueva vida y no le interesaba en absoluto el pasado en la RDA. Quería olvidar todo lo que vivió en Leipzig.

Llegó a Schluch a mediodía, como había planeado. Se hospedó en un pequeño hotel cercano al lago. Tenía mucha hambre tras estar conduciendo bastantes horas, dejó sus pertenencias en la habitación y se acercó al restaurante que había en la planta baja. Se sentó en una mesita al lado de una ventana que le ofrecía una vista inmejorable del lago y de las montañas. Se deleitó con los platos típicos de la región y particularmente con el postre, la *Schwarzwälder Kirschtorte*, una tarta de varias capas de bizcocho, chocolate, nata y cerezas, que le gustó de manera especial. Después de reponer fuerzas, dio un paseo por la población para empaparse de ese ambiente rural y para respirar aire puro por fin. Necesitaba un cambio de aires en todos los sentidos.

Aprovechó los siguientes días para caminar por los bosques que había alrededor del lago, esos paseos, le ensanchaban el espíritu. Andar entre los altos y robustos abetos, le hacía sentir renovado y lleno de energía. Dejó para el último día la excursión por el lago. Alquiló un pequeño barco con remos. Esa mañana de domingo era esplendida, el sol brillaba en todo lo alto. Era un día perfecto para dar un paseo en barco por el lago. Remaba con una cadencia tranquila, cerca de la orilla del lago viendo la vegetación de ribera, las ranas, salamandras y demás animalillos que habitaban ese lugar. Al llegar al final del lago, decidió volver por el centro de ese vasto embalse de agua para poder apreciar su magnitud. Llevaba alrededor de una hora remando y empezaba a estar cansado. Se secó el sudor de la frente con el hombro y pudo observar cómo, de pronto el tiempo había cambiado bruscamente. En primavera, era bastante habitual que en esa zona cambiaran las condiciones climáticas en cuestión de horas. El cielo se

oscureció, enormes nubes negras acechaban sobre su cabeza. Amenazaba tormenta y no tardaría en ponerse a llover. Rudolf, se apresuró en llegar al puerto para esquivar el chaparrón, pero no lo consiguió. La tormenta empezó a descargar con fuerza sobre el lago Schluchsee, la pequeña embarcación empezaba a encharcarse y Rudolf comenzaba a estar preocupado, remaba cada vez más rápido hasta que un rayo cayó en el lago, muy cerca de él. Un destello luminoso le cegó unos segundos. Le dio un susto de muerte que provocó que balancease la embarcación bruscamente volcándola. Ésta al voltearse le dio un golpe en la cabeza que le dejó aturdido unos segundos. Se había quedado debajo de la barca y se estaba hundiendo poco a poco. En esos escasos segundos, le vinieron a la mente las imágenes del osezno hundiéndose tras ser arrastrado por el torrente y caer en el lago. Su sueño recurrente se le estaba presentado de nuevo, pero había un elemento nuevo. Azarel aparecía en su sueño ayudando al pequeño oso a salir del lago. ¡Era el quién le salvaba la vida al osezno! Su mente luchaba por despertar. Por fin, el desasosiego que le provocó el sueño hizo que despertase del estado inconsciente en el que se hallaba. Abrió los ojos y los rayos del sol le cegaron la vista unos segundos, el cielo era azul y no había ni rastro de la tormenta. Rudolf, se encontraba tendido en la embarcación, que estaba como si no hubiera volcado. Intentó incorporarse y al darse la vuelta vio a Azarel, que estaba sentado en el otro extremo de la barca mirándole a los ojos.

—Hola Rudolf, ¿cómo estás?

—Azarel… —dijo Rudolf, con voz muy débil. Estaba más que sorprendido de la presencia de ese hombre allí.

—Bueno, al menos me reconoces.

—¿Qué ha pasado?, yo estaba…, la tormenta…el barco volcó y me caí al agua…, y ahora tú aquí, el cielo azul y el barco…, no entiendo nada… —decía Rudolf, que estaba desorientado y confundido.

—¿Todavía no sabes quién soy?, llevo toda la vida ayudándote, pero desde que has empezado a olvidarte de quién eres, tu esencia está en peligro y me has obligado a hacerme corpóreo.

—¿De qué me hablas Azarel?, ¿cómo has llegado hasta aquí?, no veo tú barco.

—Rudolf, yo no necesito barco, no necesito nada de este mundo, tan solo estoy aquí porque tú me has hecho venir. Llevas toda la vida invocándome en sueños. El osito que ha perdido a su mamá y se está ahogando. ¿Te suena de algo?

—¿Qué?, ¿cómo sabes eso?

—Rudolf, nos veremos pronto, pero recuerda una cosa muy importante: tienes que volver a ser el que eras. No sigas traicionándote, recupera tu esencia, solo así podrás lograr lo que siempre has deseado. Tras esas últimas palabras, Rudolf se tumbó de nuevo rendido en la barca, cerró los ojos y se quedó unos segundos en esa posición.

—Pero…Azarel, no me has respondido a ninguna de mis preguntas —dijo Rudolf, intentándose incorporarse de nuevo, pero al levantar la cabeza, pudo darse cuenta de que Azarel se había esfumado. Remó como pudo para llegar al puerto. No podía creer lo que había pasado. «Ha sido un milagro, estaba perdido y él me ha salvado la vida, pero ¿cómo ha llegado hasta la barca?, estaba volcada y había tormenta. ¿Quién es Azarel?, o debería preguntarme ¿qué es Azarel?, ¿es humano?», se decía totalmente turbado. Fue al hotel, se metió en su habitación y se tumbó en la cama. Solo quería dormir un poco para olvidar todo lo sucedido, su mente no era capaz de asimilarlo. Se quedó tendido un largo rato, pero no consiguió dormir, estaba demasiado alterado. Sus días libres habían llegado a su fin. Después de lo sucedido, adelantó su regreso a Múnich. Era incapaz de permanecer allí por más tiempo. Cogió sus cosas, y tras pagar en la recepción del hotel salió a toda velocidad hacia la capital de Baviera.

11

Rudolf estaba sumido en un mar de dudas. Los últimos acontecimientos le habían dejado muy pensativo y no lograba concentrarse en el trabajo. Por suerte, Olga estaba al mando de la librería principal. La pequeña librería apenas tenía complicaciones y Rudolf solo iba de vez en cuando a supervisar que las cosas se estaban haciendo correctamente. Eso sí, se centraba en el club de lectura, del que se encargaba personalmente, además le distraía mucho y olvidaba todas sus preocupaciones. El ciclo de lectura de los clásicos del siglo XIX había terminado y estaba preparando uno nuevo. Para él, era muy emocionante pensar en los libros que iban a ser leídos, tanto o más que los debates que se generaban tras las lecturas. Pero su mente no podía obviar los sucesos acaecidos en el lago Schluchsee la semana anterior. Esa experiencia le había removido por dentro y algo estaba cambiando, aunque no era consciente. Para una mente tan analítica como la de Rudolf, esos hechos eran inadmisibles. Buscaba una explicación lógica que aclarase todas las preguntas que se hacía y que le estaban llevando a la locura. Al contrario que las otras veces en las que apareció Azarel, esta vez, Rudolf deseaba que volviera a mostrarse para formularle todas esas cuestiones que le estaban trastornando.

La vida seguía su curso y no podía distraerse demasiado en sus fantasías. Dejó a Olga al mando y decidió ir a la otra librería dando un paseo, así mataría dos pájaros de un tiro. Por un lado despejaría la mente y hablaría con la encargada sobre las ventas. Al llegar se encontró con una larga cola que salía de la librería y rodeaba toda la manzana. «Qué está pasando», pensó. Aceleró el paso para ver que sucedía, cuando llegó a la puerta de entrada tuvo que abrirse paso forcejeando con los hombros para poder entrar. Una vez dentro vio a Heidi, la encargada de la tienda que estaba agazapada en una esquina, con la cabeza entre las piernas. La cola seguía hacía la puerta del almacén donde las personas esperaban pacientemente su turno para entrar.

—¿Qué pasa aquí? —dijo gritando y muy alterado Rudolf.

—¿No lo sabe?, hay un hombre ahí dentro que está regalando los libros —dijo una de las personas que hacían cola. Entonces Rudolf, fue derecho hacia la puerta empujando a los que estaban por delante de él, cogió el pomo de la puerta y lo giró sin éxito. La puerta estaba cerrada. Se puso a golpear la puerta con fuerza.

—¡Abra!, ¿quién está ahí? —gritó Rudolf a pleno pulmón.

—No lo hará, la puerta se abre sola y entonces es cuando puedes entrar, no tardará mucho, espere un momento y verá —le dijo otra de las personas que estaban en la cola.

—¡Heidi!, ¿qué está pasando aquí?, dame una explicación a esta locura —dijo Rudolf, que estaba fuera de sí.

—Señor Schwarz, ese hombre llegó hará una hora aproximadamente y se plantó en la entrada de la librería anunciando a viva voz que quién quisiera un libro gratis solo tenía que entrar y presentarse ante él. Intenté pararle pero me fue imposible. Al acercarme a él, sentí como mis extremidades se quedaban inmóviles y de mi boca no salían las palabras. Al cabo de un rato cuando pude reaccionar y mover las piernas y los brazos me quedé como usted me vio. No sé nada más, estoy aterrorizada señor. ¿Puedo marcharme a casa?, por favor —dijo Heidi, la pobre muchacha temblaba como si hubiera visto al mismísimo diablo.

—Está bien Heidi, vete y descansa —dijo Rudolf. Antes de que éste terminase la frase, Heidi salió despavorida de allí a gran velocidad. Rudolf le siguió con la mirada impresionado de su reacción. Se volvió hacia la puerta y en ese preciso momento se abrió lentamente. Desde donde estaba él, pudo advertir que la habitación estaba a oscuras. No se veía a nadie dentro. De pronto una voz salió del interior.

—¡Qué pase el siguiente! —dijo alguien desde el interior. Rudolf, corrió hacia la puerta, pero el que estaba más próximo a la cola entró rápidamente y la puerta se cerró en sus morros. «Maldita sea», dijo Rudolf. A los pocos segundos la persona que había entrado salió con una edición de tapa dura de *El Nombre de la Rosa* de Umberto Eco en sus manos. «¡Ese no!, es uno de mis favoritos y de los más caros», pensó Rudolf, mientras intentaba detener la puerta para que no se cerrase, pero no pudo conseguirlo, se cerró muy rápido, como si alguien desde dentro la hubiera empujado con fuerza. Entonces Rudolf, se enfureció todavía más y buscó en la librería alguna herramienta para derribar la puerta. Cogió una escalera metálica bastante pesada y la lanzó contra la puerta con todas sus fuerzas. La mayoría de las personas que allí estaban, salieron corriendo asustados por la brusquedad con la que actuaba Rudolf, aunque algunos curiosos permanecieron observando el espectáculo. Arrojó repetidas veces la pesada escalera contra la puerta, pero inexplicablemente tan solo le hizo unos pocos rasguños. Cansado de levantar y tirar tantas veces la escalera, se sentó en el suelo para recobrar el aliento. De pronto se abrió la puerta de nuevo, pero esta vez no se oyó nada. Rudolf, se levantó deprisa y apartando con su corpulento cuerpo a las personas que intentaban entrar, se introdujo en la habitación. La puerta se cerró

al instante. No veía nada, la habitación que servía para el almacenaje de libros carecía de ventanas.

—¿Quién está ahí?, ¿quién osa robarme, regalando mis libros a la gente? —dijo Rudolf con una mezcla de rabia y miedo, ya que no sabía lo que se iba a encontrar. Intentó encender la luz pero el interruptor no funcionaba.

—Te estaba esperando —dijo aquel hombre.

—¿Azarel?, ¿eres tú?.

—¡Azarel!, ja, ja, ja, Rudolf, no seas ingenuo. Esto es impropio de él. Observa lo que está pasando ahí fuera. Dime, ¿qué ves?

—Solo veo que me estás arruinando la librería. ¡Me estás vaciando las estanterías!

—Abre los ojos, mira más allá. Solo miras lo que tienes enfrente, siempre lo has hecho y por eso tu vida ha sido un desastre. ¡Espabila! Siempre obedeciendo órdenes y siendo manipulado. Te han utilizado tantos años… y ¿de qué te sirvió?.

—¿De qué hablas?, ¿quién eres?

—Vale, está bien empezaremos por el principio. Me llamo Samael. He venido para abrirte los ojos y para ayudarte aunque no lo creas.

—¿Ayudarme?, ¡estás robándome!

—¡Ay, Rudolf! Todavía no te das cuenta. ¿Cuántas personas había rodeando la librería?, no me lo digas, incontables, ¿no? Te das cuenta lo fácil que es manipular al ser humano. Por un libro gratis pueden dedicar horas de sus vidas, horas que podían haber destinado a cualquier otra actividad que le hubiera producido más beneficios. Son débiles, entregan lo más valioso que tienen: su tiempo. Eso es lo que te he querido mostrar, Rudolf. Utiliza esa debilidad de tus semejantes para tu propio interés. ¿Quieres ser rico Rudolf? No hablo de ganar dinero como lo estás haciendo ahora. Me refiero a tener tanto dinero que podrías empapelar tu casa con billetes de mil marcos.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ja, ja, ja… yo lo sé todo, Rudolf.

—Me robas y ahora te estás riendo de mí en mi propia casa, ¡muéstrate! —dijo Rudolf encolerizado.

—Está bien, pero que irónico, ¿no?, Rudolf. Me pides salir de las tinieblas para ver mi rostro, y en cambio eres incapaz de ver la luz. En cualquier caso, aquí estoy, mírame bien —dijo Samael, encendiendo la luz de la habitación con un chasquido de los dedos de sus mano. Rudolf, al verlo se asustó y retrocedió unos pasos. Samael era realmente imponente. Tenía el cuerpo semidesnudo, los pies y las

manos cubiertas de pelo, apenas llevaba una tela rodeada a la cintura que le tapaba hasta las rodillas. Medía unos tres metros de altura y era muy musculoso. Con largos cabellos morenos y una barba que le llegaba hasta el pecho, que lo tenía tatuado con un gran dragón expulsando fuego. También llevaba tatuajes por los brazos y la cara.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Rudolf aterrado ante la visión de ese hombre, pero sobre todo porque se sentía desnudo ante él. Al igual que Azarel sabía todos sus secretos.

—Rudolf, Rudolf, Rudolf, sigues sin entender nada, yo no quiero nada de ti, solo quiero que saques esa parte de ti que está dormida y que te va a traer muchos beneficios. Estoy intentando abrirte los ojos —dijo Samael, poniendo su mano encima de su hombro. Rudolf intentó quitársela de encima, pero como si de una roca de una tonelada se tratara, no pudo ni moverla.

—Yo no necesito ver nada, estoy bien así como estoy. Los negocios van muy bien, ¿qué más quiero?

—Dime Rudolf, cada noche cuando te vas a la cama y cierras los ojos, ¿no te haces las mismas preguntas sin respuesta desde hace años?, esas cuestiones que te angustian sobre el sentido de la vida y todas esas patrañas. Vamos Rudolf, lo que te estoy ofreciendo va más allá de la moral, las ideologías e incluso del amor. Te propongo el poder. Ya has hecho avances, traicionaste tú moral, ahora debes continuar planteándote tu forma de ver la vida. Cuando encuentres esa parte de ti, cuando la explores, te aseguro que todas las dudas que te atormentan desaparecerán para siempre.

—Veté de aquí, déjame en paz, por favor y llévate tu lengua sibilina contigo —dijo Rudolf. Esas últimas palabras le habían tocado la fibra sensible. La angustia existencial que sentía cada noche al acostarse era lo que más le quitaba el sueño.

—Me marcho Rudolf, veo que de momento he terminado mi labor aquí. Piensa en lo que te he dicho, nos volveremos a ver —dijo Samael y salió de la habitación agachándose para poder pasar, las personas que aún quedaban en la librería salieron corriendo espantadas, contagiando a las decenas de personas que todavía rodeaban la librería. Samael se fue andando por medio de la calle y desapareció en el horizonte.

Rudolf, se acercó a la puerta para comprobar que se había marchado Samael y cerró la librería por dentro. Pudo apreciar que más de la mitad de los libros habían desaparecido, especialmente los de más valor. Permaneció pensativo durante varias horas sentado en el suelo. «Primero Azarel y ahora Samael, ¡qué locura!, ¿qué me está pasando? ¿Habré enloquecido? Azarel me salvó la vida y sus palabras

antes de esfumarse fueron que tenía que volver a ser el que era y que no perdiera mi esencia. En cambio, Samael, me dice que tengo que explorar una parte de mí, para poder ser feliz y dejar de angustiarme con mis dudas existenciales. Mi cabeza va a explotar», se decía en voz alta. Una vez se tranquilizó, se tumbó en el suelo boca arriba y se quedó traspuesto. Ya no podía más, cada semana había un nuevo suceso que le alteraba su rutina. Incluso pensó en vender las librerías y marcharse muy lejos de Múnich.

Pasó tres días sin salir de casa, no tenía ganas de nada. Estaba superado por todo lo que le estaba pasando desde que llegó a esa ciudad. Se sentía un poco deprimido y estaba desatendiendo sus obligaciones. No fue a la última reunión del club de lectura y Olga tuvo que pedir disculpas a los clientes con la excusa de que Rudolf, estaba enfermo. La tarde del domingo, Olga, preocupada por Rudolf, fue a su apartamento para visitarle. Aunque no deseaba recibir visitas, no podía dejar a su empleada en la puerta de su casa esperando. Le abrió la puerta. Olga le vio bastante desaliñado, iba en pijama y tenía el aspecto de no haberse duchado en varios días.

—Buenas tardes, señor Schwarz. ¿Cómo se encuentra?, no tiene buen aspecto —preguntó Olga preocupada por la impresión que se llevó al verle. No se esperaba verlo en ese estado tan deplorable.

—Hola, muchacha, estoy bien, no te preocupes, tan solo es un resfriado sin importancia. ¿Qué tal por la librería? —dijo Rudolf mintiéndole para no tener que dar más explicaciones.

—Todo va bien, no se preocupe. Cuídese a ver si el próximo martes puede acudir a la reunión del club.

—¿Le puedo ofrecer algo?, ¿un café quizá?

—Vale, un café solo sin azúcar, por favor.

—Aquí tienes Olga, y cuéntame, ¿alguna novedad reseñable en el trabajo?

—La rutina normal, las ventas van bastante bien como siempre. Aunque ahora que lo dice, sí que pasó algo un poco fuera de lo rutinario. El viernes pasado apareció un señor muy alto con el pelo blanco buscando un libro. Se trataba de *Las Uvas de la Ira* de John Steinbeck, lo conoces seguro, pero hasta ahí todo era normal, lo curioso es que estuvo todo el rato mirando a todas partes mientras le hablaba. Parecía buscar algo, estaba muy distraído y no atendía apenas a lo que le decía.

—¿Te dijo su nombre?

—No, tan solo me pidió el libro y una vez se lo encontré, lo pagó y se fue.

—Bueno sería alguien despistado…, hay muchas personas así. No te preocupes. ¿Le gusta el café?, lo compré en una tienda que lo importa directamente desde Colombia —dijo Rudolf desviando la conversación, intuía de quién se trataba el cliente al que se refería Olga.

—Sí, sí, delicioso gracias. Bueno Rudolf, me voy a marchar que tengo muchas cosas que hacer. ¡Cuídese!, espero verle pronto por la librería.

—Sí, supongo que para el martes ya estaré bien. Gracias por la visita, agradezco que se haya preocupado por mí. ¡Hasta la vista! —dijo Rudolf. No tenía ganas de visita, pero le había agradado conversar con Olga, hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por él. Tras su marcha se sintió un poco más animado. Se dio una ducha, se afeitó y bajo a la cafetería de la plaza de abajo. Todavía era media tarde y pensó en airearse un poco y salir de casa por fin, tras tres días encerrado en su palacio de cristal.

Esa tarde le recordó a la primera vez que se acercó a esa cafetería, también era domingo pero las circunstancias habían cambiado mucho. Ahora ya no desentonaba con los demás clientes. Su posición económica había mejorado sustancialmente y ya era conocido en esa parte de la ciudad. Al entrar vio a Fritz charlando con otros dos hombres. Éste le advirtió y le invitó a sentarse con ellos.

—Buenas tardes Rudolf, ¡cuánto tiempo sin vernos!, te esperaba al semana pasada. Mira, te presento a dos amigos míos. Hans Fisher, es el inspector jefe de policía de Múnich y Thomas Becker, el director de la oficina del Deutsche Bank, bueno ya os conocéis, ¿no? —dijo Fritz.

—Hola buenas tardes Fritz, encantado señor Hans. Señor Becker… —dijo Rudolf, saludando a los asistentes, mientras se acercaba una camarera para preguntarle que deseaba tomar.

—El señor Rudolf Schwarz, es un nuevo empresario. Ha comprado la librería de la viuda Zimmermann y ha ampliado el negocio recientemente con otra pequeña librería cerca de Maximiliansplatz —dijo Fritz.

—Ah, no será la librería “Aquí continua tu viaje”, esta semana hubo un gran revuelo en los alrededores. Recibimos bastantes llamadas de personas hablando de un personaje curioso que se adentró en la librería y empezó a regalar libros. Cuando informé a los policías que estaban por la zona que se acercasen, ya no había nadie. ¿Sabe usted algo Rudolf? —preguntó Hans.

—Sí fue en mi librería. Me avisó la encargada de la librería de que se había introducido un perturbado, cuando llegué ya se había marchado. Aparte de las pérdidas económicas, nada importante.

Supongo que en todas las ciudades hay personas así, ¿no inspector? —dijo Rudolf, esquivando tener que contar lo que realmente pasó allí.

—Sí, por desgracia tenemos que lidiar con más de los que nos gustaría, ja, ja, ja —dijo Hans provocando la risa de los otros tres. Hans y Thomas se marcharon dejando a Rudolf a solas con Fritz.

—Rudolf, ¿qué tal por la Selva Negra?

—Muy bien, pude descansar de la ciudad e impregnarme del aire puro de la montaña. Realmente es un bello lugar —dijo Rudolf, que se estaba acostumbrando a mentir. Demasiados extraños acontecimientos se estaban sucediendo en su vida.

—Me alegro, tengo una idea de negocio para ti, Rudolf. Ahora están en auge las empresas de trabajo temporal. La situación económica es muy buena y hay mucha demanda de mano de obra. Es un buen negocio, la inversión no es muy alta y los rendimientos son muy buenos —dijo Fritz sin andarse por las ramas.

—Fritz, es domingo, ¿no descansas del trabajo nunca?

—Para mí cualquier día es bueno para hacer negocios. Los días libres no van conmigo. Escucha atentamente, tengo un amigo holandés que quiere expandir su empresa por Alemania. Necesita inversores que quieran apostar por este modelo de negocio. Rudolf, es una empresa muy famosa a nivel europeo. Es una buenísima oportunidad de negocio. ¿Acaso no quieres ser rico?

—¡Rico!, eres la segunda persona que me lo pregunta esta semana —dijo Rudolf, acordándose de Samael.

—El próximo miércoles viene el gerente aquí a Múnich, si quieres puedo preparar una reunión con él para presentártelo y que te explique mejor el negocio. No tienes nada que perder, si no te convence la idea no estás obligado a nada, obviamente.

—Está bien Fritz, hablaré con él. ¡Cómo eres!, siempre acabas convenciéndome.

—No te arrepentirás, pasaré el miércoles por la mañana por la librería y te recojo.

—Vale Fritz, me voy para casa que se ha hecho tarde —dijo Rudolf. Esa tarde se había entretenido. Fritz aparte de ser un oportunista también era una buena compañía. Rudolf, se contagiaba de su carácter entusiasta y animado, siempre con ideas emprendedoras. Gracias a Fritz, empezó la semana con energía. Ese mismo lunes por la mañana fue temprano a la librería y estuvo todo el día preparando la sesión de lectura del día siguiente. Una serie de diez libros de autores rusos de los siglos XIX y XX. Pensó en empezar con la novela *Almas Muertas* de Nikolái Gógol. Ese libro lo leyó cuando le

expulsaron del partido y se quedó sin empleo. Volvió a releer algunos capítulos para tenerlo más fresco y así poder debatir con más criterio. Esa tarde le hacía especial ilusión. Empezar un nuevo ciclo le entusiasmaba y logró contagiar a Olga, que nunca había participado en el club de lectura de los martes, aunque tampoco tuvo que hacer grandes esfuerzos por convencerla, ya que era una apasionada de los clásicos rusos. Incluso preparó un pequeño texto para hacer la introducción. Rudolf le cedió los honores. La relación entre ambos era cada vez mejor, sobre todo por la frescura, el aire renovado que aportaba Olga a la librería y a él. Olga, que no había vivido muchas experiencias en la vida, todavía mantenía cierta inocencia que hacía que las conversaciones fluyeran tanto con los clientes como con Rudolf. Era hija única, una chica dulce, que no había carecido de nada. Todavía vivía con sus padres. Eran una familia unida y bien posicionada económicamente. Sus padres le querían mucho, pero no era una niña mimada. Para sus gastos debía trabajar, aunque a la familia no le hiciera falta, sus padres querían que supiera lo que cuesta ganar el dinero y aprendiera a no malgastarlo. Olga tenía todo lo que Rudolf había deseado desde pequeño: una familia.

La publicidad que hizo de ese segundo ciclo de lecturas tuvo efecto. Había acudido el doble de personas de lo habitual. Eso le obligó a ir a por sillas a la otra librería para poder acomodar a los numerosos asistentes. Dispuso los asientos como de costumbre en círculo, pero al presentarse tantas personas tuvieron que mover algunos muebles para poder ubicarlos a todos. Una vez todos los asistentes estaban sentados, Olga empezó su introducción del libro cuando Rudolf entraba. Se había retrasado hablando con un viandante que pasaba por delante de la librería y tenía curiosidad de saber a qué se debía ese revuelo. Rudolf, se sentó al lado de Olga, cogió su ejemplar de Nikolái Gógol y se puso a revisar unas notas que había escrito. A continuación levantó la mirada y pudo ver justo enfrente de él, al amigo de Fritz, Hans Fisher, inspector jefe de policía. Le saludó con la mirada y agachó la cabeza escuchando lo que decía Olga. Volvió a levantar la vista y quiso reconocer a todos los asistentes por si había alguna sorpresa más. Con los acontecimientos recientes se esperaba cualquier cosa. La reunión se alargó bastante, excedía de las dos horas que normalmente duraban, pero nadie parecía con prisa de acabar. Los asistentes estaban muy participativos y la sesión de lectura estaba siendo un absoluto éxito, aunque llegó el momento en que Rudolf debía dar por terminada la reunión. Había que dejarlos con ganas de más para la próxima semana.

—¿Alguien tiene algo más que aportar? o damos por terminada la reunión de hoy —dijo Rudolf, más por educación que por ganas de alargarlo más. Entonces bajó un hombre misterioso, muy alto y de

gran envergadura desde la segunda planta de la librería por la escalera de caracol que estaba al fondo y recitó un fragmento del libro.

—«*¿Quién de entre vosotros, impulsado por la humildad cristiana, se ha preguntado en silencio, sin palabras, en los momentos de conversación consigo mismo, profundizando en vuestra propia alma, si tiene algo de Chichikov*[9]*?*»

Sorprendió a casi todos, menos a Rudolf que enseguida supo quién bajaba por la escalera. «Samael», se dijo Rudolf. Y una vez se acercó al grupo, se quedó en medio de ellos y siguió hablando ante sus caras atónitas. La primera intención que tuvieron todos, fue la de salir corriendo ante ese ser de dimensiones imposibles. Sus tres metros de altura y su aspecto los dejaron aterrorizados. Pero nadie se atrevía a mover un pie de allí.

—Habéis hablado y debatido largamente sobre la vileza humana, sobre los instintos más bajos del hombre, pero habéis olvidado lo más esencial: poneros delante del espejo. ¿Acaso no formáis parte de la humanidad?, ¿os creéis moralmente superiores tan solo por ser personas que cultivan su mente? Todos sois potencialmente un asesino, un ladrón y ¿por qué no?, un ser como Chichikov —dijo Samael y sucedió algo que dejó a todos boquiabiertos, de repente una lengua de fuego salió del suelo creando un destello justo debajo de los pies de Samael que cegó a los presentes, apenas duró un segundo y cuando abrieron los ojos Samael había desaparecido sin dejar rastro. Entonces se levantaron todos y salieron corriendo hacia la puerta de salida, algunos tropezaban y al caer precipitaban a los de delante hacia el suelo. Era un caos. Tan solo Hans Fisher, el inspector jefe de policía pudo mantener la calma y ayudó a los asistentes a salir de allí de manera más o menos ordenada. Rudolf se quedó patidifuso.

Hans, se volvió hacia Rudolf que seguía sentado en el mismo sitio.

—Rudolf, ¿quién es ese hombre? No será el mismo que creó el altercado el otro día en la otra librería, ¿verdad? —dijo Hans que intuía que Rudolf sabía algo.

—Sí, es él. Pero esto…, no ha podido ser un truco de magia —dijo Rudolf con los ojos perdidos.

—¡Qué insinúas Rudolf!, ¿Acaso no has ido al teatro a ver espectáculos de magia?, el ilusionismo está en auge, no conoces a David Copperfield. ¡Vamos!…, Ese hombre es muy hábil, pero lo que más me asombra es su altura. No había visto algo igual en mi vida.

—Pero, ¿qué intención tenía?, si fuera tan hábil por qué no usar esa destreza para robar un banco por ejemplo —dijo Rudolf.

—No lo sé, pero eso es lo que voy a averiguar —dijo Hans,



saliendo a toda prisa.

12

Fritz pasó por la librería a la hora acordada para recoger a Rudolf.

—Buenos días, Rudolf. ¿Preparado? —dijo Fritz.

—Ah…Fritz, perdona, se me había olvidado la cita. No sabes el lío que se montó aquí ayer por la tarde…

—Venga, venga, ya me lo contarás por el camino. Al señor Jan de Vries, no le gusta que le hagan esperar. Por cierto hemos quedado en el mejor hotel de la ciudad. Cuando hables con él, hazle saber que estás al tanto de sus empresas y que estás muy interesado en formar parte de sus negocios —dijo Fritz, cogiendo del brazo a Rudolf.

—Pero Fritz, yo solo voy a conocerlo y ver qué propuesta tiene, las condiciones, etc. —dijo Rudolf, mientras subían al taxi que les estaba esperando en la puerta de la librería.

—Rudolf, este tren solo pasa una vez en la vida. Créeme, no te arrepentirás. Ya le he puesto en antecedentes y tiene muy buena opinión sobre ti —dijo Fritz.

—¿Qué le has dicho, Fritz?

—Nada reseñable, tan solo he endulzado un poco tu vida empresarial. No te preocupes.

Una vez llegaron al hotel, un séquito de personas les recibieron y les acompañaron al restaurante donde estaba Jan de Vries, él nunca viajaba solo y se encargaba de todos los detalles. Odiaba que le hicieran perder el tiempo.

—Buenos días Jan, le presento a Rudolf Schwarz, un hombre emprendedor con varios negocios en la ciudad —dijo Fritz. Rudolf pudo advertir la manera tan ceremoniosa con la que se dirigía a él. Parecía que estuviera saludando al mismísimo Canciller.

—Buenos día señor de Vries, es un placer conocerle —dijo Rudolf.

—Vayamos al grano señores, me esperan en un hora en el palacio de Nymphenburg. Quiero expandir mi empresa por Alemania y he pensado en Múnich para empezar. La idea es crear una franquicia de mi marca aquí, y para ello necesito un inversor local que crea y apueste por mi idea de negocio. Rudolf, ¿conoce mi empresa? ¿Sabe en qué consiste mi negocio?

—Sí claro, señor Jan, es una muy buena idea de negocio aquí en Alemania, ahora la economía se está recuperando y va a hacer falta

mucha mano de obra.

—Exacto, Rudolf. Esa es la idea. Tengo puestas muchas esperanzas en Alemania tras la reunificación. Bueno, veo que estamos de acuerdo en lo esencial. Tengo que marcharme como les dije, señores. Fritz, habla con mi secretaria, ella os pondrá en contacto con mi manager. Él os dará todos los detalles para la puesta en marcha del negocio —dijo Jan dándole la mano a ambos y saliendo a toda prisa, seguido por su séquito.

—Fritz, ¿qué quiere decir con la puesta en marcha?, yo tengo que tomar unos días para pensarlo.

—Ay Rudolf, sigues pensando como cuando estabas en la RDA. Este tren solo pasa una vez en la vida. ¿Lo vas a dejar pasar? Olvida esa forma de ver la vida comunista, que no te deja ver una oportunidad de negocio como esta. Lo tienes delante de ti y eres incapaz de verlo. Pero por suerte para ti, aquí estoy yo —dijo Fritz, que veía un filón con la entrada de las empresas de Jan en Alemania. Si salía bien la primera franquicia, luego le seguirían muchas otras y su agencia inmobiliaria sería quién se encargaría de la gestión en el alquiler de los locales.

—Pero, ¿cuánto dinero hay que invertir? No tengo los detalles —dijo Rudolf, un poco nervioso.

—No te preocupes, será mucho menos dinero que las compra de la librería. De todas maneras déjame que hable con Marc, el manager de Jan y te contaré con exactitud la operación.

—Bien, bien, venga volvamos, tengo cosas que hacer en la librería —dijo Rudolf cabizbajo y pensativo. No las tenía todas consigo de invertir en una nueva empresa, pero la contundencia con la que Fritz afirmaba que todo estaba controlado le hacía dudar de si realmente tenía razón. «Quizá mi inexperiencia con los negocios hace que no esté viendo un oportunidad tan rentable», se decía Rudolf.

Al llegar a la librería, se encontró con Hans que había vuelto con unos colegas de trabajo para investigar lo sucedido la tarde anterior.

—Buenos días Rudolf, no te importará que inspeccionemos la librería mis compañeros y yo, ¿verdad? —dijo Hans.

—No, no, hagan lo que crean necesario. Aunque usted estuvo aquí toda la tarde y lo vio todo igual que yo —dijo Rudolf, que tenía curiosidad de saber que querían encontrar.

—Estamos buscando algo que nos indique que producto químico usó para hacer ese truco de magia. Ese resplandor que nos cegó a todos ayer. A partir de ahí podemos buscar donde lo compró y abrir una línea de investigación para encontrarlo —dijo Hans.

—¿Qué cargos se le imputan? A parte del altercado la semana pasada regalando libros…

—Bueno…, le robó bastantes libros, ¿no? Debería haberlo denunciado la semana pasada, Rudolf.

—¿Sí?, se imagina usted que me acerco a la jefatura de policía y denuncio a un hombre de tres metros de altura, semidesnudo y que regala mis libros. Me hubieran tomado por loco. ¿No cree? —dijo Rudolf, aunque tampoco tenía ninguna intención de denunciarlo. Algo en el fondo de su corazón le decía que ese hombre había llegado a su vida para algo, al igual que lo hizo Azarel, al salvarle la vida en el lago Schluchsee.

—Sí, ciertamente le hubieran tomado por borracho o por trastornado. Pero una vez se recibieron numerosas llamadas avisando de que habían visto salir a un gigante, que es así como lo describían, de su librería, entonces sí que podría haberlo denunciado. ¿Por qué no lo hizo?

—No estaba al tanto de esas llamadas y la verdad es que apenas fueron unas decenas de libros. No quise darle mayor importancia. Supuse que sería un perturbado. Solo espero que no se vuelva a repetir. Le dejo con sus averiguaciones inspector —dijo Rudolf, evitando dar más detalles de la conversación que tuvo con Samael.

Rudolf tras discutir con Olga algunos detalles sobre la librería, se fue andando hacia su apartamento. Andaba cavilando sobre la reunión con Jan de Vries. «Y si todo fuera cierto. Y si Fritz tiene razón y me puedo hacer rico con esta nueva aventura empresarial. ¡Rico! Yo nunca he pensado en el dinero, pero tengo que reconocer que desde que robé el banco no me imagino estar sin blanca, ni siquiera andar con lo justo. Además las grandes ganancias de las librerías me han acostumbrado a un nivel de vida del que no me gustaría bajar. ¿Qué haría si fuera rico? Me compraría una mansión en la Selva Negra, seguro. La mejor de todas al lado del lago. Sí, eso es, con un yate en el puerto que llevaría a las costas de Italia en verano para surcar el mar mediterráneo, y ¡las islas griegas!, vaya, lo estoy pensando y sería maravilloso», pensaba Rudolf que era un enamorado de la mitología griega, cuando de pronto se topó de frente con Fritz.

—Rudolf, justo iba a verte. Ya he hablado con Marc, el encargado de la expansión de la empresa de Jan por Alemania. Tengo muy buenas noticias. La inversión inicial es tan solo de ciento cincuenta mil marcos en concepto de canon de entrada, a parte el alquiler del local. En cuanto a las condiciones de la franquicia deberás aportar un quince por ciento en concepto de royalties. Dispondrás de los beneficios de su marca tan solo por ese bajo porcentaje. ¿Qué te

parece?

—Bueno, viendo tu cara son buenas noticias, ¿no?, esa cantidad es asumible —dijo Rudolf, que era un completo ignorante en lo referente a franquicias. La noticia había llegado justo cuando se le había despertado el gusanillo por del dinero, soñando con su gran mansión.

—Genial, voy a llamar a Marc para concretar y que prepare el contrato. Tenemos que buscar un local apropiado Rudolf. Debe estar bien situado.

—Sí, claro, tu Fritz encárgate de eso, yo tengo muchas cosas en que pensar. Rudolf estaba más preocupado por la conversación que tuvo con Samael y Azarel que con detalles financieros. «¿Qué había querido decir Samael, con que todos podemos ser como Chichikov? Yo nunca podría hacer nada malo contra el prójimo. ¿O sí?», reflexionaba Rudolf, que nunca había querido hacer nada malo contra nadie, pero tampoco creyó que podría llegar a robar un banco y lo hizo. Esas dudas le angustiaban. Por fin llegó a su apartamento y pudo descansar. Se tumbó en el sofá y se quedó traspuesto.

Rudolf había perdido el control sobre su vida cotidiana. Se estaba acostumbrando a los sobresaltos y a la incertidumbre. Justo lo que menos le gustaba. Para él la rutina era como una medicina que le proporcionaba equilibrio. Nunca hubiera imaginado todas las novedades que se iba a encontrar al cruzar la frontera y dejar atrás la RDA. A veces su mente le trasportaba al pasado no tan lejano en el que la rutina de su barrio en Leipzig, las tardes infinitas en la taberna Abgrund y las charlas con sus amigachos eran una morada de lo más acogedora. En cambio, en Múnich se sentía como si la vida le estuviera poniendo a prueba. Cruzó la frontera la noche que cayó el Muro de Berlín, y en cierto modo veía como en su interior algo se estaba derrumbando también. Allí la sensación de opresión y de falta de libertad por parte del estado era patente, en cambio en la RFA, cuando más libertad sentía en toda su vida, más encerrado se encontraba. Los negocios ocupaban todo su tiempo y las apariciones de Azarel primero y Samael después habían colonizado su mente. ¿Cómo podía encontrar la paz y la tranquilidad? Se suponía que al otro lado de la frontera la vida sería de color de rosa, libertad, iniciativas empresariales y demás actividades que deberían ensanchar el espíritu y el alma. Rudolf en esos momentos, estaba como un pulpo en un garaje. El capitalismo le había atropellado sin darse cuenta. Se había olvidado de su ideología y se había sumido en una vida en la que su tiempo ya no le pertenecía. Estaba al servicio de los negocios. Como si estos hubieran tomado vida propia y fueran los dictadores de su vida. Había cambiado los dictados del estado autoritario de la RDA por unos propios que además él había creado. ¿Qué diferencia había

entre ellos, si ambos le estaban provocando la misma sensación de desasosiego? Había pasado tantos años oprimido, que al encontrar la libertad en Múnich, ¿añoraba ese sentimiento, en el que el opresor dicta los pasos a seguir, para que Rudolf, no tenga que pensar por sí mismo? ¿Y quizá para volverlo a sentir se había encerrado en sus negocios para no pensar en lo importante? En sí mismo, en sus inquietudes, deseos y miedos.

Ajeno a todas estas conjeturas que el narrador se toma la libertad de presentar, Rudolf seguía cautivo en su mundo. El trabajo y las preocupaciones eran su pan de cada día. Fritz, muy hábil, había encontrado una de los mejores locales para ubicar el nuevo negocio de Rudolf. A mayor precio, mayor comisión. Ese era el mantra de Fritz. El negocio de nuevo le iba de maravilla, ¿sería la suerte del principiante?, el caso es que se estaba enriqueciendo a marchas forzadas, casi sin quererlo. Eso sí, ese modelo de negocio era cruel con los trabajadores. Las condiciones de trabajo, el salario y los contratos que firmaban eran una autentica basura. Rudolf, sabía más o menos como funcionaba la empresa, pero había delegado todo a su encargado y demás personal. Esa forma de proceder, a un convencido hasta hacía bien poco de los postulados comunistas le debería rechinar profundamente. Esa vulneración de los derechos de los trabajadores era un suicidio de su forma de ver la vida, de sus ideales. ¿Qué fácil era defender esa ideología comunista cuando no le tocaba de lleno tomar partido sobre asuntos concretos y palpables? Rudolf era una caricatura de lo que había sido. Pero había una cosa en común con su vida en la RDA. Seguía siendo un borrego al servicio del sistema establecido. En Leipzig, entregó su vida por sus ideales comunistas y fue utilizado y pisoteado. En Múnich estaba entregando su vida a ese sistema capitalista voraz que no le permitía disponer de tiempo para parase y pensar en lo que estaba convirtiéndose su vida.

Abismo económico

13

Habían pasado tres meses desde la apertura de la franquicia. En todo ese tiempo, la vida de Rudolf, había entrado en una dinámica peligrosa para su alma. Las grandes ganancias que obtenía en su empresa de trabajo temporal en un mes suponían más del doble que el de las dos librerías juntas. Había germinado en él un sentimiento nuevo: la ambición económica. A falta de otros sentimientos que le llenasen su alma, el dinero cada vez se apoderaba más de sus pensamientos diarios. Hasta Jan había viajado a Múnich para felicitar personalmente a Rudolf por sus éxitos empresariales y concretar con él la apertura de nuevas sucursales en Stuttgart y Fráncfort. Rudolf había cambiado. Se olvidó de su viejo coche Trabant y se compró un coche de alta gama. Vestía con trajes caros y muy elegantes y empezaba a ser respetado por la alta sociedad muniquesa. Fritz, le introdujo en un círculo de empresarios que se reunían una vez al mes. No quedaba ni rastro del Rudolf que vino del este, tampoco del Rudolf dubitativo ni preocupado por el sentido de la vida. Estaba entregado a sus negocios y no había nada más. Incluso dejó de asistir al club de lectura que organizaba ya totalmente Olga. Se sentía un hombre poderoso. Una sensación nueva que le hacía sentir muy bien. Atrás quedaba Samael y Azarel. No los había vuelto a ver y el inspector Hans a falta de pruebas y de la desaparición de aquel gigante de la ciudad, archivó el caso. Los tiempos turbulentos habían acabado y Rudolf iba lanzado como un cohete hacia su sueño de comprarse una mansión en la Selva Negra.

Viajó solo a Stuttgart con su nuevo coche para reunirse con Jan. En esa ocasión, Fritz no le acompañó. Rudolf ya se sabía desenvolver bien y defender sus intereses en las reuniones con el holandés. Se había convertido en un hombre de negocios. Concretaron la apertura de las dos nuevas sucursales, mientras comieron en un buen restaurante. Por la tarde, una vez todo estaba solucionado, salió de vuelta hacia Múnich. Estaba cansado pero prefería hacer el esfuerzo para descansar en su apartamento. Paró en una gasolinera para repostar combustible e ir al servicio. Pagó y cuando se acercó al coche pudo ver que había una persona sentada en el lado del copiloto. Entonces corrió hacia el coche, miró por la ventana y vio que era Azarel el que estaba allí, sin decir nada tan solo miraba al frente. Rudolf, agitado, golpeó la ventana para que se diera la vuelta. Azarel se giró y con un gesto de la cabeza le indicó que entrara en el coche.

—¿Qué haces aquí? —dijo Rudolf sorprendido de la presencia de

Azarel. Ya había pasado mucho tiempo desde su último encuentro.

—Hola Rudolf, me alegro de verte. Yo siempre estoy “aquí”. La única diferencia es que a veces me obligas a hacerme corpóreo para poder explicarte en persona lo que eres incapaz de ver en tu interior. Estás tan cegado por el dinero que ni mis señales ni mis mensajes te llegan. Antes al menos te hacías preguntas en la soledad de la noche, pero ahora ni siquiera eso —dijo Azarel. Rudolf, tras escuchar a Azarel, se quedó mudo.

—¿Qué eres Azarel?, ¿una especie de ángel de la guarda? —dijo Rudolf, tras salir del aturdimiento en que se encontraba.

—Rudolf, no se trata de quién soy yo. Se trata de quién eres tú. No te reconozco. ¿En qué te has convertido? ¿Dónde está esa persona que creía en la justicia social para los trabajadores?, ese que odiaba a los terratenientes, a los explotadores de la clase obrera. ¿Dónde está ese alma caritativa que ayudaba a sus conciudadanos en su humilde barrio de Leipzig?

—En mi vida no me he sentido mejor que ahora. No tengo preocupaciones y cuando me voy a dormir, sí, en la soledad de la noche ya no escucho esas preguntas insoportables sobre el sentido de la vida que me hacían sufrir. ¿Acaso quieres que me siga atormentando con preguntas que no tienen respuesta?

—No Rudolf, yo no quiero que te atormentes, pero tampoco puedes obviar tu esencia, eres un privilegiado, muchas personas no se hacen esas preguntas en toda su vida. Para ellos su paso por esta vida está más en el plano terrenal, pero tú eres diferente. Has estado rehuyendo y lo sigues haciendo. Tienes miedo, esas cuestiones te asustan y por eso las rechazas, pero te traigo una buena noticia: cada pregunta que te haces es una respuesta en sí misma. Solo tienes que abrir tu mente y darte cuenta. Todos esos interrogantes no se te presentan para enloquecerte y para que halles una respuesta de manera ansiosa, sino para todo lo contrario, para que te plantees las cosas —dijo Azarel, mientras el trabajador de la gasolinera le apremiaba a Rudolf para que se marchase de allí. Estaba ocupando el surtidor de gasolina. Arrancó y aparcó unos metros más adelante.

—¿Quién eres tú para decirme lo que yo tengo o no tengo que hacer? —dijo Rudolf, que se estaba empezando a cansar de esa conversación.

—No existe el “tú” ni el “yo”. Somos lo mismo. Como te he dicho antes siempre estoy donde tú estás porque estamos hechos de la misma pasta. Formamos parte de un todo, indivisible. ¿Entiendes?

—Pero, tú me salvaste la vida en el lago, ¿de qué hablas?

—Fuiste tú. Tu fuerza interior fue la que te salvó. Esa que te está hablando ahora mismo.

—Tú estuviste en el club de lectura, me pusiste una nota en el hueco de la estantería. Había mucha gente que te pudo ver.

—¿Estás seguro de que la gente me vio? ¿Acaso hablé con alguno de ellos? Despierta Rudolf, se trata de tu vida, no la desaproveches. Busca lo que siempre has deseado.

—Vale, esto es demasiado. Bájate ahora mismo de mi coche —dijo Rudolf completamente fuera de sí. Se puso las manos en la cara tapándose los ojos, estaba desquiciado. Tras unos segundos, levantó la mirada, se giró para repetirle que se marchara, pero ya no había ni rastro de Azarel. De nuevo había desaparecido misteriosamente. Rudolf, ya estaba acostumbrado a esa forma de actuar de Azarel. No le preocupaba que fuera un ángel o un fantasma. Lo que realmente le preocupaba era que cada vez que aparecía le hacía plantearse toda su vida. Y ahora que había encontrado una estabilidad, no quería que nada ni nadie le molestase. Su mundo de nuevo se volvía a tambalear. Arrancó y condujo a gran velocidad hasta Múnich. En armonía con el motor de su coche, su mente iba a mil revoluciones. Los pensamientos se sucedían sin cesar, entonces se le pasó una idea que podía poner luz ante tanta oscuridad. «¡Hans!, el inspector jefe, eso es, iré a visitarle. En la base de datos de la policía saldrán todas las personas con ese nombre. Azarel no es un nombre corriente, así que será fácil dar con él», pensaba Rudolf.

Llegó a Múnich y fue directo a la jefatura de policía, entró y preguntó por Hans gritando como un poseído. Tenía la cara desencajada. Los policías que le recibieron pensaron que era un chiflado o un borracho que quería vengarse de Hans por alguna causa. Lo esposaron y lo llevaron hacia el calabozo hasta que se tranquilizase.

—Soy amigo de Hans, deben creerme, es de vital importancia que hable con él —dijo Rudolf exasperado.

—Sí, señor, no se preocupe, cuando se tranquilice volveremos a hablar con usted —dijo el policía metiéndolo en el calabozo. Rudolf, golpeaba la puerta con todas sus fuerzas, haciendo más evidente su enajenación transitoria a los ojos de los policías. Después de un par de horas, llegó Hans a la jefatura.

—¿Alguna novedad, esta tarde? —preguntó Hans a sus compañeros.

—Sí, Hans, entró un hombre esta tarde preguntando por usted, más bien gritando su nombre y diciendo que era de vital importancia que hablase con usted, parecía un loco —dijo uno de sus compañeros

de trabajo.

—¿Y bien?, ¿dónde está ese hombre?

—Lo hemos metido en el calabozo, señor.

—Está bien, vamos a ver de quién se trata —dijo Hans dirigiéndose al sótano donde se encontraba el calabozo. Al llegar, vio a Rudolf, tumbado en el suelo boca arriba mirando al techo.

—Rudolf…

—Sí, Hans, sácame de aquí. Ha habido un malentendido. Yo quería hablar con usted sobre un asunto muy importante, pero sus compañeros me tomaron por un perturbado.

—¿Qué pasa?, ¿qué es eso tan urgente? —preguntó Hans abriéndole la puerta y dejándolo salir.

—Necesito que busques en la base de datos de la policía el nombre de una persona —dijo Rudolf, que seguía muy alterado.

—Pero, ¿ha cometido algún delito?

—No exactamente.

—A ver, Rudolf, habla claramente, yo no puedo ir buscando nombres privados porque una persona, seas tú u otra, venga con sospechas —dijo Hans.

—Bueno, voy a abrir dos nuevos negocios en Alemania y necesito saber si esa persona es de fiar. Tan solo es eso.

—¿Y para eso has montado tanto revuelo? Eso no es una emergencia. La policía no estamos para estas cosas, Rudolf.

—Lo entiendo, y de verdad siento mucho haber asustado a tus compañeros. Te lo pido como un favor —dijo Rudolf un poco más sereno.

—Bueno, está bien, te haré el favor, pero no me pidas nada más. ¿Cómo se llama esa persona?

—Azarel.

—Azarel, ¿qué más?, ¿no tiene apellidos? —preguntó Hans.

—No sé más sobre él. Pensé que no habría muchos hombres con ese nombre aquí en Alemania.

—Bien, vamos a probar…No hay ninguna persona con ese nombre en nuestra base de datos —dijo Hans tras introducir el nombre en el ordenador.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro, Rudolf.

—Está bien, gracias. Ah, ya que estoy aquí, puedes buscar también el nombre de Samael, no sé sus apellidos tampoco. Es su socio…

—Uf, Rudolf, estoy cansado de todo el día y quiero irme a mi casa. A ver… Samael… , tampoco hay nadie con ese nombre. ¿Pero con qué tipo de personas tratas?

—Vale, gracias Hans por tu tiempo, me marcho, no te molesto más —dijo Rudolf, saliendo de allí a gran velocidad. Hans se quedó sorprendido por la reacción de Rudolf, pero ese día ya no daba para más y no pensó más en ello. «Bueno, serán extranjeros de paso y por eso no salen en sus bases de datos», pensaba Rudolf, mientras volvía al aparcamiento a recoger su coche. El día había sido muy largo y necesitaba descansar por fin.

Rudolf seguía sin reaccionar, al día siguiente se levantó y como si el reparador sueño le hubiera transportado en el tiempo hacia el pasado, hizo como que el encuentro con Azarel del día anterior no había existido. No quería que nada entorpeciera su nueva vida de empresario de éxito, en la que se estaba haciendo muy rico.

En los siguientes meses, a las dos aperturas en Stuttgart y Fráncfort, le siguieron otras tantas por todo el país. En el periodo de dos años se hizo con un imperio. Su empresa gestionaba más de cien empresas en toda Alemania. Sus activos tuvieron un ascenso meteórico. Entró entre las cincuenta empresas con mayor rentabilidad del año 1992. Fue nombrado empresario del año. Hasta el propio Ministro de Economía de Alemania, Jürgen Möllemann le recibió en el edificio del Reichstag en Berlín, para felicitarle por sus logros y para proponerle formar parte en su partido, el Partido Democrático Libre (FDP). Estaba en una nube. «Hombre del año y ¿entrar en política?», pensaba Rudolf. Había conseguido su objetivo, aunque declinó la oferta del ministro de economía. La política era demasiado para él. Por fin podía comprarse su mansión soñada en la Selva Negra y cumplir todos sus sueños de viajar en su flamante yate por las islas griegas.

El pequeño pueblo de Schluch se enorgullecía de tener un nuevo habitante, pero no era uno cualquiera. Se trataba el señor Rudolf Schwarz, uno de los más grandes empresarios del país. El alcalde de la localidad le recibió con los brazos abiertos cuando se presentó dos años atrás para pedir un permiso para la construcción de su mansión a orillas del lago Schluch. No solo por lo que suponía tener a una celebridad como él allí, como vecino, sino también por el trabajo que iba a generar en el pueblo.

Las obras empezaron a finales de 1992 y terminaron en mayo de 1994. Rudolf, llevaba apenas dos meses residiendo en su mansión. Casi no salía a pasear o a darse una vuelta con su enorme yate que tenía aparcado en el puerto. Su empresa había crecido tanto que aunque había delegado muchas de las decisiones, su agenda echaba humo. Las obligaciones le ocupaban casi todo el tiempo. Vivía solo y estresado al servicio del monstruo empresarial que había creado. Él no era consciente de ello, tan solo se dejaba llevar por los acontecimientos, como había hecho toda su vida.

Las apariciones de Azarel, apenas habían tenido una repercusión significativa en su vida. En cambio, se acordaba de lo que le había dicho Samael aquella tarde: "¿No quieres ser rico?, Rudolf". Su vida estaba en una inercia imparable de crear cada vez más negocios y ganar más dinero, pero una mañana de noviembre un hecho aparentemente insignificante iba a acabar teniendo más relevancia que todas las conversaciones que tuvo con Azarel.

Todo empezó con una llamada de Jan de Vries a su mansión en Schluch. La conversación duró escasamente dos minutos en los que el dueño de la empresa matriz le dictó una nueva política a seguir por la empresas de su marca. Se trataba de reducir el horario disponible para la comida de los trabajadores. Los asesores de Jan, le habían aconsejado que reduciendo en media hora el tiempo dedicado a la comida de los trabajadores, el grupo empresarial aumentaría un dos por ciento la rentabilidad a final del año. De modo que Rudolf debía aplicar la nueva normativa sin demora en todas sus empresas. Rudolf, que ya había abandonado sus ideales hacía varios años, era insensible a esa nueva forma de tratar a los trabajadores de la empresa, es más, veía más beneficios y aplaudió la decisión de Jan.

Sus trabajadores no tardaron mucho tiempo en quejarse a sus superiores por esa medida injusta e inhumana. Reducir el tiempo

destinado a comer en media hora no era de recibo y empezaron a tomar cartas en el asunto. La primera medida fue denunciarlo a la Federación Alemana de Sindicatos (DGB). Posteriormente los trabajadores de la empresa organizaron pequeñas manifestaciones en contra de esa medida. Tan solo decenas de personas que no tenían mucho que perder se manifestaban delante de algunas empresas con pancartas. Solían ser trabajadores con peores contratos, y que no temían por la pérdida de su empleo. La falta de unidad entre los trabajadores hacía que no tuvieran éxito y la medida seguía en vigor. Pero un detalle lo cambió todo. En octubre de ese año 1994 había elecciones federales en Alemania para elegir a los miembros del Bundestag, y el Partido Comunista de Alemania que se había fundado cuatro años antes tras la reunificación, veía en ese asunto una piedra desde la que edificar un argumento para conseguir votos de la izquierda y extrema izquierda. Así que, si llevaba ese asunto al sentir de la calle podría salir muy beneficiado. El partido se erigió abanderado de esa causa en contra de la gran empresa de Rudolf y organizó manifestaciones por toda Alemania. La prensa se hizo eco de las protestas en la calle y el caso se elevó a la opinión pública. Jan no vio venir ese imprevisto. Pensaba que los trabajadores tragarían como tantas otras veces, pero no fue así, y ahora se encontraba con una patata caliente. Si decidía dar marcha atrás en su medida daría un mensaje de debilidad, no solo ante sus propios empleados sino, y lo más importante, frente a sus clientes. No hay que olvidar que las empresas de Jan y Rudolf eran empresas de trabajo temporal y los contratos que ofrecían a los candidatos seleccionados que trabajaban para sus clientes eran básicamente basura. Pero, por otro lado, si seguía adelante con esas medidas inmorales, su marca se podía ver perjudicada por la gran repercusión que estaba alcanzando en los medios de comunicación. A todo ello, había que sumar la animadversión que tenía Jan a los comunistas en general y al Partido Comunista de Alemania en particular. Jan, ante esa encrucijada, hizo una llamada telefónica a Rudolf para hablar sobre el asunto.

—Buenos días, Rudolf. Las protestas promovidas por el Partido Comunista de Alemania, frente a nuestras empresas, cada vez son más numerosas, sobre todo allí en Alemania. He recibido decenas de llamadas de los medios de comunicación. Quieren una entrevista para despellejarme. ¡Esas sanguijuelas son insaciables! ¿Qué crees tú que deberíamos hacer? ¿Darles lo que quieren?

—¡Eso nunca!, Jan. Si consiguen esta pequeña victoria, no pararán, querrán cada vez más derechos y al final nuestro modelo de negocio será inviable —dijo Rudolf.

—Pero, ¿entonces?, seguir igual sin hacer nada nos está

destruyendo también. La marca de la empresa se está viendo dañada —dijo Jan, que estaba bastante inquieto.

—Lo que haremos será devolverles la media hora de la comida para silenciar las protestas y las críticas de los medios de comunicación, pero alargaremos la jornada laboral media hora por razones de baja productividad o algo que se nos ocurra —dijo Rudolf.

—Pero eso puede volverse en contra nuestra.

—No te preocupes Jan, en el contrato hay un apartado al final en el que se especifica claramente que en cualquier momento la empresa podrá extender la jornada laboral por causas de la producción.

—Rudolf, pero eso es ilegal. Si no les pagamos el tiempo extra será mucho peor. Los sindicatos se nos echarán encima.

—No te preocupes Jan, cuando les demos lo que quieren, el Partido Comunista habrá obtenido su victoria que es lo que quiere para ganar votantes en las próximas elecciones. Luego se olvidará de nosotros. Y las hienas de los periodistas pondrán la atención en otra presa. Yo mismo saldré a dar una rueda de prensa para anunciarlo —dijo Rudolf muy seguro de sí mismo. Jan, aunque no las tenía todas consigo vio cierta lógica en la propuesta de Rudolf, quien nada más colgar el teléfono, no perdió ni un minuto en llamar a Fritz para que le organizase una rueda de prensa esa misma tarde en Friburgo de Brisgovia, la capital de la Selva Negra. No tuvo problemas en conseguir reunir a los periodistas de varios medios de comunicación, sobre todo a los que tenían más tendencia hacia la izquierda política. La rueda de prensa tendría lugar en la sala de actos en de la Universidad de Friburgo, ese detalle lo eligió personalmente Rudolf, porque quería dar un golpe de efecto. Era un acto simbólico de acercamiento a los jóvenes que eran los que más estaban promoviendo las manifestaciones. Al llegar a la universidad, los estudiantes que le reconocieron empezaron a abuchearle, pero él no se inmutó. Entró en la sala de actos. Habían acudido muchos más periodistas de los que había previsto y multitud de estudiantes que se habían enterado abarrotaban la sala, incluso en los pasillos aledaños a ésta había mucha gente expectante. Rudolf ante tal afluencia de personas intentó mantener la calma y leer la nota que se había preparado.

—Muy buenas tardes, muchas gracias por vuestra asistencia. El motivo de esta rueda de prensa es anunciar la decisión que ha tomado la dirección de la empresa respecto a la medida tan polémica de reducir en media hora el tiempo destinado para la comida de nuestros trabajadores. Primero quiero aclarar que hemos sido víctimas del Partido Comunista, que ha tomado como suya propia la causa en contra de nuestra empresa y ha movilizado a muchas personas con

acusaciones falsas de todo tipo. Bien, una vez dicho esto, lo que realmente vengo a anunciar es la decisión de cancelar la medida vigente y volver al horario anterior, es decir queda anulada la reducción del tiempo de descanso destinado a la comida. Estoy a disposición de lo que quieran preguntar —dijo Rudolf.

—Buenas tardes, Adolf, del periódico Junge Welt, me gustaría que aclarara qué le ha llevado a la dirección de la empresa a tomar esa decisión que tanto ha defendido en las últimas semanas y ¿por qué ahora?, gracias.

—Muchas gracias Adolf, me alegro de que me haga esa pregunta, porque sé que para los dirigentes de su periódico y sus lectores de "izquierdas" resultará poco creíble, pero la única causa del cambio de opinión ha sido por humanidad. Tras una larga reflexión, nos hemos dado cuenta del error que habíamos cometido.

—Buenas tardes, Dominik, del periódico Neues Deuschland, entenderá que es difícil de creer que después de salir el señor Jan de Vries en televisión ratificando la medida hace tan solo tres días, hayan tenido una epifanía moral y hayan visto la luz. ¿Habrá sanciones o despidos para los trabajadores que han participado en las manifestaciones?

—Repito Dominik, sé que les va a costar entender nuestra decisión, pero como comprenderá tenemos mejores cosas que hacer que intentar convencerles de nuestras motivaciones. Respecto a su pregunta, la dirección de la empresa no tomará represalias de ningún tipo contra los manifestantes. ¿Alguna pregunta más? –dijo Rudolf, y ante el silencio de los asistentes salió del salón de actos de la universidad entre gritos de alegría y aplausos de los estudiantes que habían acudido. Cuando pasaba por los pasillos hacia la salida, una muchedumbre le rodeaba silbándole e insultándole. Rudolf, se mantuvo sereno y una vez subido a su coche se marchó a su mansión. Nada más llegar, telefoneó a Jan para darle los detalles de la rueda de prensa. Rudolf, se quedó satisfecho con su comparecencia y estaba convencido de que había actuado de la mejor manera posible para solucionar esa crisis. Jan también lo valoró positivamente y por fin pudo respirar tranquilo. La presión de los medios de comunicación desapareció, y el Partido Comunista de Alemania se puso la medalla por esa victoria contra la patronal.

La vida volvía a la normalidad, menos para los trabajadores de la empresa que terminaban media hora más tarde cada día por “motivos de producción”.

Tras esas semanas tan tensas, Rudolf decidió tomarse unas semanas de vacaciones en las costas italianas y estrenar su lujoso yate con el que recorrería las islas griegas, su gran sueño. Salió junto con el servicio que había contratado para su mansión, compuesto por cocineros, mayordomo y sirvientes. Los jardineros se quedaron cuidando del majestuoso jardín que había alrededor de la mansión, diseñado por uno de los mejores paisajistas de Alemania.

Su destino era el puerto de Bari, al sur de Italia, desde allí empezaría su ruta por las islas griegas. Cogieron él y su séquito un vuelo de avión que les llevó al aeropuerto de Bari. El yate lo había mandado llevar días atrás en un transporte especial en góndola para que estuviera a punto cuando arribasen. El capitán de origen italiano, que contrató para ese viaje, les estaba esperando en el puerto como habían acordado. Rudolf, estaba muy emocionado con ese viaje. Era el momento de disfrutar y de celebrar todos sus éxitos económicos. Llegaron entrada la noche y durmieron en el yate que estaba amarrado en el puerto. La mañana siguiente, Rudolf se levantó antes de que amaneciera, la excitación por el viaje no le dejaba dormir más. Subió al puente de mando y se encontró con el capitán que había llegado muy temprano y estaba esperando órdenes. Todo estaba preparado, solo faltaba zarpar. Se dirigieron hacia Corfú, desde allí partirían hacia las islas Cícladas donde visitarían varias de ellas y después llegarían hasta la isla de Rodas, cerca de las costas Turcas. Eso sería la mitad del viaje, luego harían el camino de vuelta, pasando por Creta y terminado la travesía visitando la isla de Sicilia.

El primer día de viaje estaba siendo magnífico, el tiempo acompañaba y el ánimo de Rudolf era muy bueno, aunque no paraba de darle vueltas a la decisión que tomó. Empezaba a tener dudas de si habría nuevas protestas de los trabajadores por el alargue de la jornada laboral. Pero se dio cuenta de que esas preocupaciones eran fruto de la excitación por el viaje y pronto dejó apartados de su mente esos pensamientos. Quería que todo fuera perfecto. Pasaron por Corfú y siguieron su camino, en cada isla a la que arribaban se quedaban varios días visitando los lugares típicos y disfrutando de la gastronomía griega en los mejores restaurantes. La comida griega era

una debilidad para Rudolf. Pasaron por las islas de Mykonos, Santorini y por fin llegaron a la isla de Rodas. Entraron al puerto entre los dos grandes pilares que marcaban la entrada. Cada uno de ellos estaba coronado por la estatua de un ciervo, donde en el pasado muy lejano erguían las piernas del Gigante de Rodas, una enorme estatua del Dios griego Helios, el Dios del Sol.

Rudolf, decidió pasar unos días allí. Estaba un poco cansado de navegar y esa isla le había parecido especial, aunque aún no sabía la razón. La ciudad ofrecía muchos encantos, pero lo que más le llamó la atención a Rudolf, fue el palacio del Gran Maestre de los Caballeros de Rodas, que era una espectacular fortaleza en lo alto de la ciudad medieval de Rodas. Planeó hacer una visita al palacio la mañana del día siguiente.

Rudolf en el desayuno le comentó al capitán, el plan que tenía para ese día y éste se ofreció para acompañarle y hacer de guía. Había visitado ese palacio varias veces y nunca se cansaba de verlo. Salieron del puerto a pie bien temprano para aprovechar el día, también tenían pensado ir a ver el centro antiguo y hacer algunas compras. Fueron subiendo por unas calles empinadas hasta llegar a los jardines exteriores del palacio. Se quedaron un rato disfrutando de los árboles, arbustos, pero sobre todo de las flores de lavanda que inundaban varios parterres y tras reemprender el paso llegaron a la puerta principal del palacio. Había una gran cantidad de turistas y tuvieron que esperar un buen rato para poder acceder. Una vez dentro se encontraron con unas largas escaleras que llevaban al primer piso. El capitán se encontró con un antiguo compañero de trabajo y se quedó conversando con él. Rudolf, al verle tan absorto en la conversación, le hizo una señal al capitán indicándole que él seguía subiendo y ya se encontrarían luego. Tras numerosos escalones alcanzó el primer piso y entró en una sala con mosaicos en el suelo que denotaban lo especial de ese lugar. Permaneció parado observándolos durante unos segundos. Pudo advertir que se encontraba solo en la sala, algo extraño, ya que había visto muchas personas desde que entró al palacio, en cambio en esa estancia no había nadie más. Levantó la mirada y siguió andando. Se adentró en otra estancia en la que había numerosas personas mirando un grupo escultórico, compuesto por tres figuras humanas: un hombre y dos niños con dos serpientes estrangulándoles. Rudolf, se acercó para verla mejor. Conforme se iba aproximando, las personas que la estaban observando se iban marchando de allí, hasta que pudo ver solamente a un individuo que estaba sentado enfrente de aquella majestuosa obra de arte. Rudolf, se situó detrás de él a un lado. Ese hombre le parecía un monje, iba muy tapado, llevaba una túnica negra con una capucha que tan solo dejaba ver la parte baja de la cara.

—Preciosa escultura, ¿verdad? —dijo aquel hombre.

—Sí lo es —dijo Rudolf.

—Representa la agonía de un padre y sus hijos ante la muerte. En la mitología griega la ira de los dioses cae sobre Laocoonte y sus hijos, éstos, les envían dos grandes serpientes a sus dos vástagos y el padre al intentar salvarlos muere con ellos en una muerte lenta y angustiosa. Según dice la leyenda, Laocoonte era un sacerdote del templo de Apolo que tuvo la intuición de que el caballo de Troya era una trampa tendida por los griegos aqueos. Avisó a los troyanos, pero éstos no le creyeron, incluso llegó a clavar una lanza en el caballo de Troya. Odiseo, rey de Ítaca que estaba en guerra con Troya, logró convencer mediante su primo Sinon al mismo rey de Troya de que se trataba de una imagen sagrada de Atenea —dijo aquel hombre.

—¡Qué crueldad! —dijo Rudolf que aunque conocía esa escultura y sabía perfectamente esa historia, prefirió dar a entender que era su primera vez ante esa maravilla, para mantener una conversación con ese hombre.

—Sí, intentó ayudar a los suyos y tuvo como resultado una muerte horrible viendo como sus hijos morían sin poder salvarlos tampoco a ellos. Esta escultura es como un espejo, a cada persona le envía un mensaje diferente en función de las preocupaciones que tenga o la batalla que este lidiando en su interior en ese momento ¿Qué mensaje te envía a ti? —dijo el hombre girando la cabeza hacia él.

—A veces tomar acciones que crees que son buenas para uno mismo y para los demás te acarrea problemas serios —dijo Rudolf mirando a ese desconocido, pero apenas podía ver sus labios moverse cuando hablaba.

—Fíjate, mataron al mensajero. En cambio los que construyeron el caballo de madera que era una trampa, mintieron y engañaron al Rey de Troya, salieron victoriosos. ¡Qué ironía!, ¿no crees?

—Bueno al final era una guerra, y en la guerra todo vale —dijo Rudolf.

—Sí, pero no te quedes en la superficialidad. El hecho es que los que engañaron consiguieron su objetivo y el que quiso desenmascarar el engaño acabó perdiendo la vida de sus dos hijos y la suya propia. Haz el mal y todo irá bien. Haz el bien y todo irá mal.

—Eso es una manera un poco retorcida de verlo, ¿no crees? —dijo Rudolf con una media sonrisa.

—Ya te dije que enfrente de esta escultura, cada uno ve lo que quiere ver —dijo el hombre. Entonces Rudolf, pensó que se había distraído mucho tiempo y se acordó del capitán. Se despidió de él, que

seguía sentado en el suelo y se fue a buscar a su compañero de viaje. Bajó la larga escalinata y lo encontró en el mismo sitio, todavía hablando con la misma persona.

—Perdona Rudolf, hacía mucho tiempo que no nos veíamos y nos hemos puesto al día —dijo el capitán despidiéndose de su antiguo compañero.

—No te preocupes, he estado viendo la escultura de Laocoonte y sus hijos.

—Ah, te habrá gustado, ¿no?, es una auténtica obra de arte.

—Sí…, pero me ha dejado un poco inquieto —dijo Rudolf.

—¿Por qué?.

—Nada, nada, cosas mías sin importancia supongo… —dijo Rudolf, ensimismado en sus pensamientos. Le seguía dando vueltas a las últimas frases que dijo aquel extraño hombre que parecía un monje. “Haz el mal y todo irá bien. Haz el bien y todo irá mal”. Terminaron de visitar el palacio y se dirigieron hacia la plaza de Hipócrates en el casco antiguo. Allí hicieron algunas compras y pudieron cambiar marcos alemanes por dracmas, que se les estaban agotando.

Pasaron varios días más en Rodas y después marcharon en dirección a Creta, la isla griega más grande. Tras varias horas de viaje con un mar tan embravecido, que parecía agitado por el mismo Poseidón, por fin llegaron al puerto de Heraclión, la capital de Creta. Se respiraba un ambiente diferente al de las otras islas que habían visitado. Había mucho más movimiento de personas y mercancías por el puerto, amén de la gran cantidad de turistas que inundaban sus calles y restaurantes. No en vano era agosto y la ciudad estaba en sus semanas más concurridas de la temporada turística. Rudolf, ordenó al servicio que prepararan una maleta con lo necesario para pasar unos días en el mejor hotel de la ciudad. Quería variar un poco, y dormir en suelo firme, sobre todo después de las últimas tres horas que se había mareado bastante. Aunque no mentía cuando les dijo eso al personal de servicio y al capitán, realmente lo que quería era estar solo. Desde que salieron de Schulch, no había disfrutado de la soledad. Bajó del barco con su maleta en la mano. Se notaba que era una persona distinguida, la gente se le quedó mirando cuando bajó del yate. Llevaba un traje blanco impecable y un sombrero estilo panamá. Era cerca de mediodía y hacía mucho calor. Rudolf, poco acostumbrado a ese clima se apresuró a llegar al hotel. Una vez se acomodó en la habitación, bajó al restaurante. Tenía mucha hambre y disfrutó de una de las numerosas delicias gastronómicas de la cocina cretense, *Kleftiko,* carne de cabrito especiada y asada al horno.

—¡Excelente!, este plato está delicioso —exclamó Rudolf con una espontaneidad que le sorprendió hasta a él. Era un hombre reservado, pero no había probado una carne igual en su vida.

—Muchas gracias, señor —dijo uno de los camareros. —Lo hacemos en el horno a muy baja temperatura para que la carne quede así de tierna.

—Pero, aparte de eso tendrá algún secreto más, supongo —añadió Rudolf.

—Bueno señor, eso no se lo podemos contar, es secreto de la cocinera… —dijo riéndose el camarero.

—Entiendo, no se preocupe, por cierto, me podría aconsejar alguna excursión para mañana. Me gustaría conocer algún lugar de esos que no puedo irme de Heraclión sin visitar —dijo Rudolf.

—Claro, bueno hay muchos, pero no deje de ir al palacio de Knossos. Está a unos cinco kilómetros de aquí. Le gustará. En cualquier momento, diríjase a la recepción del hotel y allí tendrán el placer de indicarle como llegar —dijo el camarero. Rudolf agradeció la recomendación y tras terminar de comer, subió a su habitación a descansar.

A la mañana siguiente, se despertó muy animado. Tenía ganas de una buena excursión y sobre todo, el hecho de ir solo le parecía más atractivo. No es que le molestase la compañía del capitán, pero echaba de menos estar solo y hacer las cosas a su ritmo sin tener que esperar o ser esperado por otra persona. Cogió un taxi que le llevó en apenas cinco minutos al palacio de Knossos. Tuvo suerte porque justo cuando llegó iba a empezar una ruta guiada en idioma alemán y se apuntó sin dudarlo. El guía, era un nativo cretense de mediana edad que había emigrado a Alemania de joven a trabajar y hablaba bastante bien su idioma. Rudolf, escuchaba muy atento las explicaciones. «El palacio de Knossos es el mejor ejemplo de la arquitectura palacial Minoica. Fue edificado entre 1600 y 1480 A.C y consta de unas mil quinientas habitaciones en sus diecisiete mil cuatrocientos metros cuadrados construidos. El artífice de su estado actual es el arqueólogo Sir Arthur John Evans quien inició sus trabajos en 1900, considerando que se trataba de la residencia del Rey Minos…», decía el guía. Rudolf, escuchaba tan interesado como un colegial al que le iban a hacer una examen después sobre ello. Y el guía continuaba explicando, «Minos fue uno de los hijos de Zeus y se convirtió en Rey de Creta, un día le pidió a Poseidón que le trajera un toro divino para sacrificarlo, pero al ver la belleza de aquel toro, Minos decidió quedárselo y sacrificar otro. Poseidón se enfadó, y como venganza hizo que Pasífae, esposa del Rey Minos, sintiera una gran pasión por el toro, fruto de la cual

nació el minotauro, un monstruo con cuerpo humano y cabeza de toro que a medida que crecía se hacía más salvaje. Era un depredador de hombres, tan solo se alimentaba de carne humana, así que hubo que tomar medidas para mantenerlo a raya. El Rey Minos le pidió a Dédalo que crease un laberinto del que el minotauro nunca pudiese salir, y allí quedó encerrado. Por entonces, Minos atacó a la debilitada Atenas y una vez aplastados, el Rey Egeo y el príncipe Teseo, tuvieron que rendirse y aceptar las humillantes condiciones que puso el Rey Minos: los atenienses debían sacrificar a uno de los suyos para alimentar cada luna llena al minotauro. Teseo se ofreció a ser el primero en morir, su padre el Rey Egeo, le despidió con el temor de estar enviándole a una muerte segura, ya que derrotar al minotauro parecía misión imposible. Pero Dédalo, arrepentido por el asesinato de Talos, se ofreció para ayudar a Teseo, y redimir su traición a Atenas. Le dio por medio de la princesa Ariadna, que estaba locamente enamorada de Teseo, una espada y un ovillo de lana para que pudiera volver una vez hubiera matado al minotauro».

Rudolf, que era un amante de la mitología griega ya conocía el mito del minotauro, pero escucharlo allí, en el mismo palacio de Knossos, le dejó fascinado. Cuando el guía terminó con su explicación, les permitió caminar libremente entre las ruinas. Rudolf, que estaba un poco cansado se sentó en una especie de banco de piedra entre unas columnas y permaneció allí reflexionando sobre lo que había escuchado. Al rato de estar sentado, se acercó un anciano.

—Hola buenos días, señor, ¿puedo sentarme a su lado? —dijo el anciano, que parecía agotado por el calor extremo que estaba haciendo ese día.

—Por supuesto, señor, siéntese. Usted no es alemán, ¿verdad?, pero habla bastante bien mi idioma —dijo Rudolf, arrimándose más hacia el borde de ese pequeño banco para dejar espacio al anciano.

—Sí…, lo hablo mucho mejor de lo que hubiera deseado hacerlo. Tuve que aprenderlo por necesidad —dijo el anciano.

—Por qué dice eso, ¿acaso le obligaron a aprender nuestro idioma?

—No, no…, bueno, no le quiero aburrir con las historias de un pobre viejo.

—No me aburre, además tengo tiempo para escucharle, no se preocupe —dijo Rudolf.

—Está bien, le contaré mi vida. Durante la ocupación alemana de Salónica, los nazis nos confinaron a los judíos en guetos, nos marcaron como a reses con una estrella amarilla en la ropa, saquearon nuestras sinagogas, cerraron nuestros periódicos e incluso demolieron nuestro

cementerio judío. El 11 de julio de 1942, un día del que habrá oído hablar, le llamaron “Black Sabbath”, ese día nos llevaron a la plaza Eleftherias y nos obligaron a punta de pistola a realizar actividades físicas humillantes. Un año después me mandaron junto con unos cincuenta mil compatriotas judíos a Auschwitz. Allí aprendí alemán a marchas forzadas. Yo tuve suerte, fui de los pocos que se pudo salvar.

—Vaya, siento mucho lo que ha tenido que vivir. Es usted un auténtico superviviente —dijo Rudolf poniéndole la mano en el hombro con un gesto de paternalismo, como si a esa persona le hubiera tocado vivir una vida terrible muy lejos de la buena vida que él estaba disfrutando.

—Gracias, pero ya han pasado muchos años, casi cincuenta ya…, por cierto, le vi en el grupo con el guía, Stephanos, es amigo mío. ¿Conocía el Mito del Minotauro?

—Sí lo conocía, pero su amigo nos lo explicó muy bien, es muy simpático.

—¿Y qué le parece?, ¿qué es lo que le dice esta leyenda? Perdone mi indiscreción, pero es que me gusta escuchar lo que ve cada uno en ella. Como verá estoy jubilado y tengo mucho tiempo libre, a veces acompaño a Stephanos y aprovecho para preguntar a los turistas que opinan del Mito del Minotauro. Trabajé muchos años de profesor de sociología y antropología en la Universidad de Atenas y me gusta hacer un estudio de las diferentes opiniones de los turistas. Se sorprendería con algunas de ellas.

—Ah, interesante manera de pasar el tiempo. Seguro que no se aburre. A mí, siempre me maravilló la genialidad de Dédalo al construir ese laberinto y la valentía de Teseo. También como tras matar a ese monstruo, pudo volver gracias al ovillo de lana que le entrega Ariadna.

—Se ha quedado en la superficie y no ha percibido lo más importante. El minotauro es el símbolo de la sombra que todos tenemos oculta en nuestro interior y que no queremos ver, ni aceptar, pero que proyectamos más allá de nosotros a los demás. Nuestros deseos más oscuros, vicios, actos malvados, etc. El minotauro permanece cautivo en el laberinto sin poder ver la luz, como nuestra sombra que apenas llega a la conciencia como una leve sospecha de su existencia. Reconocer esa sombra que todos tenemos en nuestro interior, en nuestra parte más instintiva y primitiva, pero que a su vez contiene nuestro potencial, es imprescindible para poder darnos cuenta de que también forma parte de nosotros mismos.

—Vaya, es usted todo un filósofo griego. Nunca hubiera llegado a esa conclusión.

—No, por favor, no se burle de mí. No le llegaría ni a la suela del zapato a los grandes. Sócrates, Platón, Aristóteles, Pitágoras… Tales de Mileto…, no se imagina lo que hubiera dado por haber vivido en la época que ellos vivieron. ¿A qué se dedica? —preguntó el anciano.

—Soy empresario, gestiono muchas empresas por toda Alemania.

—Lo supuse al verle. Con su traje impecable y su aire de persona importante. No me extraña que nunca hubiera llegado a ver lo que del mito se puede deducir. Usted vive en el mundo material, en lo puramente físico. Ganancias y pérdidas. Números y resultados. Ahí no encontrará la verdad, señor. Yo pude salir vivo de Auschwitz porque reconocí la rabia y el odio que tenía hacia mis hostigadores, pero no me recreé en esos sentimientos oscuros, no dejé que me dañaran. Yo les perdone a esos hombres para poder mantener mi dignidad como ser humano. Desde el odio y el desprecio que sentía hacia esas personas, nunca hubiera encontrado una esperanza, no hubiera mantenido mi mente sana y despierta para poder ver más allá de lo que en ese momento me estaba pasando. Si entraba en su juego del odio, mi mente hubiera seguido enredada en lo que allí se respiraba. Debía mantener mi dignidad incluso en las peores circunstancias. Piense en ello señor, la vida pasa rápido y no hay vuelta atrás. Elija bien. El dinero le puede cegar y hacerle olvidar lo que realmente es importante. Acuérdese del Rey Midas, a usted que le gusta la mitología... —dijo el anciano, poniendo su mano en el hombro de Rudolf, no como empatía, sino con un sentimiento de lástima hacia él. Se levantó y se fue, dejando a Rudolf en un estado de aturdimiento como si de un boxeador se tratase al que le habían dado infinidad de golpes que no había visto venir. Tras unos minutos allí sentado, Rudolf, se levantó y se marchó hacia el hotel. Había pasado una mañana muy interesante e intensa, que le había abierto el apetito.

Esa tarde recibió una llamada de Jan de Vries desde Alemania. Le pidió que adelantase su vuelta para la última semana de agosto, había algo importante que debía comunicarle en persona, lo cual significaba una semana menos de viaje. Ante ese contratiempo, Rudolf, adelantó su marcha de Creta, donde pensaba estar algunos días más. Esa misma tarde, tras pagar el hotel, cogió un taxi y volvió a su yate. Dio órdenes al capitán y al servicio de que partían inmediatamente hacia Sicilia. Aunque el viaje se acortaba, no quería dejar de ver esa isla. Así pues, pusieron marcha enseguida, el viaje era bastante largo y no había tiempo que perder. Tras dos días navegando, llegaron al puerto de Siracusa. El plan era dar la vuelta a la isla, parando en los puertos de las principales ciudades e ir a visitarlas. Tras Siracusa, visitaron Palermo y Cefalú, también quería conocer los puertos de Mesina y Catania, pero los planes se desbarataron por algo inesperado. Cuando

se dirigían a Mesina, el yate hizo un ruido extraño que no gustó nada al capitán y decidió parar en el puerto de Milazzo, una población cercana al Estrecho de Mesina. Rudolf, debía volver pronto a Alemania. Jan, le había vuelto a apremiar para que regresara, pero el capitán aconsejó parar un par de días para que pudiera revisar el motor y encontrar de donde procedía ese ruido anómalo. A Rudolf, no le hacía mucha gracia, ya que estaba preocupado por ese asunto que le tenía que decir Jan en persona, pero la insistencia del capitán acabo por convencerle. No le había dado mucha importancia cuando Jan le llamó la primera vez en Heraclión, pero esta segunda vez que se lo volvió a repetir, le creo bastante desasosiego y aunque le pidió por favor que le avanzara de qué se trataba, Jan, declinó darle algún avance, lo cual ansió mucho más a Rudolf.

No había más remedio que quedarse allí e intentar disfrutar de esos dos días. Rudolf, al día siguiente se levantó con una actitud positiva de conocer el pueblo y sacar algo provechoso de ese contratiempo. Se acercó a un bar de pescadores que estaba a escasos metros de donde había atracado su yate el capitán. Quería tomar un café y preguntar a los lugareños lo más interesante que había en Milazzo para visitar.

—Buenos días, me pone un café solo, por favor.

—Aquí tiene, señor.

—Perdone, ¿me podría indicar algún sitio interesante para visitar en la población?

—Bueno, Milazzo es un pueblo pequeño…, está la iglesia, el castillo, las playas, bueno… y la gruta de Polifemo[10], que está aquí al lado, aunque está cerrada —dijo el camarero.

—¿Gruta de Polifemo?, ¿está aquí? ¿Por qué lo ha dicho al final y casi sin darle importancia? —preguntó Rudolf, mientras al fondo del bar escuchó a alguien que decía: *la grotta è chiusa da anni, ma tutto si può negoziare…* —¿Qué dice aquel hombre?

—La gruta de Polifemo está cerrada desde hace años, pero ha dicho que por una cantidad de dinero podría enseñártela.

—Dile que venga, estoy interesado en verla, soy un apasionado de la mitología griega y de la Odisea —dijo Rudolf, entonces el camarero le grito al hombre del fondo: *Giuseppe, vieni, vieni presto.* El camarero hizo de traductor entre Rudolf y aquel hombre.

—Me dice que por un millón de liras italianas te lo enseña —tradujo el camarero, lo que al cambio eran unos mil Marcos alemanes.

—Está bien, acepto. ¿Cuándo podemos ir a visitarlo?

—*Questo pomeriggio verso le tre qui* —dijo Giuseppe, sin esperar a que le tradujera el camarero. Eso lo había entendido y estaba ansioso por ganarse un buen dinero.

—Perdone… —dijo Rudolf.

—Dice que esta tarde sobre las tres aquí —dijo el camarero y se despidieron hasta después. Rudolf, salió en dirección al castillo de Milazzo, una imponente fortaleza en lo alto de un cerro.

La mañana se le pasó volando visitando esa fortificación y tras terminar de verla volvió a comer a un restaurante del puerto. Comió *sarde a becaffico*, unas sardinas rellenas al estilo siciliano buenísimas, acompañadas de un buen vino blanco de la isla.

Sin darse cuenta, se le había hecho casi la hora de volver al bar de pescadores donde le esperaba Giuseppe para enseñarle la gruta. Salió del restaurante a paso ligero y antes de llegar, ya le vio fuera del bar esperándole, fumando un cigarrillo.

—*Dai!* —dijo Giuseppe, haciendo una señal con la mano para que le siguiera. No hablaron nada más hasta llegar a la gruta. Una vez allí, le pidió el dinero por adelantado. Rudolf le pagó lo acordado y Giuseppe le abrió una puerta como la de una casa vieja, Rudolf pensó que le estaba timando, pero tras andar unos metros pudo ver un túnel excavado en la montaña.

—*Andare fino in fondo, Io aspetto fuori* —dijo Giuseppe dándole una linterna e indicándole con la mano que siguiera hacia delante. Rudolf, que no entendió nada de lo que dijo, continuo por ese túnel y llegó a una enorme cueva. Estaba muy oscuro y tan solo podía ver lo que alumbraba con la linterna. Rudolf, estaba excitado con la idea de estar en el mismo lugar que se relataba en *La Odisea* de Homero, en el que entró una partida de reconocimiento encabezada por Odiseo, héroe de la Guerra de Troya y donde mató al cíclope. Era increíble estar allí. Había sido una gran casualidad, ya que de no haber sido por la avería del yate nunca hubiera entrado en esa espectacular gruta. De repente, escuchó un fuerte ruido. Pensó que Giuseppe había cerrado la puerta de la entrada, se asustó e intentó dirigirse hacia la salida, pero tropezó con una piedra y se le cayó la linterna con la mala suerte de que se rompió. Se encontraba en medio de la cueva completamente a oscuras y desorientado. Empezó a ponerse nervioso, el corazón le latía fuertemente y le costaba respirar con normalidad. Se sentó en el suelo e intentó tranquilizarse. Respiró profundamente varias veces hasta que logró relajarse un poco, entonces empezó a gatear palpando el suelo en la dirección que creía que estaba la salida. El suelo estaba frío y húmedo y tan solo notaba piedras y trozos de madera quemados. Había un silencio aterrador, que tan solo se rompía con el ruido de

unas gotas de agua al caer al suelo desde el techo de la cueva. Levantó su mano izquierda y al posarla sobre el suelo de nuevo, notó algo diferente que estaba caliente y peludo. Se asustó, se echó hacia detrás y se quedó tumbado boca arriba. Estaba horrorizado, con los pelos de sus brazos erizados, parecía como si le hubiera entrado por la mano una descarga eléctrica que le había recorrido todo el cuerpo. Rudolf estaba en estado de pánico. Se levantó e intentó correr pero entonces, sintió que no podía mover las piernas ni los brazos. «Qué me pasa», se decía enloquecido. Estaba inmóvil y no podía ver nada. La angustia era máxima y en el momento que parecía que se iba a desmayar, oyó una voz tan cercana que no sabía si procedía de su interior.

—¿Lo sientes Rudolf?, ahora que estás en esta situación crítica, ¿sientes la muerte como se acerca? Puedo oler tu miedo. Te sientes como Laocoonte, impotente, sin poder moverte, viendo la muerte acercarse atado de pies y manos, incapaz de salvar a sus propios hijos. Pero, tu Rudolf, ¿qué temes perder? En los albores de la muerte, ¿qué es lo más importante que no quieres que la muerte te arrebate? No hace falta que lo verbalices, puedo leer tu mente, pero eso no te lo puedes llevar al otro mundo, Rudolf, eso no… En cambio, al menos Laocoonte se pudo llevar el amor que sentía por sus hijos.

—¿Samael?

—No digas ese nombre en mi presencia. Él es el culpable de que estés en esta situación —dijo subiendo el tono de voz.

—¿Azarel?

—Rudolf, todavía no te has dado cuenta de que Azarel y tú sois la misma cosa. Él está dentro de ti y tú estás dentro de él. Es tu fuerza interior y la de tus antepasados que se unen para ayudarte.

—Entonces quién eres, ¿me vas a matar?

—Sería irónico, ¿no?, Rudolf, que te matase como Odiseo mató al cíclope Polifemo aquí, en esta gruta usando la inteligencia para emborracharlo con vino y una vez dormido clavarle la lanza en el ojo. O como Teseo, tu héroe que mató al minotauro con la lanza que le dio Ariadna. Quizá sería justo que recibieses el mismo castigo, pero tu camino no acaba aquí. ¿Sabes que tenéis en común los tres, Polifemo, el minotauro y tú? Los tres sois devoradores de hombres. En tu caso les explotas en tu empresa, les quitas sus derechos y alguno de ellos desesperado por su vida encarcelada y sin futuro, se ha quitado la vida. ¿O es que no conoces la estadística de suicidios de trabajadores de tu empresa? Claro que no, tú estás en tu palacio de cristal en Schluch ajeno a la realidad.

—Eres un espía comunista, eso es, me has seguido en todo mi viaje y ahora me vas a matar —dijo Rudolf completamente

enloquecido, el terror que sentía le había hecho perder la razón. Entonces ante tal enajenación, ese ser levantó la mano y una bola de fuego se irguió en la oscuridad. La cueva se iluminó y Rudolf al verlo, pegó un salto hacia atrás y se cayó al suelo de espaldas. En su mente había imaginado un monstruo gigante y peludo similar a Samael, pero lo que vio estaba fuera de toda lógica, si es que Rudolf veía algún sentido a todo lo que estaba sucediendo en esa gruta. Se vio a sí mismo. Era su mismo rostro pero en un cuerpo desnudo y con las manos y pies peludos. Se quedó mirándole desde el suelo patidifuso y descolocado.

—Rudolf, mírame, ¡mírame!, he venido a ayudarte, si quisiera matarte ya lo habría hecho, ¿no crees? Tú no eres como Jan, ¡despierta! En el fondo eres una buena persona. Yo soy tu conciencia. La has acallado demasiado tiempo y me has obligado a hacerme corpóreo. Al igual que Azarel, a mí sí me obligas me presento ante ti. ¡Reacciona!, tú no has venido a este mundo a ser un vulgar rico, que pasa por la vida sin pena ni gloria. Hay sentimientos más elevados que sentirse poderoso. Te están esperando. Lo has dilatado demasiado tiempo y estás cerca de descubrirlo. ¡Abre los ojos! Al escuchar esas últimas palabras, se apagó el fuego de su mano y la cueva regresó a la oscuridad, entonces se oyó a lo lejos la voz de Giuseppe, que entraba con su linterna.

—*Signore, si è perso*? *È troppo tardi* —dijo Giuseppe que estaba extrañado por la tardanza de Rudolf.

—Ah, gracias a Dios, ¡está usted aquí! Se me ha roto la linterna y no encontraba la salida.

—*Stai bene? Forza, andiamo, andiamo* —dijo Giuseppe metiéndole prisa a Rudolf, para que saliera ya que no quería que el dueño de la casa por la que se entraba a la cueva se diera cuenta. Giuseppe, se había hecho con las llaves hacía tiempo y solía llevar a los turistas que podía convencer entre las tres y las cuatro de la tarde, que era cuando seguro que el dueño no iba a enterarse, ya que éste no perdonaba la hora de la siesta.

Rudolf, pasó todo el viaje de vuelta sin hablar. Se encerró en su camarote y permaneció tumbado en la cama. Tan solo abría la puerta para que le llevaran la comida. Los intentos del capitán y de los integrantes del servicio de saber que le pasaba fueron en vano, y tan solo recibían alaridos y gritos diciéndoles que le dejaran en paz. Esa última experiencia en la gruta de Polifemo, le había dejado en un estado catatónico. Pasó de la ansiedad máxima, viendo la muerte acechándole en la oscuridad de la cueva, a una depresión absoluta, al creer que la razón le había abandonado. «Quizá he estado demasiado estresado últimamente con tanto trabajo, abriendo tantas sucursales nuevas por todo el país, la rueda de prensa tan desagradable de la Universidad de Friburgo y las llamadas de Jan exigiendo que volviera antes de mi viaje. Debe ser eso lo que me ha provocado ver tantas alucinaciones, tengo que parar…», pensaba Rudolf.

Cuatro días después llegó a su mansión de Schluch. Había tenido tiempo para reflexionar sobre todo lo acontecido en el viaje. Lo primero que hizo fue llamar a Jan de Vries, para concertar una reunión. Quería quitarse de la cabeza todos los pensamientos y elucubraciones que había acumulado desde que le llamó en Creta urgiéndole a volver. Jan al saber de su vuelta, no demoró más su encuentro y fue directamente a su mansión de la Selva Negra a reunirse con él.

—Rudolf, tenemos un gran problema. He esperado a que vinieras porque lo que te voy a contar te hubiera arruinado el viaje. La última crisis la solucionaste tú de manera brillante con aquella rueda de prensa en la Universidad de Friburgo de Brisgovia y por eso he esperado a que volvieras porque confió en que tú también puedas solucionar este problema.

—Me estas poniendo nervioso Jan, ¡venga!, no te vayas por las ramas y dime ya de que se trata.

—Está bien, iré al grano. Tras las múltiples denuncias recibidas por la inspección de trabajo y varios testimonios de familiares en los medios de comunicación, nuestra empresa está acusada de haber infringido o haber sido cómplices de acoso laboral de al menos ochenta empleados de momento, ya que las denuncias siguen llegando cada día a la sede de la inspección de trabajo.

—Pero, ¿de qué se quejan? —preguntó Rudolf ajeno a los últimos acontecimientos.

—¿No te has enterado?, pensé que estarías al tanto de las noticias en Alemania desde tu yate. Se han suicidado cincuenta trabajadores de nuestra empresa, de los cuales treinta han dejado una carta culpándonos de su decisión. Otras denuncias son por intento de suicidio y depresión profunda. Nos encontramos ante una situación que puede acabar con nosotros completamente. Imagínate cómo están los medios de comunicación, detrás de nosotros todos los días. Por no hablar del maldito Partido Comunista de Alemania, esos buitres… ¿Qué vamos a hacer? Mis consejeros me sugieren negarlo todo e intentar justificar cada decisión de la empresa desde un punto de vista moral que pueda convencer al jurado de que nuestra política con los empleados estaba sujeta a la legalidad y al buen hacer. ¡Dime algo! —dijo Jan completamente desquiciado. Rudolf se mantuvo impasible ante tal catástrofe y tras unos segundos pensativo, que a Jan le parecieron una eternidad, se tocó la barbilla y le miró fijamente a los ojos.

—No. No vamos a negar nada. Tenemos que reconocer nuestros errores, Jan. Decir la verdad, eso es lo que nos toca hacer si queremos mantener un mínimo de dignidad. Nuestro modelo de negocio, está basado en la explotación de nuestros trabajadores y de los contratos basura que hacemos. De otra manera no habríamos tenido las suculentas ganancias que hemos cosechado en el último año —dijo Rudolf. Su viaje por las islas griegas, por fin había despertado a su conciencia.

—De qué estás hablando Rudolf, ¿te has vuelto loco? ¡Hablas como esos comunistas! ¿Dignidad? Con dignidad no se compra esta mansión ni el yate que tienes en el puerto. Eso que propones es un suicidio económico. Acabará con la empresa, será la bancarrota.

—¿Loco? No he estado más cuerdo en toda mi vida Jan. Me he dejado llevar por tu lengua sibilina desde el principio y he sido un títere en tus manos, pero eso ya se acabó. Alguien te lo tenía que decir. Tu empresa se basa en la inmoralidad y yo ya no voy a formar parte de esa manera tan indigna y rastrera de ganar dinero —dijo Rudolf sin titubear.

—Eres igual o peor que yo. He visto en tus ojos cuanto te gusta el dinero y el poder. ¿Crees que te vas a librar? Te cerrarán todas tus empresas, incluso las librerías a las que le tienes tanto cariño. Te quitarán esta mansión, tu yate y todos los ahorros del banco. Serás pobre y tendrás que pedir para poder comer. ¿Es eso lo que quieres a cambio de mantener tu dignidad? —dijo Jan enfurecido y fuera de sí.

—Aceptaré lo que la justicia decida. Más vale una vida pobre pero con dignidad que vivir rico cien vidas basadas en la inmoralidad.

—¿Qué epifanía moral has descubierto en tu viaje por Grecia? ¿Acaso has visto al mismísimo Hércules y te ha inspirado en tu propia Odisea? Esto no va a acabar así, Rudolf.

—¿Me estás amenazando?

—Yo no te amenazo, tan solo te aviso de que tengas cuidado. Tú apenas has empezado en el mundo de los negocios, pero yo soy un perro viejo. Ándate con cuidado —dijo Jan y se marchó muy acalorado.

Rudolf, permaneció sentado sin apenas inmutarse viendo cómo se iba Jan enfurruñado. Se le podía adivinar una sonrisa de felicidad en el rostro. Estaba muy orgulloso de lo que acababa de hacer. Por primera vez en su vida, había plantado cara al miedo. «Volver a ser pobre, ¡qué más da! ¿Acaso la riqueza ha hecho que sea más feliz?», pensaba Rudolf.

En la RDA no se atrevió a luchar por la verdad, por su verdad y defender su dignidad ante los dirigentes del partido, otorgándoles la razón respecto de los hechos acaecidos en Polonia. Al no enfrentarse a ellos, su nombre quedó manchado por ser un traidor del partido. En cambio en ese momento de su vida, y con todas las experiencias vividas en los últimos meses, al fin logró trascender a sí mismo y dar un golpe en la mesa. Se había acabado ser condescendiente con todos, a partir de ese momento el timón de su vida lo llevaría él con todas las consecuencias. Su fuerza interior y su conciencia habían vencido a Samael, a su lado sombrío que también forma parte de él. Estaba en el buen camino, ¿qué le depararía la vida a partir de ahora? Era un riesgo que estaba dispuesto a tomar. De todas maneras no tenía nada que perder, ya que tan solo había sido una marioneta de unos y de otros. Se sentía liberado y con el alma ensanchada. Percibía que explorando ese camino que había elegido, nada malo podía pasar.

Tras salir Jan, no perdió ni un minuto en llamar a la oficina de la inspección de trabajo de Múnich.

—Buenos días, quisiera hablar con el jefe de inspección de trabajo de Baviera, por favor.

—Perdone, me puede decir quién es usted.

—Soy Rudolf Schwarz.

—Ah…, sí, sí, un momento, ahora le paso.

—Buenos días señor Schwarz, me llamo Franz, tenía muchas ganas de hablar con usted. Intenté contactarle, pero su secretaria me dijo que estaba de viaje. También quise hablar con el dueño de la marca de sus empresas, un tal Jan de Vries, pero dio largas a todas mis llamadas.

—Le he llamado porque estoy al tanto de las numerosas denuncias que hay contra mi empresa por acoso laboral y me gustaría que me confirmase tales acusaciones.

—Sí, está usted en lo cierto. Desde hace dos semanas hemos recibido casi más de ochenta denuncias de trabajadores de su empresa. Muchos de ellos desgraciadamente se han suicidado y han dejado una nota culpando a su empresa de la situación tan penosa que les ha llevado a quitarse la vida. Hay otras denuncias de otro tipo, pero solo con las que le he indicado, señor Schwarz, tiene un gran problema. Tendrá que explicarnos porqué tantas personas opinan lo mismo de su empresa. En unos días nos personaremos en su oficina central de Múnich para que podamos revisar los documentos que sean necesarios y así, determinar si su forma de tratar a los trabajadores ha sido la correcta.

—No se preocupe Franz, no hará falta. Le voy a ahorrar ese tedioso trabajo. Todas las denuncias que han hecho contra mi empresa y contra las de la empresa matriz en Holanda son ciertas. Nuestra forma de tratar a los trabajadores ha sido completamente inmoral, les hemos explotado hasta que no han aguantado más y entonces hemos contratado a nuevos candidatos. Me hago cargo de todas las acusaciones contra mí y aceptaré cualquier resolución que tome la justicia.

—Agradezco su sinceridad, no me esperaba esta respuesta, me deja muy sorprendido señor Schwarz, usted sabe que eso será el fin de su empresa, además es posible que la justicia le meta en la cárcel varios años.

—Lo aceptaré como le he dicho. Eso es todo por mi parte. Mi secretaria le mandará todos los documentos que requiera para que compruebe la veracidad de lo que estoy diciendo. Para cualquier cosa, saben dónde encontrarme. Buenos días, Franz.

—Muchas gracias señor Schwarz…, y buena suerte —dijo Franz, pero Rudolf ya había colgado el teléfono.

La mañana siguiente, recibió un aluvión de llamadas telefónicas, pero él no estaba en casa. El pobre mayordomo tuvo que desconectar el teléfono de la pared ante tal insistencia. Rudolf, estaba en medio del lago disfrutando de su yate por última vez. Se llevó unas cervezas y un libro que hacía tiempo que quería leer, pero las obligaciones no se lo habían permitido. Esperó a que llegara la policía judicial a detenerle de la mejor manera que se le ocurrió.

La noticia saltó en todos los telediarios, las imágenes de la policía judicial entrando en la sede central de la empresa matriz en Ámsterdam, llevándose a Jan de Vries a declarar y lo mismo se podía

ver de la sede central de Múnich, mientras una multitud de personas se agolpaba en la calle con pancartas y gritando ¡asesinos, asesinos! Esa misma tarde, un coche de policía se acercó a la mansión de Rudolf, para llevarle a declarar.

—Buenas tardes, ¿el señor Schwarz está en casa? —dijo el policía.

—Lo siento, pero el señor no está en casa, ha salido muy pronto esta mañana y no había dicho a nadie donde iba, pero no habrá ido muy lejos, se ha dejado aquí todas sus cosas —dijo el mayordomo. Los policías esperaron casi una hora allí, hasta que llegó Rudolf.

—Señores, lo tengo todo preparado. Déjenme un minuto para recoger unas cosas y nos marchamos —dijo Rudolf completamente calmado. De hecho hacía tiempo que no estaba tan tranquilo y en paz consigo mismo como esa tarde de finales de agosto.

—Alfred, asómate a la chimenea y mira hacia arriba —le dijo al oído Rudolf al mayordomo y se subió al coche.

El mayordomo rápidamente entró en la casa y se dirigió directo a la chimenea, introdujo la cabeza y al mirar hacia arriba vio un sobre que estaba pegado en la pared. Lo abrió con premura, no perdió el tiempo en buscar el abrecartas y rompió el sobre. Había un gran fajo de billetes de mil marcos, y una carta. Alfred se dispuso a leerla.

> Quiero que sepáis que os estoy muy agradecido por el tiempo que habéis destinado a servirme, no me merecía tales honores. En pocos días la casa será embargada y tendréis que marcharos. Para compensaros os he dejado un detalle para que podáis rehacer vuestras vidas. Alfred, aquí hay doscientos mil Marcos para que los repartas a partes iguales entre todos los del servicio incluido los jardineros. Sé que eres una persona honesta y lo harás. Un saludo.
>
> Rudolf Schwarz

Se le notaban los ojos llorosos, se había emocionado al leerla. Nunca en todos sus años al servicio de diferentes señores había recibido un trato parecido. Tampoco había visto tal cantidad de dinero en toda su vida.

Rudolf fue llevado a Múnich a declarar. Tras varias horas retenido, fue dejado en libertad con cargos a la espera del juicio que se haría de manera exprés al día siguiente. La presión de los medios de comunicación y de las manifestaciones convocadas por organizaciones políticas de “izquierdas”, obligaron a acelerar los tiempos. Le retiraron el pasaporte y le dijeron que no se marchara de la ciudad. Ese día era martes y aunque era tarde, cuando miró la hora se dio cuenta de que todavía no habría terminado la sesión del club de lectura. Se dirigió a

la librería a toda prisa y al llegar se paró enfrente de la puerta y volvió a leer el nombre de la librería, "Aquí empieza tu viaje". «Qué ironía, esta frase cobra todo el sentido ahora. Quién me iba a decir a mí cuando la leí, todas las cosas que me iban a pasar. Ha sido un gran viaje, un gran viaje hacia las profundidades de mi alma», pensaba Rudolf. Tras unos segundos exhorto frente a la puerta, la abrió.

—¡Hombre Rudolf!, dichosos los ojos. Estábamos terminando el debate, ¿te unes? Hoy es el último día sobre los clásicos rusos. Terminamos con *El Maestro y Margarita* de Mijail Bulgakov, uno de tus preferidos —dijo Olga muy animada y con la frescura juvenil que acostumbraba.

—Muy tentador, pero no gracias, te espero fuera —dijo Rudolf en tono serio y cuando salió, se sentó en un banco cercano mirando al horizonte con la mirada perdida. «He vivido más en estos últimos cuatro años, que en los cincuenta anteriores», pensaba Rudolf, pero Fritz que por casualidad paseaba por allí, le sacó de su ensimismamiento.

—¡Rudolf!, desde ayer por la noche he estado intentando hablar contigo. Jan, me llamó ayer desesperado diciendo que te habías vuelto loco. Me pidió encarecidamente que intentase contactar contigo para hacerte cambiar de opinión. ¿Qué has hecho?, conozco muy buenos abogados que podrían haberte ayudado —dijo Fritz.

—No te preocupes Fritz, me he dado cuenta de que una vida sin moral, ni ideologías y sobre todo sin dignidad, no vale la pena vivirla. Sé que tú no lo entenderás, pero créeme, al tomar esta decisión he sentido una paz que no cambiaría ni por todo el dinero del mundo.

—Tienes razón amigo, no te entiendo. Lo tenías todo, eras el empresario del año. ¿Por qué?

—Te lo podría repetir mil veces y tu respuesta seguiría siendo la misma: ¿Por qué? —dijo Rudolf y se levantó al ver que salían los miembros del club de lectura. —Me marcho Fritz, que tengas suerte.

—Ten cuidado, Rudolf, Jan es un hombre muy poderoso, no va a dejar las cosas así sin más, has arruinado todo su imperio. Tiene conocidos en todos los países. ¡Cuídate! —dijo Fritz. Rudolf, entró en la librería y vio a Olga que estaba recogiendo las sillas.

—Olga, tenemos que hablar, te habrás enterado por las noticias de lo que ha pasado, supongo.

—¡Qué va!, yo no veo la televisión, además las noticias que nos cuentan están manipuladas —dijo Olga.

—Bueno, iré al grano. Mañana tengo que declarar ante el juez. Seguramente, me van a embargar todos mis bienes, no tenemos mucho

tiempo, tenemos que ir al notario para poner las dos librerías a tu nombre. Es lo único que me importa. Además tú te lo mereces más que yo, que no he sido más que un idiota y un inconsciente.

—¿De qué hablas?, ¿en qué lío estas metido?

—No tengo tiempo ahora de contártelo, mañana te lo explicaré todo. Ven aquí a las seis de la madrugada, ya he hablado con el notario, nos estará esperando —dijo Rudolf, saliendo de allí a gran velocidad hacia el hotel donde solía quedarse cuando iba a Múnich.

Rudolf, estaba cansado, apenas pudo dormir la noche anterior pensando en salvar sus librerías de la quema. Había elegido arruinarse para mantener su dignidad, pero las librerías no las quería perder, no tanto por el sentimiento de posesión, sino porque los libros eran un refugio para su alma y por otro lado, se sentiría culpable de dejar tirada a Olga, con lo mucho que se había implicado en la librería y en el club de lectura. Todo fue sencillo, sus visitas recurrentes al notario por las compras de numerosos locales en el país, había terminado por hacer una amistad con él. En menos de media hora todo estuvo solucionado y Olga ya era la propietaria de las librerías. Tras arreglarlo se fue a descansar al hotel de nuevo y a esperar que llegara la hora del juicio.

Todos los medios de comunicación alemanes y varios extranjeros se agolpaban a la entrada del juzgado intentando mendigar alguna declaración de los acusados, sobre todo de Rudolf y de Jan de Vries. Eran las once de la mañana del día 31 de agosto de 1994. El sol lucía espectacular en lo alto del cielo y el calor que hacía ese día, era uno de los últimos coletazos de un verano que llegaba a su fin. Rudolf, apenas podía subir las escaleras que daban acceso al juzgado. Tenía que dar empujones para poder acceder escoltado por la policía. No contestó a ninguna de las innumerables preguntas que les hacían los medios de comunicación. Se oían insultos y gritos de asesino por parte de las personas que se agolpaban en los aledaños. Intentó mantener la calma aunque no era nada fácil dadas las circunstancias. Una vez dentro del juzgado se encontró con Jan, no se dirigieron la palabra en todo el tiempo que estuvieron esperando a que empezara el juicio, aunque eso sí, Jan le lanzó una mirada al verle que a Rudolf se le heló la hiel. Era una situación muy incómoda para Rudolf y estaba deseando que comenzara el juicio de una vez. Tras varios minutos de demora, por fin fueron llamados a entrar en la sala. El juicio era un mero formalismo, la declaración de Rudolf del día anterior, había aclarado bastante las cosas, aunque los abogados de Jan, intentaban hacer creer al jurado que Rudolf, era una persona psíquicamente inestable y rencorosa y que su declaración no tenía fundamentos sólidos. Para ello llamó como testigo al inspector jefe de la policía de

Múnich, el señor Hans Fisher. Jan le había entregado una gran cantidad de dinero para que le ayudara en su tesis contra Rudolf. Hans, literalmente declaró: «el señor Rudolf Schwarz, estuvo una noche en el calabozo con signos claros de enajenación mental transitoria y me estuvo hablando de personas con nombres raros de una manera desesperada, como si se sintiera perseguido por seres imaginarios llamados Azarel y Samael», y entregó la prueba del parte de la policía de esa noche como prueba documental. A Rudolf, esa artimaña de Jan le parecía ridícula y no le generó ningún tipo de desasosiego. Lo único que lamentaba era que ese primer día del juicio se estaba alargando demasiado. Él solo quería declarar e irse a descansar. Todo lo demás le daba exactamente igual. Ya había aceptado en su interior cualquier pena que le impusiera la justicia. Tras una larga hora, por fin llamaron a Rudolf a declarar ante el juez.

—Señoría, el abogado defensor está haciendo un circo de todo esto. Ni yo estoy trastornado, ni Jan es una pobre víctima de las injurias que se dicen sobre él. Este juicio tendría que durar cinco minutos. Los hechos que se denuncian a la empresa del señor Jan de Vries y por ende a mi persona como gerente de las franquicias en Alemania, son totalmente ciertas. La presión que se ha ejercido sobre los trabajadores para conseguir resultados, obligándoles a trabajar más horas de las establecidas en el contrato, amenazas de despido si no se alcanzaban los objetivos y demás prácticas completamente inaceptables han acabado por destruir a muchos de ellos. Desgraciadamente algunos han llegado al suicidio, de lo cual me siento absolutamente responsable y ahora que he podido darme cuenta de mis errores, me siento muy dolido y culpable por no haber sabido ver lo que estábamos gestando desde la dirección de la empresa y poder haberlo evitado. Lo siento mucho —dijo Rudolf y se puso a llorar como un niño desconsolado.

—Señor Schwarz, ¿necesita un receso para sobreponerse? —preguntó el juez. Rudolf se secó las lágrimas con un pañuelo.

—No, señoría, prosiga por favor.

—Señor Schwarz, la duración del juicio no es algo que a usted le competa. Aquí se trata de descubrir la verdad sobre los hechos, y aunque su declaración es bastante contundente debemos dilucidar si se corresponde con la realidad o si por el contrario su declaración esconde motivaciones de otra naturaleza que aún no sabemos. Entenderá que tirar piedras sobre su tejado de una manera tan directa nos cree algunas dudas —dijo el juez encargado del caso. Rudolf se sentó de nuevo y permaneció callado. Su verdad era simple y ya no tenía nada más que aportar.

El juicio duró dos semanas, tras las cuales, el jurado dictaminó

culpable a Jan de Vries y a Rudolf Schwarz de acoso moral sobre sus trabajadores. Jan fue condenado a tres años de prisión sin fianza y una multa de cien millones de Marcos alemanes. Por su parte Rudolf Schwarz fue condenado a un año de cárcel con una fianza de doscientos millones de Marcos. Al no poseer tal cantidad de dinero, embargaron todas sus cuentas, las sucursales de su empresa, su mansión de Schluch y el yate. Aun así pasó dos meses en la cárcel hasta que pudo reunir el dinero. Salió tan pobre de la prisión que no tenía ni un Marco para poder comer algo. Los funcionarios de la cárcel le dieron la dirección de un comedor social donde podría ir a comer un plato caliente. Pero su espíritu estaba sanado. Su mirada resplandecía. El tiempo en la cárcel le sirvió de penitencia y al salir se había convertido en un hombre nuevo.

… Y El Amor

17

Volver a empezar una vez más, pero esta vez no había ningún plan, ninguna acción motivada por el odio o el deseo. Al salir de la cárcel, se dio cuenta de que solo contaba consigo mismo. No había nada más. Sin obligaciones, se sentía muy ligero de equipaje. Echaba la mirada hacia atrás y recordaba lo estresado y ocupado que había estado todos los días; en cambio, en ese momento era el dueño de su tiempo, pero estaba literalmente en la calle, como un vagabundo más. En el cambio radical que hizo en su vida, no dejó ninguna puerta de salida. ¡Qué bien le vendrían en ese momento los doscientos mil marcos que regaló a sus sirvientes!, pero él no reparó en esos detalles; había encontrado la paz y la calma en su interior y las cosas materiales carecían de importancia. Ya había saboreado el éxito y había sentido en sus propias carnes la erótica del poder. Pero ninguna de todas esas sensaciones se podía comparar con lo poderoso que se sentía al encontrar su luz interior, incluso estando sin absolutamente nada. De todas maneras, seguía teniendo las necesidades básicas de cualquier ser humano y se acercó a un comedor social que le indicaron los funcionarios de la prisión. Estaba cerca, en un barrio periférico de la ciudad, a dos manzanas de la cárcel. Fue caminando y, al llegar, pudo ver la gran cola de gente que allí había para poder comer un plato caliente. Ya era otoño y empezaba a hacer frío en la calle. Cuando llegó su turno, le dieron su plato y se sentó en una de las largas mesas que compartían unas veinte personas. Le sorprendió el silencio que había allí; la gente iba a comer y se iba. No había apenas conversaciones entre los comensales. A diferencia de los grandes restaurantes que había visitado, donde la comida no era lo más importante, sino los negocios que allí se hacían. Terminó de comer y fue a dejar el plato sucio a una gran pila de cemento que había frente a la cocina. Al depositar el plato, miró al fondo y pudo ver a Olga, que estaba allí de voluntaria.

—¡Olga! ¡Olga! —gritó Rudolf. La muchacha se giró y se sorprendió de verle allí.

—¡Rudolf! ¿Qué haces aquí? Suponía que estabas en la cárcel.

—Salí esta mañana con lo puesto y he venido a comer.

—¿Qué vas a hacer?

—Improvisaré algo, buscaré trabajo de lo que sea.

—No, no… Por Dios, pásate por la librería en un par de horas y

hablamos. Tengo algo importante que decirte —dijo Olga y siguió con sus tareas. Rudolf se alegró de verla. «Qué buena persona es esta chica, no me equivoqué al contratarla…», pensaba Rudolf, mientras salía a la calle, pasando por delante de una fila larguísima de personas esperando todavía su turno. Cruzó media ciudad andando hasta llegar a la librería y, cuando giró la esquina para entrar a la calle donde estaba la librería, se topó con Fritz.

—¡Hombre, Rudolf! Te veo bien, ¿cuándo has salido de la cárcel?

—¡Fritz! Amigo, me alegro de verte. He salido esta mañana, al fin. No lo creerás, pero estos dos meses allí he estado pensando mucho en ti.

—¿A qué se debe el honor de haber estado en tus pensamientos? —dijo Fritz de manera sarcástica.

—Te tengo que agradecer toda tu ayuda desde que llegué a Múnich. Pero, sobre todo, tu empeño e insistencia en proponerme todas las ofertas de negocio a mí, a un completo inexperto en el mundo empresarial. Tu hambre voraz por conseguir comisiones fue un aliado mío.

—¿Por qué dices eso? Yo lo hacía para ayudarte… ¿Aliado? Sí, lo has perdido todo.

—Precisamente por eso. Gracias a ti, me sumergí en la vida de los negocios con todo lo que eso me ha supuesto. Me adentré en una parte de mí que no conocía. La ambición por el poder y el dinero me hizo mucho daño, aunque no era consciente de ello hasta que tuve que replantearme mi vida y poder ver lo que realmente es importante.

—Rudolf, eres un hombre misterioso. Cada vez te entiendo menos, pero me alegro de que estés bien —dijo Fritz, siguiendo su camino. Se había sentido ofendido por las verdades que le dijo Rudolf a la cara.

«Olga estará a punto de llegar», pensó Rudolf, y se sentó en un banco cercano a la librería para esperarla. Veía la gente pasar, el ajetreo normal de esa calle llena de tiendas. Familias con niños, parejas de enamorados, hombres y mujeres de todas las edades, todos acercándose a las tiendas para ir de compras. Era lo normal, un hábito adquirido por la sociedad. «Ir de compras», pensó Rudolf y siguió con sus pensamientos. «Un acto tan cotidiano, como el de la oveja cuando agacha la cabeza para comer hierba, tan sencillo y fácil para los animales herbívoros sobre todo y tan complicado para los seres humanos. Para conseguir comprar los alimentos y productos básicos, qué vueltas tenemos que dar… Nos hemos complicado tanto la vida… Dedicar tantas horas de nuestras vidas para conseguir un salario que, en la mayoría de los casos, no llega a cubrir las necesidades elementales. Eso se llama libertad condicional. La libertad es una

ilusión para que nos creamos animales pastando libremente en el campo, entre las florecillas y las mariposas, hasta que llega el perro pastor con sus ladridos, que ya no nos asustan por lo acostumbrados que estamos a ellos, y nos vuelven a meter en el redil. Así trabajamos en nuestros empleos, felices en el mejor de los casos, dedicando nuestro valioso tiempo cada día, como las abejas cuando recolectan el néctar de las flores, para que al final el producto de nuestro esfuerzo se lo lleven otros. Incluso los que se enriquecen se creen ajenos a este mecanismo infernal, pero se equivocan. Ya lo he vivido en mis propias carnes; el sistema es para todos el mismo, la única diferencia es que al final de mes te queda más miel en el panal, y quizás te sientas por encima de los demás, pero sigues en la rueda del hámster, con más responsabilidad y todavía menos tiempo. Aunque ésta sea más grande, más confortable e incluso con aire acondicionado. ¡Qué fácil sería despertar cada mañana y poder ir a buscar la comida al huerto o poder ir a pescar al lago para poder alimentarse!, sin más». Después de un buen rato divagando, observó que la librería ya estaba abierta. Se había quedado bastante tiempo perdido en sus pensamientos. Se incorporó y fue a hablar con Olga.

—La has dejado muy bonita. Se nota tu toque personal, Olga —dijo Rudolf, que se había emocionado al volver.

—De eso te quería hablar, Rudolf. Esta librería y la pequeña son tuyas. Yo me he encargado el tiempo que has estado en la cárcel, pero no puedo aceptarlas. Tú siempre te has portado muy bien conmigo, y tus problemas con la justicia a mí no me importan. Para mí, eres una buena persona y mereces recuperar lo que es tu gran pasión: los libros —dijo Olga. Entonces, Rudolf se echó a llorar, conmovido por esas bellas palabras. No se esperaba ese acto de generosidad de Olga.

—Eres aún mejor persona de lo que suponía. Haremos una cosa: seremos socios al cincuenta por ciento, pero tú siempre tendrás la última palabra en todas las decisiones, si tú quieres. A la vista está que tú tienes mejores ideas que yo. Yo, con preparar las lecturas del club, tengo bastante. Por cierto, la otra librería, ¿cómo está?

—Bueno, eres muy generoso, Rudolf. No sé qué decir, muchas gracias. En cuanto a la otra librería, Heidi sigue allí de encargada; no ha habido ningún cambio. Sabes, es una chica muy eficiente en el trabajo, pero me estuvo contando una historia de un hombre de tres metros, que le dejó inmovilizada… Está un poco flipada, creo que fuma hierba. A ver, no me importa; de hecho, yo también lo hago, pero no en el trabajo… ja, ja, ja. En cualquier caso, me cae genial y, como te digo, es muy resolutiva y muy atenta con los clientes —dijo Olga y se fundieron en un abrazo. —Ah, ¿dónde vas a pasar la noche?

—Pues, no lo había pensado todavía, pero supongo que iré a

algún hogar para personas sin casa.

—Te diría que vinieras a casa de mis padres, bueno, mi madre…, pero las cosas no están muy bien en estos momentos —dijo Olga, un poco apenada.

—Gracias de todas maneras, pero no te preocupes, me apañaré. Soy un superviviente. ¿Ha pasado algo en casa? Te he notado un poco triste al hablar de tu familia.

—Mis padres se separaron hace un año, pero mi madre sigue bastante afectada, y llevar a un desconocido no creo que le siente muy bien.

—Lo siento, Olga. Supongo que no habrá sido fácil para ti tampoco.

—No, pero ya me he hecho a la idea. Estoy bien, tampoco me apetece hablar mucho de eso. En cuanto a ti, sé de un sitio cerca de aquí donde podrás pasar la noche y ducharte. Además, te dan de cenar si llegas antes de las nueve de la noche.

—Genial, muchas gracias. ¡Eres un sol! —dijo Rudolf, y aprovechó que estaba allí para que le pusiera al día con el ciclo de lectura que estaba en marcha en esos momentos y preparar la lectura del siguiente martes con mucho mimo y esmero.

Los libros eran su vida, pero en el último año no había leído nada. Su mente había estado más preocupada de los negocios que de dedicarse a las cosas que le hacían feliz. Por suerte, los libros no eran rencorosos ni le juzgaban como algunas personas. Siempre estaban ahí, esperándole a que se animase a acariciar sus páginas con los dedos de la mano y olerlos, esto último le gustaba mucho a Rudolf, sobre todo los más viejos. El olor que se desprendía de la degradación del papel por el paso de los años le transportaba a su niñez, cuando se sentaba en las rodillas de su madre, mientras ella le leía una edición muy antigua de *Hansel y Gretel*, el cuento que más le gustaba de los Hermanos Grimm. Se imaginaba comiendo chocolate hasta reventar. Aunque siempre había querido tener un hermano, la fantasía de compartir con él esa aventura estaba muy por encima del abundante y delicioso chocolate o el miedo a la malvada bruja.

Y allí estaba él, sentado en la mesa en medio de la librería, revisando una pila de libros antiguos para ver si se inspiraba en encontrar los más adecuados para la temática que pretendía exponer. El olor de los libros más antiguos se unía al olor a madera vieja de las sillas, mesa y estanterías. Todo ello creaba un ambiente embriagador que hacía que las horas que pasaba allí le parecieran minutos. Desde que compró esa librería, no había disfrutado tanto. Las preocupaciones del pasado no le habían permitido apreciar la librería en todo su esplendor. Captar la belleza visual de la librería era muy fácil; de hecho, se quedó fascinado nada más entrar allí, pero detenerse en los olores, deleitarse en el tacto de los libros y el diferente sonido al pasar las páginas, dependiendo de si eran nuevos o viejos, requería de una mayor sensibilidad.

Por fin, después de varias horas, dio con los libros adecuados para su temática. Rudolf pretendía generar un debate en el que se pusiera de manifiesto cómo la sociedad, en su huida hacia delante, en un mundo capitalista tan competitivo, en el que hay una lucha feroz entre los individuos por llegar a conseguir lo que el propio sistema inculca desde pequeños como el ideal de vida: conseguir el éxito económico, una buena vida y los mayores lujos posibles. ¿Y en qué lugar queda la persona? Un simple peón aislado al servicio de ese mecanismo infernal. En ese "sálvese quien pueda", que hace que las relaciones personales queden en un segundo plano, como si el ser sociable pudiera permitirse prescindir de su propia naturaleza. En ese escenario, la agresividad y el desarraigo eran el resultado más lógico a

ese estilo de vida impuesto y del que no se podía escapar. Rudolf había vuelto a sus orígenes comunistas, pero esta vez se había radicalizado. Tras haberse sumergido en un capitalismo depredador, pudo observar desde dentro lo perjudicial que era para uno mismo y para la sociedad en su conjunto. Ese próximo martes leerían *El Lobo Estepario* de Herman Hesse para introducir el debate.

Olga le miraba y lo veía ensimismado y hablando solo.

—¿Qué mascullas, Rudolf? Llevas toda la tarde alterado y rumiando no sé qué frases, cada una más chocante que la anterior.

—Ah, Olga… sí, bueno, ya sabes que no es fácil dar con los libros adecuados y blasfemar me ayuda a relajarme…

—Has puesto mucho empeño en este nuevo ciclo de lecturas, ¿a qué se debe?

—Bueno, no te quiero adelantar nada, pero no dejará a nadie impasible. Por cierto, me dijiste que tu madre estaba un poco alicaída tras el divorcio. ¿Por qué no la invitas a venir? Seguro que se distraerá.

—No es mala idea, Rudolf. Se lo voy a comentar, gracias.

—¡Genial! Cuanta más gente acuda, mejor —dijo Rudolf. Parecía un chaval. Su espíritu había rejuvenecido treinta años. Había sido un idealista desde muy joven y volver a debatir sobre política y filosofía le hacía especial ilusión.

Estaba todo preparado, las sillas en su sitio e incluso había comprado unos aperitivos para amenizar la sesión. Esa novedad fue sugerencia de Olga, para que los asistentes se sintieran más relajados y fluyera la comunicación. Los concurrentes llegaron y se acercaron a la mesa central donde estaba el picoteo. Las charlas y el murmullo inundaban la sala, pero Rudolf estaba preocupado en otras cosas. Olga aún no había llegado y habían acordado hacer la apertura juntos. Ella tenía en su poder los papeles donde él había escrito la introducción. Aunque tampoco era un drama, ya que se acordaba más o menos de lo que había preparado, prefería no dejar nada a la improvisación. El aperitivo se estaba acabando, Olga seguía sin aparecer y no podía demorar mucho más el inicio de la lectura. Entonces les indicó a los asistentes que fueran ocupando los asientos y justo cuando se dispuso a empezar con la introducción del libro, se abrió la puerta y entró Olga atolondrada con su madre tras ella. Olga vivía bastante lejos del centro, en las afueras de la ciudad, en el barrio de Trudering-Riem, en el lado este del río Isar, pero esa semana había huelga de autobuses y esa fue la causa de su retraso.

Rudolf, de espaldas a la puerta, se giró y al verlas entrar, se le

hizo un nudo en la garganta y le dio un vuelco el corazón. «¡Helga!», pensó. La reconoció enseguida, aunque habían pasado más de treinta años; tan solo el pelo canoso constataba el paso del tiempo, pero seguía igual de bella. Mantenía la cara de niña, esos labios carnosos que tanto le llamaban a besarlos, y sus ojos negros azabache que le habían enamorado el primer día que la vio. La madre de Olga era su gran amor de juventud. Realmente, el único amor que había tenido y que desapareció de su vida de la noche a la mañana sin previo aviso. Aquello le dejó destrozado, hasta el punto de que no se había vuelto a enamorar. «¡Es la madre de Olga! Qué caprichoso es el destino», se decía. Por su parte, Helga parecía que no se había dado cuenta de la presencia de Rudolf. Desde que se separó de su marido, apenas había salido y esa reunión le generaba bastante ansiedad. Tuvo que hacerse fuerte y animarse a acudir. Su hija fue de gran ayuda; sin ella, no se hubiera atrevido a ir. Olga se sentó en el asiento vacío que había al lado de Rudolf y Helga se acomodó en un hueco que había cuatro asientos a la derecha de ellos, de manera que no se podían ver, a no ser que se inclinaran hacia delante y mirasen girando la cabeza noventa grados, lo cual sería muy improbable. Normalmente, las personas que intervenían en el debate solían mirar al frente o moviendo ligeramente la cabeza a ambos lados. Rudolf se relajó un poco al darse cuenta de que difícilmente cruzarían sus miradas. De todas maneras, esa circunstancia había dejado en segundo plano todas las cosas que había preparado con tanta ilusión. Olga se dio cuenta de que algo le pasaba a Rudolf y, ante la dificultad para poder conversar con él en privado y preguntarle qué le pasaba, tomó el mando e hizo la introducción del libro, exponiendo la temática de ese nuevo ciclo de lectura. Rudolf permaneció callado y pensativo, ajeno a lo que Olga estaba contando. Tan solo asentía con la cabeza cuando Olga le miraba buscando la complicidad de Rudolf sobre lo que estaba diciendo. Tras terminar la presentación, dio paso a un voluntario para que empezase a leer un fragmento del libro y aprovechó para hablar con Rudolf.

—¿Qué te pasa? Estabas tan ilusionado con este día y te has quedado mudo.

—Sí, perdona. Debe ser la gran excitación de los días anteriores para que llegase este día. Me ha jugado una mala pasada y me he quedado bloqueado —dijo Rudolf ocultando la verdad sobre su estado.

—Bueno, Rudolf, relájate y céntrate. Hay más asistentes que nunca y sería una pena fallarles —dijo Olga. —Venga, lee lo que te habías preparado.

Rudolf quiso ser el último en leer. Esperó a que todos terminasen con sus lecturas y se dispuso a leer el fragmento que había

seleccionado del libro de Hermann Hesse.

«*¡Ah, es difícil encontrar esa huella de Dios en medio de esta vida que llevamos, en medio de este siglo tan contencioso, tan burgués, tan falto de espiritualidad, a la vista de estas arquitecturas, de estos negocios, de esta política, de estos hombres! ¿Cómo no había yo de ser un lobo estepario y un pobre anacoreta en medio de un mundo, ninguno de cuyos fines comparto, ninguno de cuyos placeres me llama la atención? No puedo aguantar mucho tiempo ni en un teatro ni en un cine, apenas puedo leer un periódico, rara vez un libro moderno; no puedo comprender qué clase de placer y de alegría buscan los hombres en los hoteles y en los ferrocarriles totalmente llenos, en los cafés repletos de gente oyendo una música fastidiosa y pesada; en los bares y variedades de las elegantes ciudades lujosas, en las exposiciones universales, en las carreras, en las conferencias para los necesitados de ilustración, en los grandes lugares de deportes; no puedo entender ni compartir todos estos placeres, que a mí me serían desde luego asequibles y por los que tantos millares de personas se afanan y se agitan. Y lo que, por el contrario, me sucede a mí en las raras horas de placer, lo que para mí es delicia, suceso, elevación y éxtasis, eso no lo conoce, ni lo ama, ni lo busca el mundo más que si acaso en las novelas; en la vida, lo considera una locura. Y en efecto, si el mundo tiene razón, si esta música de los cafés, estas diversiones en masa, estos hombres americanos contentos con tan poco tienen razón, entonces soy yo el que no la tiene, entonces es verdad que estoy loco, entonces soy efectivamente el lobo estepario que tantas veces me he llamado, la bestia descarriada en un mundo que le es extraño e incomprensible, que ya no encuentra ni su hogar, ni su ambiente, ni su alimento*».

Tras esa última lectura, Rudolf empezó el debate.

—En cierto modo me siento como *Harry Haller*, el protagonista de la novela, un ser solitario que nunca ha logrado encajar en el mundo, siempre en la búsqueda del sentido de la vida. Angustiado al darse cuenta de que vivía en una sociedad diseñada para las masas aturdidas y adormecidas que ejercían de engranajes de una maquinaria insaciable de producir riqueza y sentía que no había un lugar allí para él —dijo Rudolf. Su nueva vida en esa sociedad capitalista había sido un absoluto fracaso, precisamente por su éxito empresarial, aunque eso le había servido para abrirle los ojos y amortiguar la sensación inicial de frustración. Siempre intentaba sacar algo positivo de todo lo que le pasaba.

—Para mí, el protagonista es un ser inadaptado e incapaz de vivir en sociedad, de aceptar los convencionalismos sociales y por ello vive angustiado en la búsqueda del sentido a su existencia —dijo uno de los asistentes, refrendado por la amplia mayoría que interpretaron el libro desde el punto de vista contrario a Rudolf, quien se quedó un

poco sorprendido por la unanimidad en las opiniones de sus contertulios. «Quizá el hecho de que ellos lleven muchos años viviendo aquí, en un régimen capitalista, hace que ya estén acostumbrados y adormecidos, sí, será eso», pensó Rudolf.

—Yo estoy de acuerdo con Rudolf. Vivimos en una sociedad deshumanizada y preocupada por los bienes materiales. Ya lo decía Albert Einstein, «La anarquía económica de la sociedad capitalista tal y como existe hoy en día es, en mi opinión, la verdadera fuente del mal» —dijo Olga, siendo aplaudida en solitario por su madre, algo que no pasó desapercibido por Rudolf. Helga y él habían militado en el Partido Comunista de la RDA y parecía que seguían en la misma sintonía política. El debate sobre el libro de Hesse había derivado en una discusión política, entonces Olga pensó que era el momento de acabar con esa reunión. No era el objetivo del club hablar de política, así que cambió de tema e hizo una breve introducción del libro de la siguiente semana, tras lo cual los asistentes fueron saliendo, hasta que se quedaron solos Rudolf, Olga y su madre, Helga.

—Hola Rudolf, ¡cuánto tiempo! Me alegro de verte, ¿te acuerdas de mí? Han pasado más de treinta años… —dijo Helga un poco fría e intentando parecer sorprendida, ya que lo había visto nada más entrar en la librería. Además, había seguido todo lo ocurrido con las empresas de Rudolf y su ingreso en la cárcel. Formaba parte del Partido Comunista de Alemania y había participado en las manifestaciones contra él y sus políticas empresariales.

—¡Helga! ¡Qué sorpresa! Me dijo Olga que vendría con su madre, pero nunca me hubiera imaginado que fueras tú… —dijo Rudolf, denotando un poco de nerviosismo.

—¿Pero, es que os conocéis? —preguntó Olga.

—Mucho más que eso, tu madre y yo éramos novios y hasta nos íbamos a casar, pero un día desapareció… —dijo Rudolf un poco emocionado.

—¿Es eso cierto, mamá? Te había hablado de Rudolf, de mi jefe, de que puso a mi nombre la librería y estabas al tanto de su entrada en la cárcel. ¿Cómo es que no me habías dicho nada?

—Hija, es una historia muy larga. Ya te lo contaré con más calma, ahora no es el momento. Además, se ha hecho tarde. Creo que deberíamos irnos, el señor Schwarz tendrá cosas que hacer —dijo Helga, que estaba muy incómoda y quería irse cuanto antes de allí. Olga notó algo raro en su madre y en Rudolf, se hizo un silencio un poco molesto y Helga cogió a su hija de la mano para marcharse.

—Adiós, Rudolf, encantada de volver a verte —dijo Helga.

—Igualmente, a ver si nos volvemos a ver —dijo Rudolf, mientras salían por la puerta. No daba crédito. Había vuelto a ver a su amor de juventud y se había quedado con una extraña sensación. Por un lado, estaba alegre y agitado, pero por otro lado la reacción un poco fría de Helga le dejó apesadumbrado y se fue caminando entristecido y meditabundo hacia su apartamento. Le costó dormir esa noche. Volver a ver a Helga le había hecho pensar en todos los años que habían pasado, y al hacer balance de su vida no encontró nada que realmente hubiera dejado huella. Eso le entristeció todavía más. Sintió como si toda su vida hubiera pasado dejándose llevar por la corriente que en cada momento le empujaba a hacer una cosa u otra, sin plantearse cuáles eran sus deseos y pelear por ellos.

Cuando volvió al trabajo al día siguiente, Olga le acribilló a preguntas. Su madre le dio una explicación bastante escueta que no le convenció.

—Buenos días, Rudolf, te veo un poco desanimado. ¿Pasa algo?

—No he dormido muy bien esta noche, eso es todo.

—Ayer, me di cuenta de que entre mi madre y tú había una cierta tensión, y aunque me dijiste que habíais sido novios en el pasado, me quedé pensativa. ¿Qué pasó realmente entre vosotros?

—La verdad es que estábamos muy enamorados y habíamos planeado casarnos en poco tiempo. Incluso les pedí formalmente su mano a tus abuelos. Pero tu madre desapareció sin previo aviso. La busqué por todos lados, pero nadie sabía nada de ella. Me quedé destrozado durante años. Quizá lo que viste ayer fue lo nervioso que estaba yo y quizá tu madre también lo estaría.

—Conozco muy bien a mi madre, y ayer no estaba nerviosa, lo que le pasaba es que estaba muy incómoda y quería que nos marcháramos cuanto antes. ¿Por qué crees que sería?

—Eso se lo tienes que preguntar a ella, yo no te puedo ayudar con eso.

—Ella me dice prácticamente lo mismo que tú, pero sé que me oculta algo importante.

—A mí me gustaría saber qué pasó, ¿por qué se fue sin decir nada? ¿Tú sabes algo? ¿Te lo ha contado? —preguntó con insistencia Rudolf.

—No me cuenta nada, es como si fuera algo secreto. Rehúye hablar de esa parte de su vida. Se me ocurre que podrías venir a casa a cenar el sábado por la noche y quizá con más tranquilidad podáis hablar del pasado.

—A mí me gustaría, pero ¿y tu madre? Quizá no esté de acuerdo.

—Hablaré con ella. No te preocupes, la convenceré —dijo Olga y se puso a sus tareas. Rudolf tendría la posibilidad de conocer qué pasó y así poder cerrar una etapa de su vida que le había atormentado durante mucho tiempo.

19

Una lluvia torrencial caía sobre Múnich esa mañana de sábado. Rudolf había ido a pasear por el jardín botánico de Nymphenburg, un bello lugar en el centro de la ciudad de Múnich, donde poder relajarse. La cita de esa noche con Olga y su madre le ponía bastante nervioso. Se resguardó en el invernadero destinado a los cactus y esperó a que la lluvia amainase para seguir con su paseo. El contacto con la naturaleza calmaba sus nervios. Ante tanta belleza junta, sus sentidos alterados se entregaban seducidos a la serenidad y al silencio que allí se respiraba. Cuando paró de llover, se dirigió hacia el edificio principal del jardín, donde había una exposición de grabados botánicos muy interesantes, y se pasó el resto de la mañana allí distraído. Más tarde, regresó a su apartamento a comer y descansar antes de acudir a la cena de esa noche. Cuanto más se acercaba la hora, más nervioso se ponía. Tenía la intuición de que esa noche algo importante iba a pasar. Toda su vida quedó marcada por la desaparición de Helga. No se trataba solo de la desaparición de su amada, lo que ya fue un golpe muy duro, sino que se sumaba a la desaparición de sus padres cuando tan solo era un niño. Le quedó la sensación de que todo lo que amaba se alejaba de su lado y quizá por eso en su vida no había vuelto a tener ninguna relación sentimental, para no volver a sufrir el abandono. Ese sentimiento que le dejó destrozado no lo quería volver a sentir. Pero su vida sin nadie a quien amar, por la incapacidad de luchar por sus deseos, había sido como un barco sin motor a la deriva, que toma la dirección del viento cambiante. Tan solo el amor hacia los libros y la naturaleza aliviaban ese pesar; ellos siempre estarían ahí, nunca le abandonarían, eran el refugio de su alma.

Se vistió con su mejor traje y pasó por varias tiendas para comprar una buena botella de vino, unos dulces y un ramo de flores. No quería llegar con las manos vacías y además, era su manera de agradecer la invitación de Olga. El trayecto hasta su casa era bastante largo, pero desechó la idea de coger un autobús y prefirió ir caminando para relajar los nervios. Tras salir del casco antiguo, se encaminó hacia el puente Corneliusbrücke, uno de los puentes más emblemáticos de la ciudad para cruzar al otro lado del río Isar. Mientras pasaba por el puente, giró la cabeza y pudo observar la belleza de la puesta de sol que en ese momento teñía de dorado las aguas en calma del río, esa lámina áurea solo se quebraba con la danza de los cisnes al aparearse, el sonido que hacían era un

espectáculo que llegaba a finales de otoño y del que los muniqueses tenían el lujo de poder disfrutar. De pronto, miró su reloj y se dio cuenta de que se había entretenido demasiado tiempo ante esa belleza de la naturaleza. Aceleró el paso, ya que todavía le quedaba un largo trecho por hacer. El estado de relajación que había conseguido viendo los cisnes se tornó en nerviosismo por las prisas que tenía por no llegar tarde. Llegó al número de la calle, justo a la hora que le indicó Olga. Se detuvo unos segundos para tomar aire y, tras recobrar el aliento y sentirse más relajado, entonces tocó el timbre.

—Bienvenido, Rudolf, pase, pase… —dijo Helga.

—Muchas gracias, les traigo unas flores y algunas cosas para la cena.

—No se tenía que haber preocupado, pero muchas gracias de todas maneras, las flores son preciosas, ¿son dalias y gerberas?

—Sí, sí, se nota que está interesada en las plantas. No todas las personas las hubieran reconocido por su nombre —dijo Rudolf.

—Bueno, me gustan mucho los jardines y la naturaleza en general. Mi hija tardará un poco en llegar, ha salido con un amigo para ir al cine. ¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza estaría bien, gracias —dijo Rudolf. Se quedaron conversando sobre plantas mientras llegaba Olga. Rudolf tenía una buena oportunidad para preguntarle por lo que sucedió en el pasado cuando desapareció tras la pedida de mano a sus padres, pero no se atrevía.

—Aquí tienes, una cerveza tostada como las que te gustaban, si no recuerdo mal. Rudolf, creo que es momento de que te dé una explicación de lo que pasó, además yo también lo necesito —dijo Helga.

—La verdad es que lo pasé fatal cuando te fuiste sin decir nada. En todos estos años no he dejado de preguntarme cuál habría sido la causa.

—Siento mucho cómo fueron las cosas, yo también quedé destrozada, pero tuvimos que marcharnos de la RDA de manera urgente. Mi padre recibía amenazas de muerte constantemente por sus ideas contra la Stasi. Aunque comulgaba con las ideas del partido, estaba abiertamente en contra del modus operandi del ministerio para la seguridad del estado. Ese domingo, en el que les pediste mi mano a mis padres, por la tarde recibimos un aviso de un amigo diciéndonos que debíamos irnos inmediatamente fuera del país, porque iban a venir a llevarse a mi padre detenido. Ya sabes cómo se las gastaban… No pude ir a avisarte al día siguiente. Salimos esa misma noche hacia

Praga, de ahí fuimos a Viena y tras una semana escondiéndonos, entramos en la RFA por la frontera cerca de Salzburgo. Mis padres tenían amigos en Múnich y empezamos una nueva vida aquí.

—Vaya odisea, no sabía que tus padres estaban abiertamente en contra de la Stasi. El destino nos separó, ya no podemos hacer nada. Gracias por contármelo. Me quedo más tranquilo sabiendo que pasó —dijo Rudolf emocionado.

—Hay algo más, Rudolf. Y es la razón por la que no he tenido el valor de ir a verte, sabiendo que eras el jefe de Olga. ¡Qué caprichoso es el destino!, ¿verdad?… —dijo Helga, suspiró y continuó— Rudolf, Olga es tu hija, es nuestra hija. Siento mucho no haber tenido el valor de decírtelo antes. Al poco tiempo de asentarnos en Múnich me di cuenta de que estaba embarazada. La concebimos aquel día después del cine, en tu casa, ¿te acuerdas? Olga no lo sabe, por favor, no le digas nada. Déjame a mí que se lo diga. Va a ser duro. Lleva toda su vida creyendo que su padre es Peter, mi anterior marido. Nos conocimos cuando estaba embarazada de tres meses y él ha hecho de padre todo este tiempo.

—¿Qué?, no me lo puedo creer. ¡Olga, mi hija! ¿Estás segura de eso?

—Rudolf, era muy joven, solo hice el amor dos veces y fue contigo. ¡Claro que estoy segura! ¡Ojalá no lo hubiera estado!, así no habría tenido este pesar durante tantos años.

—¿Por qué ahora?

—Mi conciencia, me estaba torturando. No podía seguir con esta mentira. Estuve a punto de presentarme en la librería, pero entonces fue cuando te metieron en la cárcel y al verte el otro día, supe que no podía demorarlo más. Al decirme Olga que te había invitado a cenar, vi la oportunidad.

—Esto lo cambia todo. Toda mi vida sin encontrar un sentido a mi vida y sintiéndome solo y abandonado. Y en alguna parte nacía, crecía y se hacía mayor una hija mía…, que extraño es el destino…

—Lo siento mucho Rudolf, sé que esto ahora te parece una locura, pero mira el lado positivo, Olga todavía es una chica joven, podéis compartir muchas cosas juntos todavía. Además, el destino ha querido que os encontraseis. ¿No te parece mágico que ella fuese a ti para pedirte trabajo?

—Sí, desde luego, desde que llegué a Múnich en mi vida ha pasado de todo y nada ha sido normal o monótono —dijo Rudolf justo cuando se escuchó el sonido de una llave en la cerradura abriendo la puerta. Era Olga.

—Hola Rudolf, ¿qué tal estás? —dijo Olga.

—Bien, bien, estábamos poniéndonos al día tu madre y yo —dijo Rudolf bastante nervioso. Ya no podía mirarla como antes, ¡era su hija!

—¿Te pasa algo?, te veo raro —dijo Olga.

—No, no, nada, será la cerveza que se me habrá subido a la cabeza —dijo Rudolf intentando disimular.

—Bueno, bueno… ¿vamos preparando la mesa, mamá? —dijo Olga. La explicación de Rudolf no le convencía, pero suponía que serían cosas entre ellos dos del pasado y tampoco quiso indagar.

—¿Qué tal el cine hija? ¿Lo has pasado bien con tu amigo? —dijo Helga yendo con ella hacia la cocina.

—Sí, sí, muy bien. La película nos ha gustado mucho y Hugo es tan majo…

—¡Ay hija!, me alegro mucho… —dijo Helga mirándole a los ojos con una sonrisa pícara.

—Bueno mamá, déjalo… Hugo, es solo un amigo… —dijo Olga sonriendo. Rudolf, estaba sentado en el sofá del salón ajeno a la conversación, ensimismado en sus pensamientos. Sentía alegría y pánico al mismo tiempo. Difícil combinación, pero su mente parecía que se partía en dos. De pronto su vida cobraba sentido, pero por otro lado no sabía cómo debería actuar, sobre todo cuando Helga le contase la verdad a su hija. Olga era una chica con mucho carácter y le preocupaba su reacción. Se levantó para ayudarles en la cocina y para despejar su mente, pero era el invitado y ellas no le dejaron hacer nada. Le abrieron otra cerveza y se fue de nuevo al salón con sus pensamientos, esperando a que estuviera terminada la cena.

—¡Qué hambre!, Rudolf. Aquí está la especialidad de mi madre. Cerdo asado con albóndigas y patatas. Espero que te guste —dijo Olga que estaba muy animada.

—¡Me encanta! Es uno de mis platos preferidos de la cocina bávara. Además, el vino que he traído le viene genial a este plato —dijo Rudolf que estaba sentado en medio de las dos. Por un momento su mente fantaseó con la idea de que estaba en una cena en familia, con su hija y su mujer, pero Helga pronto le despertó de ese sueño.

—Bueno, espero estar a la altura de vuestras expectativas… —dijo Helga— Rudolf, hay una cosa que quería preguntarte desde hace tiempo. Cuando nos conocimos eras un fanático de la causa comunista. No llego a entender cómo es posible que hayas cambiado tanto y hayas abrazado el capitalismo, además en su peor versión, con

acoso laboral y contratos basura. ¿Cuál ha sido la razón?

—¡Mamá!… —dijo Olga mirando a su madre con una mirada inquisitiva.

—No…, está bien, Olga. No me importa. Es normal que tu madre me haga esa pregunta, porque yo también me la hago a diario. No creas que tengo una respuesta clara al respecto. Es como un sueño. Lo cierto es que nunca me ha motivado la riqueza ni el poder, pero me dejé llevar por algunas amistades que hice al llegar y sin darme cuenta me había convertido en un gran empresario. Estaba perdido al llegar a esta ciudad y me dejé llevar. Pero lo que sí tengo claro es la lección que he aprendido. La verdad es que me arrepiento mucho de la forma en que traté a mis trabajadores, pero gracias a esta experiencia y el paso por la cárcel, he recuperado mis convicciones morales e ideológicas. Ahora soy más consciente de hasta qué punto el sistema capitalista te engulle en un torbellino si no estás despierto y atento. Sentirse rico y poderoso puede ser muy embriagador y adormecer tu mente. A veces bajar a los infiernos puede ser muy aclarador.

—Vaya, Rudolf. Me alegro de que te hayas redimido, pero ¿cómo pudiste dejarte llevar? Yo nunca dejaría mis convicciones de lado —dijo Helga.

—Es una historia muy larga. Mi vida no ha sido fácil y ahora no es momento de contarla. Lo único que sé, es que el sistema capitalista se nutre más de las personas pobres de espíritu y perdidas que de las despiertas y conscientes, y las utiliza como combustible para su maquinaria infernal.

—Bueno Rudolf, ¿te gusta la cena?, el vino está buenísimo —dijo Olga cambiando de tema. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—Está muy bueno, gracias Helga por esta comida tan rica. El vino es un descubrimiento de mis comidas de empresa en los grandes restaurantes. Algo bueno he sacado de todo eso… ja, ja, ja —dijo Rudolf sonriendo.

—Me alegro de que te guste, Rudolf —dijo Helga mientras Olga rellenaba de vino las tres copas.

—Olga, ve a la cocina y saca la otra botella de vino que queda en la despensa —dijo Helga, que estaba muy animada— Rudolf, ¡vamos a brindar! Olga tú también. ¡Por nosotros! Levantaron las copas y bebieron. Rudolf y Olga se mantenían serenos, pero Helga empezaba a estar un poco ebria.

—Mamá, deberías dejar de beber tanto. Estás borracha, tenemos un invitado —dijo Olga, que no quería que Rudolf se llevase una mala

impresión.

—Olga, no te preocupes, Rudolf es como de la familia… ja, ja, ja. He dicho que es “como de la familia”, ups… —dijo Helga riendo a carcajadas.

—¿Qué dices mamá?, estás delirando.

—Ponme más vino Rudolf —dijo Helga. Olga empezó a sentirse incómoda y a enfadarse con su madre.

—Vamos hija, estamos de celebración, no te pongas así. Es sábado y la noche es joven.

—¿Qué se celebra? —dijo Olga con cara de pocos amigos. Helga ya estaba borracha del todo y apenas podía dejar de decir tonterías y de reír.

—Olga, hoy es un día muy especial. Por fin estamos la familia al completo. ¿No estás contenta? Rudolf es tu padre, hija mía —dijo Helga. Olga le miró a Rudolf, que se quedó petrificado, sin poder articular ni una sola palabra.

—Se te ha ido la cabeza, mamá. ¿Qué va a pensar el pobre señor Rudolf? —dijo Olga mirando a Rudolf.

—Olga, tu madre está borracha, pero lo que dice es cierto. Soy tu padre. Para mí también es una sorpresa. Tu madre me lo ha dicho justo antes de que llegaras.

—Mamá, ¿es eso cierto? —preguntó Olga.

—Sí hija, siento mucho no habértelo contado antes —dijo Helga, que en ese momento tan tenso había perdido la borrachera de golpe. Olga salió corriendo hacia su habitación y su madre salió tras ella.

—Olga, lo siento, cariño. Nunca supe cómo contártelo y como Peter apareció en mi vida antes de que tú nacieras…, tampoco pensaba que Rudolf volvería a aparecer en nuestras vidas.

—Eso no es excusa, mamá. Me has ocultado algo tan importante toda mi vida —dijo Olga y se echó a llorar.

—Helga, yo me marcho, tenéis cosas de que hablar. Olga, nos vemos en la librería. Gracias por la cena —dijo Rudolf. Al igual que Olga, él también necesitaba tiempo para asimilar todo aquello.

—Vale Rudolf, gracias por venir y lo siento… —dijo Helga.

—No te preocupes, es mejor así. De alguna manera teníamos que enterarnos. Olga lo entenderá. Es una buena chica. Nos vemos… —dijo Rudolf y salió del apartamento. Después de una larga conversación de reproches y lloros, madre e hija se abrazaron y se fueron a dormir, estaban agotadas física y mentalmente. En cambio,

Rudolf se pasó toda la noche en vela sin dormir. Esa noticia le había dejado descolocado y no sabía qué hacer. «¿Cómo se supone que debo tratarla a partir de ahora en el trabajo? ¿Qué esperará de mí, ahora que sabe que soy su padre?, y ella, ¿me tratará de diferente manera?» Esas, entre otras preguntas, le mantuvieron despierto toda la noche.

20

El día siguiente, domingo, Rudolf se fue de excursión al bosque de Ebersberg, una zona verde cercana a la ciudad para despejar la mente y reflexionar sobre los acontecimientos de la noche anterior. Cogió un autobús que le llevó hasta la población de Schaberwegen. Desde allí se adentró en una masa boscosa y se perdió entre los altos árboles. Hacía un día plomizo de primeros de diciembre, el cielo gris amenazaba lluvia o quizá nieve, ya que la temperatura había bajado mucho la noche anterior. Pasó toda la mañana paseando y después hizo un descanso en medio del bosque para comer. En ese momento empezaron a caer copos de nieve. Rudolf lo estaba deseando toda la mañana y al fin pudo disfrutar de una gran nevada. Se sentó en un tronco muerto y se dispuso a comer. Hacía bastante frío, pero su ánimo era inmejorable. Tras reponer fuerzas, se dirigió hacia la ciudad que daba nombre al bosque. Un manto blanco cubría el bosque. Los caminos y las copas de los árboles estaban deslumbrantes y contrastaban con el cielo cubierto por las densas nubes negras. La nieve caía con más intensidad conforme avanzaba la tarde y Rudolf aceleró el paso para refugiarse en la población de Eberberg. Se empezaba a encontrar mal, el frío había calado en sus huesos y se encontraba débil, tras deambular un largo rato perdido por los caminos de ese bosque que no conocía. Se había confiado. La nieve había cubierto las indicaciones y por eso andaba extraviado. Llegó a un cruce de caminos y tras mirar detenidamente cada uno de ellos, pudo observar que por el camino de la izquierda se veía al fondo las casas iluminadas del pueblo. Se relajó un poco y bajó el ritmo. Justo en ese momento cruzó ese camino una manada de jabalíes a gran velocidad. Rudolf se detuvo sorprendido por la gran cantidad de animales y por su gran tamaño. Aprovechó para beber un poco de agua. Se descolgó la mochila y la dejó en el suelo para abrirla. Cogió la botella de agua y cuando se incorporó para beber pudo ver la silueta de un hombre a lo lejos, en medio del camino que llevaba hasta el pueblo. Estaba inmóvil y tenía el sombrero y la chaqueta completamente blancos como si fuera un espantapájaros que no se había movido desde que empezó a nevar esa tarde. Se colgó de nuevo la mochila y se puso a andar hacia él. Al acercarse pudo reconocer a ese larguirucho hombre con su largo pelo blanco bajo el sombrero. ¡Era Azarel!, entonces Rudolf cayó desplomado en el suelo debido al cansancio, pero sobre todo por la visión de nuevo de Azarel.

—¿Qué te pasa Rudolf? Tienes mal aspecto.

—Azarel, ¿qué haces aquí? —dijo con voz muy débil.

—Rudolf, estoy muy orgulloso de ti. Has conseguido volver a ser quien eras y recuperar tus valores. Además ahora el amor llama a tu puerta…, tu hija Olga es un regalo que te da la vida, ¡aprovéchalo!, y disfruta del tiempo que estés con ella. No escatimes en darle cariño. Es importante tener dignidad y no traicionar tus valores morales, pero sin amor, el ser humano tan solo transita por este valle de lágrimas que es el mundo en el que vivimos. El amor es el salvavidas que nos mantiene a flote ante los envites de la vida. No te olvides de eso, Rudolf. Disfruta de esta dádiva del destino —dijo Azarel y se esfumó, en el suelo tan solo quedaron el sombrero y la chaqueta amontonados, como si se le hubiera tragado la tierra expulsando sus ropajes a la superficie. Entonces el claxon de un vehículo le despertó del desvanecimiento. Paró y un hombre bajó, le ayudó a subirlo al coche y lo llevó al hospital del pueblo. Tan solo tenía un leve síntoma de hipotermia. Permaneció la noche allí y al día siguiente le dieron el alta.

—No sé qué pasó y cómo llegué hasta aquí —le dijo Rudolf a las enfermeras.

—Señor, llegó hablando de un tal Azarel, presentaba síntomas de alucinaciones y balbuceaba ideas incoherentes. Pero no se preocupe, todo eso era debido a su estado de hipotermia y ahora se encuentra perfectamente —dijeron las enfermeras. Rudolf, tras salir del hospital, cogió el primer autobús que salía hacia Múnich. Al llegar a la capital de Baviera, lo primero que hizo fue ir a la librería a ver a Olga.

—Buenos días Olga, ¿qué tal todo por aquí?

—Rudolf, te esperaba más pronto preparando la lectura de mañana. Tienes mala cara. ¿Estás bien?

—Sí, no es nada, tan solo estoy un poco cansado. Ayer me fui a pasear por el bosque y anduve más de lo previsto… Olga, tenemos que hablar…

—Sí, Rudolf, he estado toda la mañana nerviosa, esperando que vinieras, no sé qué decir…

—Es todo muy raro. Yo me enteré al igual que tú el sábado de que era padre, después de tantos años… Pero, sabes Olga, ayer estuve todo el día pensando sobre ello y estoy muy feliz de ser padre, tu padre. Eres una chica estupenda y siempre he estado muy orgulloso de todo lo que haces. No podía tener mejor hija que tú. Después de todo el destino nos ha querido unir, ¿no te parece casi un milagro que tú vinieses a buscar trabajo justo aquí? Es mágico —dijo Rudolf emocionado y con los ojos llorosos.

—Rudolf, eso que dices es muy bonito. Yo estoy en shock. De la noche a la mañana el que era mi padre ya no lo es y ahora apareces tú… Necesito tiempo para asimilarlo, pero tú siempre me has tratado muy bien. Me alegro también de saber que eres mi padre, aunque sea en estas circunstancias… Es todo tan extraño…, pero bueno la vida viene así… Dame tiempo para normalizarlo, si me ves rara o ensimismada en mis pensamientos no te preocupes. No quería llorar y mira… —dijo Olga llorando y con la voz entrecortada. Rudolf le dio un pañuelo para que se secara las lágrimas— Por lo demás, aquí todo normal como siempre, si quieres que te ayude a encontrar el libro para mañana, dímelo. ¿Qué tema quieres proponer para el debate de mañana? —dijo cambiando de tema para relajar las emociones.

—El amor en la sociedad capitalista. Quiero dar un giro radical, será una sorpresa para los asistentes, aunque no sé cómo lo tomarán después de sus reacciones en el debate tras la lectura del *Lobo Estepario* de Herman Hesse. Ahí está la gracia, en crear discusión, sino es muy aburrido.

—Vaya, ¡qué cambio!, tú que siempre sueles hablar de temas filosóficos y existencialistas. ¿A qué se debe?

—¿Acaso hay una filosofía de vida mejor que la que está basada en el amor?

—La verdad es que no, Rudolf… ¿Ya tienes seleccionado el libro?

—Tengo varias opciones, aún no me he decidido, pero ahora me pongo a ello —dijo Rudolf y subió las escaleras de caracol para acceder al segundo piso. La conversación había sido sanadora para ambos, tras ella se dispusieron a sus tareas aliviados y con la mente despejada. Ser padre le dio sentido a todo. Su vida ya no era en vano y sus crisis existenciales habían desaparecido, ahora había algo que estaba por encima de su individualidad, esa a la que se había aferrado desde que quedó huérfano, precisamente para no sufrir la incertidumbre que le creaba esa sensación de abandono constante que le dejó traumatizado desde niño. Preocuparse de otra persona y darle todo el amor que fuera capaz, eso era lo que quería, por encima de sentirse amado por su hija. Eso quizá con suerte llegaría con el tiempo.

Se decantó por el libro de Erich Fromm, *El Arte de Amar* para la lectura y el debate. Se lo llevó a su casa y estuvo toda la noche entresacando las frases que más se ajustaban a lo que él quería decir. Ese martes sería su último día en el club. Se sentía cada vez más unido a la naturaleza y su amor por ella era más fuerte que nunca. Encontraba la paz en sus paseos por la montaña, el sonido de los árboles movidos por el viento, el sonido del agua de los ríos, el cantar

de los pájaros…, todo eso le engrandecía el alma. Había decidido irse a vivir al campo. Lo había meditado en las últimas semanas y sentía que era el momento de hacer un cambio en su vida. En un principio pensó en vivir cerca de Leipzig, pero la gran novedad en su vida, su reciente paternidad le llevó a buscar una zona cercana a Múnich para estar cerca de su hija.

La propuesta de esa tarde generó un pequeño murmullo. Una temática tan genérica, daba lugar a múltiples vertientes. Olga empezó leyendo unos párrafos, y tras ella otros tantos le siguieron. Rudolf prefirió ser el último en leer las frases que había destacado.

> «*El principio sobre el que se basa la sociedad capitalista y el principio del amor son incompatibles (…) Aun si aceptamos que el principio del capitalismo es incompatible con el principio del amor, debemos admitir que el "capitalismo" es, en sí mismo, una estructura compleja y continuamente cambiante, que incluso permite una buena medida de disconformidad y libertad personal (…) Si el hombre quiere ser capaz de amar, debe colocarse en su lugar supremo. La máquina económica debe servirlo, en lugar de ser él quien esté a su servicio. Debe capacitarse para compartir la experiencia, el trabajo, en vez de compartir, en el mejor de los casos, sus beneficios. La sociedad debe organizarse en tal forma que la naturaleza social y amorosa del hombre no esté separada de su existencia social, sino que se una a ella*».

Esas reflexiones del escritor alemán le parecían desde su punto de vista muy apropiadas para la sociedad en la que vivía. El debate fue muy vivo y acalorado. No era para menos, era un tema muy controvertido y los puntos de vista eran tantos como participantes en el debate. El objetivo de Rudolf era hacer pensar y reflexionar sobre la capacidad del ser humano de amar incondicionalmente en una sociedad tan individualista y en constante competición con los demás. Se puede decir que lo consiguió. La gente mientras salía de la librería, seguía cambiando opiniones. Cuando se quedó a solas con Olga aprovechó para comentarle sus planes de futuro.

—A partir de ahora, propondrás tú los temas a tratar y elegir los libros de cada semana. Con el debate de hoy siento que he terminado un ciclo. Tengo pensado irme a vivir al campo y estar más cerca de la naturaleza. Noto que mi cuerpo y mi mente me lo están pidiendo. A un pueblo cercano para no perder el contacto contigo, así que de todas maneras no te librarás de mí… Vendré cada martes para verte y para disfrutar de los debates. Podemos comer juntos y así me vas contando las novedades —dijo Rudolf. Los libros que había seleccionado desde que empezó con el club de lectura le habían servido de terapia personal. Quizá de manera inconsciente siempre elegía novelas que le

tocaban de lleno en las vivencias que tenía en cada momento. Y con ese último libro tratando el tema del amor, en su interior sintió que ya no tenía más temas sobre que debatir. Entendió que había llegado a la parte más esencial de su ser y que por encima del amor incondicional ya no había nada más importante.

—¡Qué pena!, Rudolf. Con lo bien que preparas tú las sesiones. No sé si estaré a la altura.

—No digas tonterías, lo harás incluso mejor que yo. Tienes muchas cosas que aportar. Lo que yo he tardado toda mi vida en entender, tú lo tienes de manera innata. Desprendes alegría y eres generosa con los demás. Lo harás genial… y siempre puedes llamarme y pedirme consejo… al fin y al cabo soy tu padre y estoy para lo que necesites, de verdad.

—Muchas gracias, Rudolf. ¿Adónde has pensado ir?

—Para mí es un placer ayudarte en todo lo que pueda. Saber que eres mi hija me ha cambiado la vida y me siento con el espíritu renovado. Iré a Ebersberg, un pueblo a pocos kilómetros de aquí, ¿lo conoces? Alquilaré una casa de campo con huerto y me dedicaré a escribir, leer y a la agricultura. La vida en la ciudad me asfixia, va muy rápida y necesito calma para ordenar mis pensamientos.

—¿Qué si lo conozco? Hugo, mi amigo con el que me fui al cine el otro día, ¿te acuerdas? Él es de allí. Vino a estudiar a la universidad, pero sus padres y hermanos viven en Ebersberg.

—Vaya, qué casualidad. Entonces quizá nos veremos más a menudo. ¡Genial! —dijo Rudolf. Cerraron la librería y se fueron caminando hacia la parada de autobús donde Olga cogía ese medio de transporte hacia su casa cada día.

21

El sonido del gallo le despertaba cada mañana. Sentado en la cama, ponía los dos pies en el suelo y miraba por la ventana. Veía cómo los primeros rayos de luz del día se asomaban y descendían por la ladera de la colina, devolviendo a los prados el color verde intenso que la oscuridad de la noche le había cogido prestado por unas horas. Tras estirar los brazos hacia arriba y dar un bostezo, se levantaba y se ponía en marcha. Salía al huerto a recoger un par de huevos de sus gallinas y se adentraba en la cocina. Un buen vaso de café con leche y unos huevos fritos con salchichas le daban la energía suficiente para la jornada. Tras desayunar, cogía la bicicleta e iba hasta la panadería del pueblo para comprar pan de centeno y algunos dulces. La mañana la destinaba a trabajar el huerto y cuidar los animales. Por las tardes se dedicaba a escribir y a leer. Esa era su nueva y maravillosa vida. Después de tres meses, su vida había cambiado completamente. La calidad de vida de la que disfrutaba era envidiable. Su hija le visitaba a menudo y cada vez estaban más unidos. Para Rudolf, Olga era un regalo que le había dado la vida, no solo por ser su padre, sino porque ella le estaba enseñando una parte de él que tenía dormida: expresar los sentimientos. Estando a su lado, se le contagiaba su alegría de vivir y la generosidad que derrochaba en todas sus acciones. Era un ángel que le guiaba en esa nueva etapa de su vida.

Tras una de las conversaciones que mantenía con su hija, tuvo una brillante idea. Se sentía tan afortunado en su nueva vida, que quería dedicar parte de sus recursos y su tiempo a los demás. Influenciado por Olga, que era voluntaria en el comedor social, creó una escuela de agricultura y ganadería para los presos que, como él, salían de la cárcel estigmatizados, sin trabajo y desorientados. Aprenderían una profesión y, sobre todo, se sentirían apoyados y queridos. Las amistades que hizo entre los funcionarios de prisiones fueron de gran ayuda; la idea les pareció magnífica y, en pocas semanas, ya se había formado un pequeño grupo de personas que ayudaban a Rudolf en las labores del campo, aprendían y compartían sus vivencias. Olga estaba muy orgullosa de su padre, aunque todavía seguía en su proceso de asimilación de que Rudolf y no Peter era su padre biológico. Echaba de menos a Peter, desde que nació, cuidó de ella como si fuera su papá y, de hecho, ella lo sentía así. Rudolf era consciente de que su hija quizá nunca le llegaría a querer como a Peter, pero no estaba tan preocupado de sentirse querido como de darle amor y cariño. Para él, era una gran alegría preocuparse por ella, quererla y hacer cualquier

cosa que estuviera en su mano para ayudarla. No esperaba nada de ella. No era justo tampoco. Olga, con casi treinta y cuatro años, era una mujer que sabía muy bien lo que quería.

La relación entre Olga y Hugo había pasado a otro nivel. Eran novios formalmente y las visitas a Ebersberg para visitar a los padres de Hugo cada vez eran más frecuentes. De ello se beneficiaba Rudolf, ya que veía a su hija con más frecuencia. Helga a veces le acompañaba a la casa de Rudolf. Aunque tenían una buena relación, nunca volvieron a sentir nada el uno por el otro. Demasiados años habían pasado, pero, sobre todo, las vivencias de cada uno habían sido muy diferentes. Helga, aunque vivía desde muy joven en un país capitalista, nunca traicionó sus ideales comunistas y seguía enrolada en el partido. Siempre había sido muy fiel a su forma de ver la vida y no se había dejado influenciar por nada ni por nadie. En cambio, Rudolf había sido una veleta en manos del viento cambiante. Ya solo les unía una hija en común.

Casi un año después de instalarse Rudolf en el campo, Olga le llamó una mañana para darle una gran noticia.

—Rudolf, ¡nos vamos a casar! Ayer Hugo me pidió matrimonio.

—¡Qué alegría, hija! ¿Cuándo será la boda?

—No lo sabemos todavía, ni el lugar, pero estoy tan emocionada…

—Me alegro mucho por vosotros.

—Nos vemos el fin de semana, pasaremos por tu casa. Hasta el sábado —dijo Olga. Rudolf se emocionó y fue a decírselo a sus compañeros de trabajo. Ya eran más de quince personas las que trabajaban juntos en el campo y había hecho amistades entre ellos. A algunos de ellos los había conocido en los dos meses que estuvo en la cárcel y se alegraba mucho de tenerlos allí en unas circunstancias mucho más favorables para que expresaran sus traumas y los sentimientos afloraran. Eran como una gran familia.

El sábado preparó una comida especial. Olga, Hugo y Helga fueron a visitarle y a darle la noticia de la fecha y el lugar donde se iba a celebrar. Rudolf preparó un cerdo asado al horno de leña para chuparse los dedos.

—La boda será en unos meses, a principios de julio, aunque el día exacto aún no nos lo ha confirmado —dijo Olga.

—Pero eso es dentro de nada. ¿Dónde será la celebración?

—Nos casaremos en la antigua iglesia del monasterio de San Sebastián en Ebersberg, donde se casaron mis padres. Ellos conocen al cura y han logrado que nos hagan un hueco para este mismo verano.

Nos casaríamos mañana mismo si pudiéramos… —dijo Hugo mirando a Olga de manera cómplice.

—Nos parece muy apropiada una pequeña iglesia. Queremos una celebración íntima y solo con la familia más cercana. Por cierto, ¡qué bueno está este cerdo con ciruelas al horno! —dijo Olga.

—Gracias, se me ocurre que si queréis podemos hacer el banquete aquí en este jardín al aire libre. ¿Qué decís?

—No lo habíamos pensado todavía, pero a mí me parece una idea genial. Hugo, ¿qué te parece la idea? —dijo Olga.

—Por mí, fantástico. Es un lugar bello al aire libre y además en julio estará muy florido. Me parece genial —dijo Hugo.

—Pues no se hable más. Yo me encargaré de la comida —dijo Rudolf, que la idea le ilusionaba enormemente. Además, como necesitaría ayuda, daría trabajo a algunos de sus antiguos compañeros de celda que le estaban ayudando en el huerto.

Su mente enseguida empezó a planear ese día. Pensó en construir una pérgola al aire libre y alrededor de ella diseñar un nuevo jardín con flores y arbustos que embellecieran todavía más ese lugar. Tenía suficiente tiempo, todavía faltaban alrededor de tres meses para la boda. Esa misma semana fue a un aserradero a buscar madera para construir con sus amigos una amplia pérgola. Otros compañeros empezaron con la renovación del jardín. El trabajo en equipo le era muy gratificante. Se sentía muy orgulloso de sus compañeros, el empeño que ponían todos era encomiable. A finales de junio ya tenían todo listo. Olga y Hugo estaban encantados de cómo había quedado el jardín para el día de su boda. Ya solo quedaba una semana para el gran evento.

Por fin llegó el gran día. Los novios llegaron en un flamante coche de caballos, estaban guapísimos. Olga entró a la iglesia del brazo de su padrastro Peter. Rudolf y Helga entraron más tarde juntos. Para Helga, ver a su exmarido Peter todavía le creaba ansiedad y se refugió en la compañía de Rudolf. Tras la ceremonia se dirigieron a la casa de campo de Rudolf. Peter ya había aclarado con su hija que no acudiría al banquete. La relación con Helga seguía siendo muy tensa y le pareció lo más razonable dadas las circunstancias.

Era el primer domingo de julio y el sol brillaba en todo lo alto. Los arbustos en flor y las plantas de temporada que había plantado en los parterres alrededor de la pérgola le daban un aspecto magnífico, además la fragancia de los jazmines aromatizaba el ambiente. Todo estaba preparado. Una decena de ayudantes hicieron de camareros para los invitados. Rudolf lo había dispuesto todo con gran cariño. Incluso ya tenía preparado un tronco de abedul para que los novios

tras el banquete lo cortaran con una sierra manual como era costumbre en las bodas de Alemania. Significaba el primer escollo al que tenían que enfrentarse juntos como marido y mujer.

El banquete fue todo un éxito, y los novios pudieron disfrutar de un día maravilloso en familia. Rudolf estaba muy emocionado. Había dedicado mucho tiempo y esfuerzo para que ese día fuera muy especial para su hija y todo salió genial.

Los invitados se fueron marchando y se quedaron solo los novios y sus padres. Rudolf se dirigió hacia la cocina y en ese momento Olga aprovechó para hablar con él a solas.

—Todo ha salido a la perfección. Es impresionante lo que has hecho por mí. No sé cómo agradecértelo…

—Olga, eres mi hija. Lo he hecho con todo mi amor. Sabes que estoy aquí para lo que necesites, te quiero mucho, cariño… —dijo Rudolf, dándole un beso en la frente. Era la primera vez que le decía que la quería y eso emocionó mucho a Olga.

—Muchas gracias… te quiero papá —dijo Olga llorando a lágrima viva. Por primera vez le había llamado papá a Rudolf y eso hizo que se derrumbase y se pusiera a llorar como un niño. Los dos se fundieron en un abrazo.

Todos los traumas de su infancia con la muerte de sus padres y la desaparición de Helga posteriormente se habían disipado. Helga se fue de su vida, pero se llevó consigo un hermoso regalo que el destino quiso entregarle justo cuando más perdido estaba. Olga apareció en su vida para llenarla de sentido y de amor.

[1] Banco central de la República Democrática Alemana.
[2] Unidad monetaria de la RDA, hasta su desaparición en 1990.
[3] Ministerio para la seguridad del Estado de la República Democrática Alemana (RDA).
[4] Piezas de hierro en forma de estrella con púas o cuchillas que se diseminaban por el terreno para dificultar el paso del enemigo.
[5] Bebida alcohólica extraída de la fermentación de zumo de manzana.
[6] Moneda oficial de la República Federal Alemana (1948-1990) y de Alemania (1990-1999), hasta la adopción del euro.
[7] Banco central de la República Federal Alemana.
[8] Café típico alemán a base de ron, café y crema batida.
[9] Pavel Ivánovich Chichikov, protagonista de la novela *Almas Muertas* de Nikolái Gógol, es un pícaro malvado e hipócrita que aspira a hacerse rico a costa de adquirir las almas muertas de siervos fallecidos que todavía figuran a nombre de sus propietarios.
[10] Polifemo en la mitología griega es el más famoso de los cíclopes, hijo de Poseidón y de la ninfa Toosa. Se le suele representar como un horrible monstruo barbudo con un solo ojo en el centro de la frente, los colmillos de sable enormes y las orejas puntiagudas de un sátiro, lo que le hace diferente a los humanos. Un


ser que no temía ni a dioses ni a hombres.